Francisco
Angulo
LOS MEJORES
(the best)

Año del copyright: © 2009
ISBN 978-1-4467-5418-4

Copyright Francisco Angulo Lafuente
(Licencia copyright estándar)
Publicado enero 2, 2011

LOS MEJORES

(THE BEST)

LOS MEJORES

(THE BEST)

Mi nombre es Phil, soy sargento de las fuerzas especiales y el último ser humano. Intento con todas mis fuerzas ordenar mis pensamientos, seguir adelante, no desfallecer, pero el virus se extiende por mi cuerpo envenenándome la mente. El corazón me late como si en cualquier momento fuese a estallar. Siento un enorme dolor, el cerebro parece inflamárseme y presionar contra el cráneo. El odio, la rabia se han vuelto incontrolables. Camino a duras penas, sabiendo cuál será mi destino…

Prologo

Esta obra de ciencia-ficción intenta por una parte concienciar a los lectores de la fragilidad de nuestra especie, adentrándose en algunas posibles catástrofes medioambientales que pueden llegar a suceder debido a la emisión de gases contaminantes que estamos produciendo, la causa del cambio climático. En unas condiciones climáticas adversas nuestra civilización tal y como la conocemos puede venirse a bajo.

Esta es la historia de un grupo de soldados de las fuerzas especiales, que sobresalen por ser los mejores en su campo. A través de ellos veremos cómo el mundo habrá cambiado en un futuro próximo y cómo únicamente los más fuertes consiguen sobrevivir.

Con esta novela querría atraer la atención del público más joven, con el propósito de que se diviertan con su lectura y al mismo tiempo surjan en ellos algunas preguntas. Para mí, la ciencia-ficción consiste básicamente en presentar teorías que siembren la duda de su posibilidad y con ello impeler al lector a indagar más.

Estoy seguro de que no hubiésemos llegado a la luna de no ser por libros como *De la tierra a la luna*. No porque la tecnología nos lo impida, tampoco por falta de capacidad, simplemente porque: ¿para qué ir a la luna? Es posible que

la literatura nos dé esa necesidad de ir más allá, de ver y visitar esos mundos de los que nos hablan los libros.

He trabajado durante muchos años en proyectos sobre energías renovables y he llegado a las siguientes conclusiones: no nos faltan soluciones, lo que falta es el interés y las ganas de llevarlas adelante. Es viable cambiar nuestro modelo energético; es posible vivir mejor, con mayor calidad de vida y al mismo tiempo respetar nuestro medio ambiente. Simplemente, no queremos hacer ese cambio; seguramente tenemos miedo a dar ese paso o posiblemente solo se trate de pereza. Con mis novelas únicamente pretendo que pensemos en ello.

Pandemia

Según las autoridades el primer foco de infección se originó en un pequeño poblado en plena selva, justo en el lugar que días antes se registró un suceso inusual. Lugareños denunciaron a las autoridades y medios de comunicación que un objeto extraño había caído del cielo. Lo que en un principio se tomó como el choque de un meteorito, aquellas personas se lo tomaron como una maldición de los dioses. Algún científico se tomó las molestias de contrastar los sucesos con los registros sísmicos y radares de la zona y efectivamente algo de gran tamaño había entrado en la atmósfera invadiendo el espacio aéreo. Lo más sorprendente del incidente es que pese a la gran velocidad del artefacto y sus amplias dimensiones, los sismógrafos no recogieron ninguna señal de impacto. Por otra parte una cosa tan grande no invade los cielos de ningún país sin alertar al ejército.

Toda la aldea enfermó y las personas que estuvieron en contacto con estas personas también fueron contagiadas. Rápidamente el gobierno dio la voz de alarma y puso en marcha el plan de emergencia para control de infecciones. Se acordonó la zona en una enorme área para restringir la amenaza biológica.

La enfermedad parecía ser transmitida únicamente a través del contacto físico. Un grupo de médicos desembarcó de los helicópteros militares en el centro del pueblecito.
La enfermedad comenzaba con unos fuertes dolores de cabeza, después la fiebre se volvía tan alta que los enfermos literalmente enloquecían. Los doctores tuvieron que ser evacuados a toda velocidad, pues los infectados tirados por el suelo, se levantaron enloquecidos y comenzaron a atacarlos. Los trajes NBQ los protegían de posibles contagios. Ordenaron abrir fuego a los militares, barrer la zona de vida humana y más tarde esterilizarla a golpe de lanzallamas. Las vidas de los ciudadanos fueron sacrificadas y los científicos volvieron a su complejo de laboratorios que se encontraba a unas cuantas millas. El profesor Omar entró en la ducha desinfectante con el resto de sus compañeros, después se quitaron los trajes y los dejaron en sus taquillas. Comentaron el suceso y comenzaron a lanzar especulaciones. ¿A que se debería tan singular suceso? ¿Cómo la fiebre había provocado un estado de rabia y disparando los niveles de adrenalina? Los enfermos enloquecidos tenía una fuerza sorprendente. Omar se mantenía en silencio, sin comentar nada, parecía ocultar alguna información.
Cuando todos hubieron abandonado la sala, volvió sigilosamente a los vestuarios, abrió su taquilla y comenzó a revisar su traje. Sus sospechas se confirmaron cuando

observó que había sufrido un desgarro en su parte posterior, causado por un forcejeo con uno de los enfermos. Escuchó pasos acercándose y intentó pensar rápidamente donde ocultar el traje. La puerta se abrió bruscamente y entró el supervisor.

- ¿Qué hace aquí señor?
- Sólo revisaba mi equipo.
- ¿Tiene algún problema?
- No, todo está correctamente —contestó mientras sostenía el traje en sus manos, de forma nerviosa.
- ¡Déjeme ver!

Revisó la prenda meticulosamente y certificó que todo estaba correcto. El profesor había cambiado el traje por el de su compañero, sabía que si informaba del suceso no volvería a ver a su familia. Las normas del laboratorio eran muy estrictas. Pensó que sólo estuvo expuesto unos instantes y no estaría infectado. Salió de la sala y se marchó, sabía que pronto encontrarían el traje y cerrarían las puertas del complejo. Poniéndoles a todos en cuarentena.

Traje NBQ

La indumentaria, normalmente similar a un mono, es denominada NBQ, ya que está diseñada para proteger a su usuario físicamente de la exposición directa con agentes biológicos, químicos o radiológicos.

Aunque llevan el mismo nombre, se pueden diferenciar fácilmente dos tipos de trajes NBQ. Los de uso civil y los diseñados para el ejército. Los primeros utilizados normalmente por personal cualificado como bomberos, médicos, etc., suelen estar construidos en materiales, plásticos sintéticos; sus colores suelen ser llamativos, para advertir del peligro en la zona de emergencia. Los segundos suelen tener revestimientos de fibras de carbono y lana, diseñados para que sus usuarios dispongan de movilidad y capacidad para utilizar armas de fuego; sus colores suelen ser mimetizables con el entorno, colores normalmente verdes para montaña y tonos grises para el camuflaje urbano.
Botas protectoras y guantes de butilo son indispensables a la hora de utilizar uno de estos trajes.
Los trajes únicamente están diseñados para proteger el cuerpo y han de utilizarse máscaras con filtros especiales o sistemas autónomos de respiración dotados de botellas de

aire comprimido, para evitar la intoxicación por vía respiratoria.

Bajó al subterráneo donde se encontraba aparcado su coche, un bonito descapotable de estilo clásico, pero con motor eléctrico. Llegó a la salida del complejo y paró justo en la barrera que le impedía el paso. Por la ventana de la garita se asomó el guardia y el doctor buscó su tarjeta acreditativa.

- No es necesario Sr. Omar, puede pasar.

Antes de terminar la frase, sonó la alerta de emergencia.

- Espere un momento, solo será un segundo tengo que atender al teléfono.

El profesor intentaba disimular la tensión lo mejor que podía, pero una gota de sudor le comenzó a bajar por la frente.

- ¡Tengo mucha prisa! ¿Quiere abrirme el paso de una maldita vez?
- Estoy recibiendo órdenes de no dejar salir a nadie.
- ¿Sabe usted con quien está hablando? ¡Retire la puñetera barrera o me encargaré personalmente de ponerle de patitas en la calle hoy mismo!
- Lo, lo, lo siento mucho señor, pero tendrá que bajar del coche ahora mismo —ordenó el vigilante con voz

temblorosa, echándose la mano a la cartuchera del revolver.

El doctor pisó el acelerador a tope, las ruedas chirriaron al friccionar con el pavimento y el automóvil salió disparado, dejando una nube de humo tras de sí. La barrera de aluminio que cortaba el paso se dobló contra el parabrisas del vehículo. El policía, que en su vida había desenfundado el arma, se quedó atónito con la boca abierta contemplando el espectáculo. Él no era ningún hombre de acción, precisamente por eso estaba a gusto realizando uno de los trabajos más aburridos del mundo. Se pasaba el día sentado en su caseta, escuchando la radio y haciendo autodefinidos. Tenía una buena tripa cultivada a base de Donuts y un amplio trasero de permanecer el día entero sentado.

Omar entró en la autopista que a estas horas del día solía estar despejada con el temor de llamar la atención de las autoridades debido a los daños que presentaba el coche. Llevaba la luna totalmente agrietada y no podía ver muy bien a través del cristal. El sudor comenzó a cubrir su cuerpo, los escalofríos empezaban a ser constantes y pudo comprobar con la palma de su mano que su frente estaba ardiendo. La fiebre le subió rápidamente y comenzaba a nublársele la vista. Más tarde le entraron náusea y perdió el control del descapotable, saliéndose de la carretera. Varios conductores pararon a socorrerle, le ayudaron a

salir del coche y llamaron a una ambulancia. Se quedó en estado de shock semiinconsciente durante unos minutos; cuando los servicios de emergencia llegaron al lugar y comenzaron a examinarle, empezó a convulsionarse de forma violenta, escupiendo espuma a los enfermeros y al puñado de personas que formaban un semicírculo a su alrededor. Luego comenzó a dar voces, profiriendo unos espantosos chillidos que más bien parecían de un animal. El personal de la UVI Móvil le sujetaba por las extremidades, la enfermera preparó un calmante inyectable. Antes de poder suministrárselo, el enfermo le agarró la mano y de un mordisco le arrancó de cuajo el dedo índice y corazón.

Reclutamiento

Como cada mañana nada más salir de casa, miré el buzón. Normalmente no suelo recibir más que propaganda y alguna otra notificación bancaria, pero debajo de los habituales panfletos publicitarios, encontré una carta del ministerio de defensa. Se trataba de la confirmación de mi solicitud para ingresar en los grupos de operaciones especiales.

En mi familia no tenemos ninguna tradición militar y el motivo de mi incorporación lo tenía bien claro: tras los constantes atentados terroristas que azotaban como una oleada a las naciones desarrolladas, los gobiernos se vieron en la obligación de reclutar a jóvenes civiles para enviarles a luchar en países conflictivos. Ya que tendría que ir de uno u otro modo, pensé que sería mejor formar parte de una unidad especializada antes que ir a una guerra sin apenas adiestramiento. Por otro lado y no menos importante —por qué nos vamos a mentir— en estas unidades el sueldo se triplicaba.

Bueno. ¿qué sabía yo, sobre el ejército? Poco más de lo que había visto en el cine.

La notificación me citaba el día nueve de noviembre en una localidad no muy lejana, a tan sólo unas cuantas horas en coche. Ésta también era una de las ventajas. Mi familia

me acompañó hasta la puerta del cuartel; me despedí sin demasiadas contemplaciones, pues nunca me habían gustado estas escenas, y entré. Me indicaron que debía pasar a una tienda modular que se extendía en medio de un descampado. En aquel lugar me tallaron, auscultaron y vacunaron. Un par de soldados se me acercaron y durante más de treinta minutos estuvieron haciéndome preguntas; finalmente descubrí que su intención era que me alistase en la policía militar. Entonces les informé de que ya tenía confirmado el destino y se cabrearon mucho cuando vieron cuál era. Me montaron en un autobús y, junto con un grupo de reclutas, me llevaron a la peluquería. Yo, previsor, ya me había cortado el pelo el día anterior.

- ¡Mira a ese!
- ¡Tú, sí, tú, ven aquí!

Vieron la tarjeta de color verde que me habían colocado en la camisa, que indicaba el cuerpo al que pertenecería. Me sentaron y me raparon totalmente al cero; bueno se puede decir que más que al cero; o la vieja máquina no funcionaba muy bien o el peluquero la apagaba de vez en cuando, arrancándome el cabello. Comenzaba a notar cierta hostilidad que no era compartida con el resto de muchachos. No sé, aún era demasiado pronto para emitir un veredicto. Después de esto salimos y nos llevaron a una nave, donde pasamos haciendo cola a la vez que los furrieles nos iban dando la ropa a ojo de buen cubero.

Nuevamente noté un ataque directo contra mi persona cuando visualizaban mi cartulina verde. En el exterior hacía muy mal tiempo y llovía profusamente. Me lanzaron la ropa a la cara y las botas a la cabeza y me echaron a la calle. Mientras los demás se vestían en el interior cómodamente yo tuve que desnudarme y vestirme en el descampado en medio de un barrizal.

- ¡Mirar, mirar que pintas tiene, pero si es todo un boina verde!

Se burlaban desde el interior. Como practico artes marciales desde los cuatro años, tengo un gran autocontrol, y domino la ira con facilidad en este tipo de situaciones.

Cuarenta minutos bajo la lluvia, calado hasta los huesos, permanecía en aquel lugar aguardando instrucciones, pero éstas nunca llegaban, de vez en cuando se asomaba algún soldado y volvía riéndose al interior del almacén. Luego llegó otro soldado con tarjeta verde y le hicieron lo mismo que a mí; le eché una mano para que no resbalase en el fango y pudiese vestirse lo más rápidamente posible bajo aquel aguacero.

- Smith, ¿y tú eres?
- Phil, encantado.

Le estreché la mano a aquel tipo de más o menos uno noventa de estatura y más de cien kilos de peso. Era todo músculo, no tenía un gramo de grasa corporal.

El intenso aguacero no cesaba y ya hacía varias horas que del sol se había puesto. Comenzaron a surgirnos dudas sobre si alguien nos daría por fin instrucciones o nos dejarían en la calle a pasar la noche.

- ¿Pero qué hacéis ahí, por qué no estáis dentro de la nave? —nos preguntó un soldado, de piel morena y rostro curtido por los elementos. Con los ojos oscuros y brillantes, que vestía un traje de camuflaje, con hombreras y boina verde.
- Nos ordenaron permanecer aquí.
- Miserables pelapatatas, soldaduchos recaderos, limpiabotas, lameculos. Ya les ajustaré las cuentas cuando me los encuentre en la cantina.

Se confirmaron mis sospechas; parecía que el odio era mutuo entre los soldados normales y los de las fuerzas especiales.

Nos llevó a unos edificios antiguos, de dos plantas y con los muros de granito. Esas eran las dependencias de nuestra compañía. Bajamos unos escalones y entramos por la puerta de hierro que daba acceso a un pasillo estilo montañés, que parecía un museo por la gran cantidad de animales disecados que colgaban de sus paredes de madera. En el fondo del cual se encontraba un portón amplio con hojas robustas talladas con el emblema de los guerrilleros. Empujamos la puerta y nos encontramos de frente con un grupo de hombres, ataviados con cascos y

armados con fusiles, con la cara pintada de camuflaje y con pedazos de tela verde y marrón que colgaban de las vestimentas mimetizándolos. Sentí un instante de pánico cuando al entrar todos se volvieron bruscamente observándonos.

- ¿Quiénes, coño, sois vosotros? —preguntó con voz grave la persona que parecía estar al mando.
- Phil.
- Smith.
- Parece que nos ha llegado carne fresca, Tom y Jerry. ¡Fuera de mi vista ahora mismo! ¿A qué estáis esperando? A la puta carrera.

El mismo joven que nos recogió y nos llevó a la compañía, esperaba fuera y nos pregunto si teníamos hambre. Fuimos corriendo al comedor por unas callejuelas poco iluminadas que separaban las diferentes edificaciones en granito. Como ya era pasada la hora de cenar, entramos en la zona del autoservicio. Pasamos en fila y nos echaron la comida en las bandejas de chapa. Me sentí un poco raro al observar cómo todos apartaban la mirada agachando la cabeza y mirando al suelo. Con la comida en las manos buscamos un lugar donde sentarnos, pero todo estaba ocupado. Nuestro guía miró a la mesa de la derecha donde comían cuatro muchachos y de inmediato cogieron sus cosas y salieron a toda prisa cediéndonos el asiento. Todo esto comenzaba a parecerme bastante insólito.

- ¡Comer amigos, llenar bien la panza, que no sabemos cuándo volveremos a probar bocado!
- ¿Qué sucede con el resto de militares?
- No os preocupéis por esos desgraciados, ni diez a uno son capaces de hacernos frente. Suelen aprovecharse cuando uno de nosotros se encuentra entre un gran grupo de ellos. Como la jugada que os han hecho al entrar. Son un atajo de cobardes. Están acojonados, porque la semana pasada entró Ramírez en la cantina, encontró al cabrón que le había estado jodiendo con su grupito de amigos. La cantina estaba llena de soldaduchos, y aun así, fue directamente a por él. Derribó a sus acompañantes de dos guantazos y cogió al cabroncete por el cuello. El resto de soldados observaban acojonados la escena. Sacó su machete lo clavó en un bote de tomate y le restregó la salsa por la cara. El tío mierda se meó en los pantalones. Llevaba ya mucho tiempo puteando a Ramírez, le cortaban el agua caliente en las duchas, le meaban y escupían en la comida, pero todo esto no le afectaba lo más mínimo, lo que de verdad le jodió, fue que no le dejaran recibir visitas este fin de semana, porque un listillo le había visto hablando con una chica a través de la alambrada después del toque de queda y lo denunció.

Después de comer, nos fuimos a dormir. Entramos en la sala donde un corredor central separaba las literas a uno y otro lado. Las taquillas formaban un perímetro que cubría las paredes. Nos informaron de que debíamos elegir cama. Alguien comenzó a pegar gritos:

- ¡A formar, a prisa, vamos, vamos, a la carrera!

Salí y ocupé la última fila de la alineación. Nos ordenaron permanecer firmes. Era la primera vez que formaba y mantenía todo el tiempo la mandíbula bien apretada, para no soltar alguna sonrisa o carcajada fruto de los nervios. Se leyeron las órdenes del día, y para finalizar nombraron un listado de nombres; tras cada uno el pelotón respondía gritando "Presente". Se trataba de los compañeros fallecidos en servicio.

Una vez en mi litera, las luces se apagaron, quedando la sala iluminada tenuemente por la escasa luz de la luna que entraba por los ventanales. Pasé la noche sin pegar ojo, esperando que en cualquier momento los veteranos nos sacaran arrastras para hacernos alguna broma pesada, las típicas novatadas de las que tanto se suele hablar. Pero en toda la noche no escuché nada más que ronquidos.

La luz del alba comenzaba a entrar en la sala y oí algunos ruidos. Unas personas entraron en el dormitorio y empezaron ha hacer ciertas cosas por el pasillo central. Entonces las luces se encendieron de repente, comenzaron a dar gritos al tiempo que nos apuntaban con sus armas y

disparaban. Corrimos a la calle en ropa interior. Por el pasillo de estilo montañés se habían colocado con algunas ametralladoras y abrieron fuego mientras corríamos. En seguida me di cuenta de que eran balas de fogueo y que debía de ser una típica broma. Formamos sin botas, semidesnudos, en pleno invierno y descalzos sobre el suelo helado lleno de charcos. Comenzaron a tirar petardos entre la formación.

- ¡Quietos, firmes, que nadie rompa la alineación! ¡Tú, gilipollas!, ¿qué coño haces? Te he dicho que no te muevas.

Pero nadie se quedaba a esperar que le explotase un petardo en los pies.

- ¡Bueno, muchachos, como habéis visto, aquí las bromas y las novatadas las gastamos nosotros!

Espetó uno de los mandos. Con toda razón, pues el entrenamiento y el trato de los oficiales era tan duro que los compañeros nos ayudábamos unos a otros como si fuésemos hermanos.

En ningún otro lugar como en este se aprendía el significado de la palabra entrenamiento. Cuanto corríamos, teníamos que ser los mejores, pero cuando hacíamos cualquier otra cosa también debíamos de ser buenos; incluso en tareas tan dispares como luchar o cantar. Estaba claro que si a uno se le daba mal una actividad y dedicaba a su práctica quince horas diarias,

finalmente terminaba siendo bueno en dicha materia. Los oficiales detectaban las cualidades innatas en cada soldado y las explotaban para que rindiesen al máximo. Yo, por un conjunto de actitudes, era excelente como tirador, y enseguida se dieron cuenta; a partir de ese día entrenaba más que nadie en el campo de tiro. Ramírez era muy bueno fabricando artefactos, así que fue adiestrado en todo lo relacionado con explosivos. Smith, bueno él, era como una mula, podía cargar con cualquier cosa a cuestas y además era el único capaz de disparar de pie con algunas ametralladoras sin caerse de espaldas.

Ametralladora

Arma automática capaz de disparar a gran velocidad una gran cantidad de proyectiles, la munición puede ser suministrada a través de un cargador o mediante una cinta de munición. Es capaz de disparar automáticamente de forma consecutiva en fracciones de segundo.

Las ametralladoras, armas normalmente de gran calibre, suelen ser voluminosas y pesadas, disponiendo para su manejo un bípode para apoyarlas en el suelo facilitando su manejo. Su nombre deriva de las primeras armas automáticas; en la actualidad suelen llamarse así gran parte del armamento que dispone de mecanismo automáticos de disparo, aunque en realidad no sean puramente de este tipo.

Ya en el siglo XIX se conocían armas de disparo múltiple, que podían realizar una gran cantidad de descargas en un corto periodo de tiempo, pero que no se consideran ametralladoras, ya que para realizar dicha operación necesitaban la aplicación de energía externa. Una ametralladora moderna es capaz de autoabastecerse de forma automática, con lo que el tirador únicamente tiene que apretar el gatillo.

En el año 1884 surge la primera ametralladora genuina, concebida por el estadounidense Hiram Maxim, que utilizando la fuerza de presión de expulsión de los gases producidos por la ignición de la munición para inducir la retracción del cañón, el montado del cierre, la exclusión del casquillo y la alimentación con otro nuevo cartucho conseguido de una cinta en el lateral del arma.

Su inventor realizó exhibiciones por el continente Europeo y disfrutando de un gran éxito y aceptación; la ametralladora entró a formar parte de la mayoría de ejércitos. Posteriormente, las mejoras surgidas en las ametralladoras se aplicaron a los fusiles, dotando a estas armas de disparo semiautomático.

Uno de los modelos que gozó de un mayor éxito fue el del fabricante Browning en 1917, diseño que se continúa utilizando en la actualidad. Hoy en día impresiona ver a menudo en las noticias ejércitos de todo el mundo utilizando armas con casi cien años de antigüedad. Hay un dicho soviético que dice: ¿si no está roto por qué vas a cambiarlo?

Su invención cambió el modo de combatir, ya que desde épocas inmemoriales, los ejércitos combatían en campo abierto enfrentándose cara a cara; desde la aparición de las armas automáticas, la guerra se transformó, teniendo los soldados que ocultarse en trincheras. La primera guerra mundial fue un claro ejemplo de dicho cambio. La guerra

se había vuelto estática, los avances eran lentos y complicados, ningún ejército quería exponerse a campo abierto. En respuesta a esta arma hicieron su aparición los primeros vehículos blindados.

El ejército alemán durante la segunda guerra mundial utilizó la MG-34 y la MG-42, que es un modelo simplificado del primero; se empleó chapa estampada como material de construcción, abaratando sus costes de fabricación. La OTAN utiliza hoy en día la denominada MG-3 que en realidad es la misma MG-42 usada en la segunda guerra mundial.

Una de las técnicas utilizadas para el correcto funcionamiento de las ametralladoras, es realizar disparos intermitentes, las ráfagas dan tiempo a que el cañón del arma se refrigere. Debido a su cadencia de disparo, el arma se recalienta rápidamente con la fricción que producen los proyectiles en su interior. Si el fuego fuese continuo el arma podría quedar inutilizada en unos cientos de disparos. Aun así el desgaste del cañón es tal que debe ser cambiado cada diez mil o quince mil disparos. Por ello sus operarios suelen llevar repuestos de esta pieza. El modo correcto de utilización, pulsando el gatillo a intervalos más o menos espaciados, le han hecho ganarse el sobrenombre de tartamuda.

El equipo

Las órdenes del coronel era buscar a los hombres que formaban el equipo. Cinco soldados, los mejores en cada especialidad, entrenaríamos juntos para esta misión:

Radar, técnico informático y de telecomunicaciones, cumplía condena en una cárcel estatal por cometer diversos delitos informáticos. Era de estatura media y aunque su apariencia no era atlética, pues parecía estar en baja forma, poesía una resistencia física inigualable. Tenía el pelo claro de un color anaranjado. Parecía que a él tampoco le había ido muy bien la vida de civil y se había dedicado a piratear ordenadores del gobierno accediendo a información restringida, para después venderla al mejor postor.

Smith se encargaba del armamento pesado; era capaz de cargar con media tonelada de material a la espalda sin inmutarse, una autentica mula de carga. Pertenecía a un antiguo clan de leñadores que vivían al norte en los límites de la civilización. Creo que no se llevaba muy bien con las comodidades modernas.

Ramírez era experto en explosivos, y en la actualidad trabajaba en el almacén de pinturas de su tío. De hacer mezclas con componentes químicos altamente volátiles a fabricar compuestos de colores. No era un trabajo glorioso, pero al menos le daba para vivir con dignidad.

Phil, que soy yo, y como no está bien hablar de las cualidades de uno mismo, pasaré directamente a hablar de la teniente.

Akashi descendía directamente de un linaje de antiguos samuráis. Experta en artes marciales poseía una capacidad fuera de lo normal para enfrentarse a cualquier oponente. No se podía hablar de ella como si fuese una mujer ni siquiera como si fuese una persona. Era un guerrero. La persona más fría que he conocido, aunque quizás no fuese más que una máscara tras la que se ocultaba.

Buscando a Smith

Le busqué en la guía telefónica, pero no aparecía nadie con su nombre. Por suerte no había muchas personas con su apellido, así que comencé a llamar una por una. Fui recabando información hasta que varias personas me señalaron a Woodvillage un pequeño pueblo de leñadores al norte del país. Me trasladé en avión a la ciudad más cercana que dispusiese de aeropuerto, lo que me dejó a casi un día de camino por carretera. Alquilé un todoterreno, pues el amable propietario del establecimiento me lo aconsejó cuando le comenté mi lugar de destino. Fue todo un acierto; con un vehículo sin tracción 4x4 jamás hubiese conseguido llegar a aquella aldea de montaña. El asfalto se terminaba cuando aún restaban más de cien millas de camino y continuaba por una pista de gravilla muy deslizante. Más tarde el camino empeoraba, si se le puede llamar así, pues realmente eran dos surcos marcados en la tierra. El pueblo era muy pintoresco, no muchas casas, veinte o treinta, construidas en madera y con tejados negros de pizarra. ¿Cómo se divertirían aquí las personas? ¿Qué harían en sus ratos libres? Y pronto encontré una respuesta: en medio de la aldea un pequeño mesón bullía en su interior. Sus habitantes eran rudos leñadores y canteros. Cuando me

disponía a entrar en aquel antro, la puerta se abrió súbitamente y un hombre salió despedido del interior; después salió un segundo y poco después un tercero. Fueron cayendo al suelo, pero rápidamente se levantaban y volvían a entrar a la carrera, para nuevamente salir a trompicones. Entré en el interior del local; la mala iluminación no permitía más que discernir algunas sombras. El sitio apestaba a alcohol, como si regasen el suelo con él. Una silla volaba hacia mi cara, la esquivé por los pelos y el lanzador un tipo enorme como un castillo, se me acercó preparado para propinarme un derechazo. Tiró su golpe y con un rápido movimiento conseguí esquivarlo y colocarme a su espalda agarrándole con mi brazo por el cuello. Con la otra mano le golpeaba con todas mis fuerzas en el costado, castigándole las costillas, pero el animal no se inmutaba. Entonces me volteó y caí sobre una mesa, quedando tendido boca arriba; el tipo se acercó, me sujetó con una mano por la pechera y levantó la otra cerrada preparado para lanzarme un puñetazo directo a la mandíbula.

- ¡No me lo puedo creer, pero si es mi hermano Phil!

Me dio un abrazo de oso y olvidó la trifulca que tenía organizada, invitando a todo el mundo a un trago, incluyendo los tres individuos con los que se estaba peleando.

- ¡Hoy es un día digno de celebrar: mi hermanito ha venido a verme! ¡Camarero que nadie se muera de sed!

Los rudos pobladores del lugar resolvían las diferencias a puñetazos, pero sin ningún tipo de rencor; en cuanto se terminaba la pelea todos volvían a ser amigos.

Esperé al día siguiente para comunicarle las órdenes a Smith. Le entregué la carta de la comandancia y de inmediato se puso a hacer sus maletas. Parecía estar deseando volver a la acción.

Fue seleccionado para esta misión por que era uno de los mejores, posiblemente la persona más preparada para portar y disparar armamento pesado. No se detenía ante nada y pasaba literalmente por encima de todo. Recuerdo una vez estando de permiso; aparcamos el coche en un buen sitio cerca de un local de copas; a la salida, otro en doble fila, nos impedía salir. Estuvimos pitando un buen rato y nadie hizo ningún caso. Smith dijo que solucionaría el problema en un instante; todos pensamos que bromeaba. Agarró el utilitario de tamaño medio por los bajos y él solo le dio la vuelta. Nos fuimos imaginando la cara que se le pondría al incauto dueño cuando lo encontrase patas arriba.

Entrenamiento: Fase endurecimiento

El entrenamiento, que duraba un año, se dividía en diferentes fases. Cada estación del año solía marcar la más propicia: fase de agua en verano, la de nieve en invierno, la de montaña y la de endurecimiento, ésta última siempre era la primera y consistía en poner al limite la fuerza física y sobretodo la mental. Para este periodo de instrucción no vestíamos ropa militar; en su lugar llevábamos un mono verde. Se trataba de machacar a los soldados, forjándolos. Pero para hacer una cosa que en principio parece tan sencillo hay que saber mucha psicología y estar muy atento a cada recluta. Para comenzar, a primera hora de la mañana corríamos diez kilómetros; después nos calzábamos el maldito mono verde y a pasar la pista americana. Se trataba de un conjunto de obstáculos a modo de pruebas por los que había que cruzar, ataviados con la inseparable mochila de combate, con el fusil y con el casco. La primera vez que la pasas te parece divertido; cuando llegas al final y te mandan corriendo al principio, comienzas a sospechar que algo no funciona bien y es que no se trata de pasarla rápidamente, ni de ser el mejor, ni siquiera se trata de ver quién es capaz de dar más vueltas, se trata de minar las fuerzas, hasta que las piernas y los brazos no te responden y comienzas una lucha mental

contigo mismo. Uno de los ejercicios que mejor recuerdo fue un día en el que nos llevaron junto un montón de troncos apilados en el monte; eran pinos de bastante peso, que precisaban de cuatro hombres para ser transportados. Pues bien, tuvimos que trasladar aquel enorme montón de madera a la colina de enfrente, a la carrera. Comenzamos a correr a toda prisa y al ritmo que íbamos en menos de dos horas la tarea estaba terminada. Cuando trasladamos el último tronco se nos ordenó cambiar el montón de sitio y volver a dejarlo en su lugar de origen, así una y otra vez desde la mañana hasta la noche. Sólo la persona que dirige la prueba sabe cuando se va a terminar; los soldados desesperábamos, ya que siempre tienes la duda de si se alargará un par de horas o un par de días.
Bajo esta presión se forma una amistad muy fuerte entre los compañeros.

- Ramírez, llevas la mochila desabrochada. Espera un segundo, ¡ya está! ¡Mierda mi linterna no funciona!
- Toma, coge una de las mías.

En otra ocasión, después de correr por la mañana en pantalón corto, nos dieron una ducha con agua fría, y después teníamos que equiparnos con la ropa de endurecimiento; tenía las manos entumecidas, totalmente congeladas y era incapaz de atarme los cordones de las botas. Estaban llamando a formar y el que llegaba tarde

era arrestado o se llevaba unos cuantos bofetones. Espera un momento me dijo Smith y se agachó para atarme los cordones.

Pero sin duda la actividad que más recuerdo y que más me marcó de esta fase fue la de reptar; era prácticamente la manera habitual de desplazarnos de un lugar a otro, arrastrándonos por el suelo, sobre el barro y sobretodo por los charcos. Cuando llevas unos meses arrastrándote por los charcos y sales de permiso a la calle, te fijas en cada uno de ellos, y hasta tienes ganas de bañarte. Recuerdo con sorpresa cómo el cuerpo y la mente, sin darte cuenta, se van adaptando. La mejor de las pruebas fue un día, cuando llevábamos ya meses reptando; la última semana había sido muy dura; permanecimos incomunicados, nos hicieron creer que estaban invadiendo el país y que nosotros éramos la primera fuerza de choque. Cuando crees que ya no puedes más, cuando estábamos todos reventados, nos hicieron deslizarnos por uno de los típicos barrizales, pero el día anterior había llovido mucho y aquello parecían arenas movedizas; todos estábamos de lodo hasta la coronilla y cuando miré a Smith sólo pude ver sus ojos, brillando en su cara embarrada. Sin darme cuenta, comencé a reírme y de repente todos comenzaron a reír. Esto no le gustó nada al sargento Dehanan que comenzó a chillar enfurecido.

- ¡Callaros ahora mismo! ¡Que os calléis, subnormales!

Pero era un ataque de risa colectivo y nadie podía evitar reírse. Entonces se me acercó y comenzó a darme patadas en las costillas; cuanto más me golpeaba más me reía. Finalmente tuvo que desistir y fue en aquel preciso momento cuado supe que habíamos superado la prueba de endurecimiento. Ya nada nos afectaba…

Como comentaba en un principio, esta fase era rigurosamente observada por los mandos, en especial por el capitán, cuando la moral decaía, en seguida nos llevaban a la biblioteca, donde nos daban una charla. Sobretodo en los primeros días, uno piensa en abandonar y por lo tanto utilizaban este método de recompensa, animándote a seguir adelante convenciéndonos de que estábamos hechos de una pasta especial. La primera semana de endurecimiento hubo cinco intentos de suicidio entre un total de ciento ocho soldados que formaban la compañía. Por suerte ninguno de ellos terminó en tragedia y muchos tuvieron que abandonar el ejército para recibir atención psicológica.

Un día llegó un soldado nuevo a la compañía; se trataba de un pintas de mucho cuidado, salido directamente de prisión y alistado con la intención de que sus antecedentes quedasen borrados tras su paso por las fuerzas especiales. El individuo no hacía ni puñetero caso de las órdenes y como no había manera de meterlo en vereda, intentaban

colocarlo en un puesto donde no diese demasiados quebraderos de cabeza. Se negaba rotundamente a hacer ejercicio, así que terminaron destinándolo como ayudante de cocina. La verdad es que no sé de quién fue la gloriosa idea. En el cuartel no tenía mucho que hacer ya que las cocinas eran amplias y estaban administradas por los soldados de artillería. Pero cuando salíamos de maniobras sólo el cocinero y él se encargaban de alimentarnos a todos. Pasé una noche algo incómodo. A la mañana siguiente nos formaron y salimos a correr como de costumbre, pero las tripas me comenzaron a sonar. Entonces se escucharon peticiones para abandonar el grupo; finalmente el capitán tuvo que salir también de la formación y todos corrimos buscando algún lugar propicio entre la vegetación para plantar un pino. Por lo visto, le habían denegado un permiso de fin de semana al expresidiario y debía de haber aliñado la sopa de la noche anterior con laxantes.

Somos duros somos fuertes
somos chicos sin igual
nuestro cuerpo se endurece
de tanto masoquear.

Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero

estoy con los "boinas verdes"
primera línea de fuego.

Niña si tú vas al campo
no pises las amapolas
que están regadas con sangre
de la guerrilla española.

Me he apuntado a un club de ocio y diversión
que todos los meses sale de excursión
es la COE un lujoso hotel
de cinco tenedores y de estrellas también.

No lo dudes más
en la COE estás
¡Ooooh! ye yee
¡Oh yeyeyeyeye!

Hoy es viernes me voy a pintar
me voy de marcha
pero no es al bar
dulces paseos al salir el sol
y por la noche duro rock'n roll.

No lo dudes más
en la COE estás ...

La misión

Un policía militar armado con un fusil de asalto se encontraba delante de la verja metálica que daba acceso al recinto. Abrió las puestas para que entrase el camión, y pasamos dentro de una construcción de cemento, preparada para recibir cualquier tipo de ataque como un bunker. Bajamos y fuimos llevados a una sala. En aquel lugar, el comandante nos fue dando las órdenes, que al parecer recibía por un transmisor en su oreja, enviadas por un misterioso hombre. Estaba claro que esto no era obra del gobierno, era una operación financiada con dinero privado. Por el momento, las órdenes fueron permanecer en el complejo subterráneo, con un montón de horas de entrenamiento diario. Las comunicaciones con el exterior eran inexistentes y permanecíamos toda la noche confinados en nuestros pequeños cuartos similares a celdas. Todas las mañanas a las seis en punto sonaba la alarma, desayunábamos en un amplio comedor, con autoservicio que sólo nosotros utilizábamos, pues aparte del director y algún vigilante de seguridad, en el interior de aquel lugar solo estábamos nosotros. Hacíamos ejercicio tres horas en el gimnasio, provisto con los últimos aparatos y máquinas de entrenamiento. Las tardes las pasábamos en clase de teórica o en la nave de tiro. Nos

estaban equipando con las armas más avanzadas que jamás había visto. Continuamente las proyecciones documentales nos hablaban de la guerra biológica. Estaba claro que nos estaban preparando para alguna amenaza. Los dirigentes de la empresa parecían saber algo que nosotros ignorábamos.

Esta noche antes de entrar en mi cuarto he visto a Smith tontear con la teniente Akashi. Estaba claro que siempre se habían gustado, pero el grandullón era muy tímido y torpe a la hora te intentar expresar sus sentimientos. A menudo se quedaba sin palabras y a ella su cultura japonesa tampoco le ayudaba demasiado.

Esta mañana la alarma comenzó a sonar antes de tiempo. Miré mi reloj y eran las cuatro y media. La sirena no cejaba, las puertas de los cuartos se abrieron automáticamente y el pasillo estaba iluminado por una luz roja parpadeante. Nos reunimos todos, pero nadie acudía al comedor. Una proyección en una gran pantalla se puso en marcha y apareció el director del proyecto dándonos las instrucciones. Debíamos desplazarnos a la zona caliente, una pequeña población en plena jungla. Todo se había llevado en el más absoluto secreto, dada la amenaza. Un objeto desconocido había aterrizado en aquel lugar. Aunque cueste trabajo creerlo, se trataba de un transporte alienígena y por los acontecimientos posteriores a su llegada los expertos del gobierno dedujeron que se trataba

de una invasión. Estaban atacando a la población con armas biológicas, propagando un virus que mataba a todos los seres vivos: hombres, animales e incluso plantas.

- ¡Bien muchachos, esto es una emergencia, a llegado el momento, hay que equiparse y actuar! —gritó Akashi con voz de mando. Corrimos a la armería, pero la puerta estaba cerrada, un teclado numérico solicitaba una clave. Radar comenzó a desmontar la cajetilla para manipular los cables de la terminal.
- ¡Aparta un momento! —sugirió Smith, y de un empujón tiro la puerta abajo.
- ¡No demasiado sutil pero eficaz!

Nos pusimos todo el equipo incluyendo máscaras antigás, con visión nocturna incorporada. Corrimos al puesto de carga en busca de un transporte. Avanzamos asegurando cada pasillo. En el parking se encontraba un único camión. Nos dirigimos a él y al abrir la puerta de la cabina un hombre quedó con medio cuerpo colgando al exterior. Era un hombre de casi sesenta años, calvo y con la cabeza gorda como una sandía.

- ¡Tener cuidado al manipular el cadáver, puede estar infectado!

Pero al ponerle la mano encima el señor comenzó a convulsionarse, y luego vació su estomago en el suelo. Después nos miró con cara de sorpresa.

- ¿Pero qué es esto, la guerra? ¡Hip! me habéis pillado con el culo ¡hip! al aire.

El individuo no parecía estar infectado, lo que llevaba era una cogorza encima que no se tenía en pie.

- ¡Apártese, necesitamos su camión!
- ¡Ni borracho! ¡Hip! Este camión es mío ¡hip!, además yo soy la persona que necesitan ¡hip! ¿Quién de ustedes sabe llegar al punto ¡hip! de destino? ¡Como me llamo León que yo soy el conductor que ¡hip! necesitan!

Echó un trago de una botella y como si bebiese agua bendita se puso en pie rápidamente y comenzó a hacer publicidad de aquel licor. La verdad es que tenía bastante razón, con nuestro equipamiento y las máscaras era muy difícil conducir, y como bien dijo él era la persona que conocía el camino.

Al salir a la calle, lo primero que me pregunté fue: ¿cuánto tiempo habíamos estado en aislamiento? Ramírez llevaba bien la cuenta; por lo visto, llevábamos tres meses y cinco días. En todo este tiempo no tuvimos noticias del exterior y ya estoy deseando volver a casa y reunirme por fin con mi mujer Nagore. ¿Por qué acepté este trabajo? Porque es lo único que sé hacer bien. Es en lo único que soy bueno y con un trabajo normal; viviendo como el resto de la gente me siento un fracasado. Como siempre hay otra respuesta más convincente, necesitaba el dinero; como todos los

miembros del equipo, nadie se metería en un lío así si no fuese por que pagan muy bien.

Todo estaba en silencio en el exterior, todo parecía inerte, sin vida ni movimiento. Los árboles secos sin hojas, el césped parecía pasto y por el cielo no volaba ningún pájaro. Quedamos sin palabras cuando al entrar en la autopista vimos la montonera de coches abandonados, con las puertas abiertas, como si hubiese caído alguna bomba haciendo desaparecer todo rastro de vida. Entonces comprendimos la magnitud del problema al que nos enfrentábamos.

- León, ¿usted sabe qué es lo que ha sucedido?
- ¡Claro! ¡hip! Se han quedado sin gasolina y han ido a buscarla. Eso o los han abducido… ¡hip!
- ¿Pero usted tendrá noticias del exterior?
- Mi queridos amigos, yo ¡hip! fui contratado como camionero hace tres meses y llevo desde entonces ¡hip! encerrado en aquel lugar. Casi me matan de sed; menos mal que ¡hip! sonó la alarma y encontré una botella de anís en el almacén. ¡Hip! maldito hipo.

Rebuscaba algo entre sus pies y el camión iba de un lado al otro de la autopista, esquivando los coches estacionados de pura chiripa.

- ¡Aquí estás preciosa hip echaré un traguito a ver si se me quita este maldito hip hipo!

Dada la situación, el grupo comenzó a pensar rápidamente qué hacer. Teníamos que intentar salvar a nuestras familias, no podíamos dejarlas abandonadas en medio de aquel caos. Las chicas se encontraban en la casa de Ramírez; seguramente estarían bien refugiadas en el sótano preparado para casos de emergencias. El equipo decidió ir a la ciudad, recoger a las mujeres y ponerlas a buen recaudo.

- ¡Pon la radio, tienen que decir algo en las noticias!

Pero no se escuchaba más que ruido de fondo. Paso el dial de uno a otro lado barriendo todas las frecuencias y nada. Un momento se escuchó algo, afinó la sintonía y escuchamos una vieja canción de los setenta; era esa cadena de música que emite constantemente una selección de canciones antiguas. El camión esquivaba algunos coches, otros se los llevaba por delante. Llegamos a la ciudad y no había ni rastro de vida; por las calle el único movimiento perceptible era el de páginas de periódico arrastradas por el viento.

- Bien, continúa por la calle de Los Cisnes y luego gira por la 42. Un segundo, ¡para, para! ¿Habéis visto eso?

En la tienda de mascotas se podían ver animales en sus jaulas a través de los cristales del escaparte. Los animales estaban vivitos y coleando. Bajamos, entramos en la tienda y certificamos que no era ninguna zona aislada; el aire

entraba libremente por la rejilla de ventilación. ¿Qué pasaba aquí? La teniente sacó un aparato que mide la contaminación e indica si hay algún agente peligroso en el aire.

- Todo está correcto, no hay nada, ni siquiera radiación.

Llevábamos ya varias horas con las máscaras puestas y bajo el calor sofocante de medio día el sudor me caía por todas partes empañando los cristales. Tomé la decisión de quitarme la máscara. Respiré y noté aquel aire seco, con olor a alpiste. El resto del equipo hizo lo mismo. Soltamos a los animales, quizás así tuviesen alguna oportunidad. De una de las jaulas salió un bonito perro negro con una mancha blanca bajo la quijada. Llevaba una placa que ponía *nazraT*.

- Creo amigo que alguien te grabó el nombre al revés.

Continuamos hacia el refugio donde se encontraban las mujeres, aliviadas por una parte y al mismo tiempo sin dejar de hacernos preguntas. Él, que no parecía tener intención de abandonarnos saltó al interior del vehículo y continuó el viaje con nosotros.

Nos encontramos con la puerta de la casa abierta; el corazón comenzó a bombear con más fuerza.

- ¡Hola! ¿hay alguien en casa? ¡Nagore, Sharon!

Comenzamos a perder la calma y Ramírez corrió a toda prisa. La puerta del sótano estaba cerrada y comenzó a llamar aporreándola con sus puños. El refugio estaba preparado para quedar totalmente sellado y sólo se podía abrir desde el interior. Continuó golpeándola sin conseguir ningún resultado, poco después sonó el cierre y la puerta se abrió, las mujeres estaban en el interior a salvo, aunque muertas de miedo.

Cuando expusieron lo sucedido nadie pudo dar una explicación convincente y la de León no era mucho peor:

- Estoy seguro de que tiene que ver con alguno de esos experimentos genéticos, si yo no hago más que llevar cosas en mi camión de un laboratorio a otro. Ahora todo lo que comemos esta modificado genéticamente, las manzanas llevan genes de pescado el pescado de ternera, la vacas modificadas producen leche con omega 3 y claro tanto mezclar unas cosas con otras, que al final han debido perder el control…

Si, no me he equivocado, así fue como se expresó y sin una interrupción a causa del hipo. Pero esto sólo lo hacía en contadas ocasiones. (El comentario en cursiva lo he escrito yo)

Terminada su intervención echó de nuevo mano a la botella de anís, pero el perro le agarró por la manga.

- ¡Quita chucho, fuera, largo, pero suelta de una vez que tengo la garganta seca, pero bueno! ¿Qué le pasa a este estúpido patán?

Parecía que el animal sabía que la bebida no le sentaba nada bien y estuvieron forcejeando un rato; finalmente utilizando el viejo truco de lanzar un objeto lo consiguió despistar el tiempo suficiente para poder echar un trago.

Evolución tecnológica en las máscaras antigás

Un desgraciado accidente puso en los medios de comunicación de forma fortuita a la que se considera la primera máscara antigás y a su inventor. El suceso tuvo lugar en una pequeña localidad del norte de América, donde unos mineros quedaron atrapados en el interior de la mina. El alcalde del pueblo, sabiendo de las avanzadas ideas de un inventor de la zona, corrió a su casa en plena noche y convenció al hombre para que bajase a la cueva utilizando una de sus invenciones. Se trataba de una funda que cubría la cabeza, dejando una ranura acristalada para permitir la visión y de la que colgaban unas largas mangas por la espalda hasta la altura de los tobillos. Por estos conductos el aire de la parte inferior era recogido y de esta manera el usuario no respiraba el humo o gases nocivos más ligeros que flotan en el aire, en dirección ascendente. La rudimentaria máscara no disponía de filtros, pero aun así el rescate de los hombres que permanecían inconscientes tirados en el suelo fue un éxito.

Las máscaras modernas similares a las que conocemos hoy en día, fueron diseñadas durante la primera guerra mundial debido a la utilización en el campo de batalla de gases tóxicos como el gas mostaza.

Se diferencian claramente las máscaras de uso militar de las civiles, ya que en las segundas el filtro suele ser grande y está situado en el centro, justo en la zona de la boca y nariz del usuario. Por el contrario, las de uso militar buscan la manera de utilizar los filtros más pequeños y estos se colocan en un lateral, normalmente el izquierdo, para dejarle al portador espacio para poder utilizar y apuntar correctamente con armas de fuego.

Las máscaras suelen ser utilizadas junto con un traje NBQ ya que la mayoría de agentes tóxicos no afectan exclusivamente a las vías respiratorias.

Entrenamiento: fase de nieve

Estaba deseando que la fase de nieve diese comienzo. Después del endurecimiento iba a ser nuestra primera actividad, pero ese año la nieve no quería aparecer. Deseé con todas mis fuerzas que hubiese una gran nevada, ignorante de mí. El invierno hizo su aparición y todo se cubrió de un grueso manto blanco. Tal fue el temporal que nuestras primeras salidas tuvieron que ser como equipos de emergencia, rescatando a las personas atrapadas en sus vehículos. Fueron unos días muy duros, trabajando con la pala para desbloquear las carreteras; también subimos a los tejados de algunas edificaciones que corrían peligro de venirse abajo por el peso. Creo que ese año fue el que pasé más frío de toda mi vida.

Antes de salir a la montaña practicábamos en las canchas de baloncesto, donde apreciamos las técnicas de esquí. Cuando todo volvió a la normalidad comenzamos a subir en plena ventisca a la montaña para poner en práctica lo aprendido. Los trajes eran prehistóricos; llevábamos unos pantalones muy gruesos de lana que picaban como abejas y después, encima de todo, un fino impermeable para no empaparnos, todo a juego de color verde. No sé quien diseñó el equipamiento, pero ir de verde en medio de la nieve no era un buen camuflaje. Curiosamente,

entrenábamos en las pistas públicas, junto con el resto de civiles que acudían a divertirse. Nos llamaban los guisantes asesinos. Teníamos que bajar todos en fila, pero al principio la inexperiencia hacía que cada uno saliese disparado hacia un lado, con el consiguiente peligro. De ahí el mote que nos pusieron el resto de esquiadores. Tenían que andarse muy al loro, pues nosotros teníamos las orden estricta de seguir al capitán, así que nos lanzábamos tras de él sin importar la dificultad de la pista por la que descendíamos. Lógicamente, los mandos sabían esquiar pero nosotros bajamos tragándonos literalmente los pinos. Después del primer día, ocho soldados presentaban fractura de ligamentos. El arcaico equipamiento no disponía de un cierre de seguridad que saltase en caso de colisión. Los esquíes podían partirte las piernas con facilidad, pues no saltaban nunca. Yo también tuve una mala caída; por suerte, aunque la rodilla se me puso como un balón, pude seguir entrenando. No es que nadie quisiese seguir en malas condiciones, es que el que no podía ir permanecía arrestado incomunicado hasta que se encontrase mejor.

Como en todo, después de varios meses practicando todos los días, nos convertimos en avezados esquiadores.

Sharon

La mujer de Ramírez trabajó como policía durante más de diez años y ahora llevaba unos meses de baja obligatoria. Todo se debía a una actuación que sus superiores consideraron desmedida. Les llamaron por una emergencia; al parecer, en una vivienda, una pareja discutía y el hombre amenazaba con matar a la mujer. En estos casos Sharon perdía los nervios. Era una persona fuerte, todos los días entrenaba entre una y dos horas haciendo pesas. Su aspecto angelical podía llevar a la confusión. Era rubia, de pelo liso y lacio que solía llevar cortado a media melena y recogido en una cola de caballo. Sus ojos eran azules, de un color muy claro. Todo esto hizo que el maltratador de la casa comenzase a bromear con ella, e incluso pensó que podía dominar la situación por la fuerza. Mientras cogía a su mujer por la cabellera esgrimía un cuchillo de cocina amenazando a la policía. Sinceramente no sabía lo que estaba haciendo. Su compañero, un hombre apunto de jubilarse con una dieta rica en hidratos de carbono, mostraba una lamentable forma física. Enseguida llamó por radio para pedir ayuda y quitarse de encima el problema. Pero Sharon se lo tomó como algo personal y no tenía ganas de que aquel desalmado pudiese salirse con la suya dañando a la señora.

Con una rápida acción le quitó el cuchillo de las manos y de un certero golpe le rompió el tabique nasal. La sangre comenzó a gotear por las baldosas blancas de la cocina. Pero como el hombre no paraba de amenazarla e insultarla, continuó dándole una tremenda patada en los testículos, y después le hizo una llave partiéndole el brazo por el codo. Quizás en otros tiempo esto hubiese supuesto una condecoración para el agente, pero en la actualidad fue dada de baja del servicio temporalmente y obligada a recibir tratamiento psicológico.

Las chicas se reunieron en casa para ver una película, esto lo solían hacer todos los jueves por la tarde; después, tomaban un café y la comentaban. Esta semana tocaba en casa de Sharon; la anfitriona era la encargada de elegir el film. Normalmente todas coincidían y rara vez seleccionaban una película que no fuese de amor. Sentadas cómodamente en unos mullidos sillones y con palomitas y todo tipo de chucherías, permanecían atentas a la película. Silbaban cuando aparecía algún chico guapo y aplaudían cuando los protagonistas se besaban. Comenzó a sonar la alarma de un coche en la calle.

- ¡Para la película, que no me entero de nada, con tanto ruido!
- ¿Pero qué sucede? Habéis oído esos gritos.

Sharon observó el exterior por la mirilla de la puerta. A toda prisa bajó al sótano y regresó con una escopeta

recortada, una de esas armas de repetición como las que utiliza la policía. Los cristales de la ventana del salón reventaron, cayendo sobre las chicas que aún permanecían sentadas en el sofá. Algo entró, metiendo medio cuerpo; era un bicho asqueroso, parecido a un ciempiés, pero debía medir al menos seis metros de largo.

- ¡Apartaros! ¡Al suelo!

Y comenzó a descargar toda la munición sobre el repugnante animal. La sangre y tripas amarillas salpicaron toda la habitación; las mujeres quedaron bañadas en esa especie de pus, un líquido espeso como mayonesa caducada.

La señora de Ramírez era una mujer de armas tomar. Practicaba artes marciales y acudía a la galería de tiro una vez por semana. Se puede decir que era una pareja con aficiones explosivas.

- ¡Hay que ir rápido abajo, esos asquerosos bichos están por todas partes!

Utilizaban sus tenazas traseras a modo de aguijón inoculando un veneno a la gente que quedaba inconsciente; después se las llevaban, cargando con ellas como suelen hacer una colonia de hormigas con cualquier alimento.

Escopeta recortada

La escopeta recortada es un tipo de arma de cañones cortos; como su nombre indica, dicha escopeta se fabrica normalmente de forma artesanal, recortando los cañones y despojándola de la culata. La munición sale de forma dispersa, haciendo blanco en un área mayor, lo que convierte en muy efectiva a esta arma en distancias cortas, siendo muy ventajosa en espacios reducidos, por ejemplo en el interior de viviendas. Por ello es utilizada por la policía y miembros de las fuerzas especiales. La mayoría de países prohíbe su uso a personal civil y su fabricación sigue unas estrictas normas, reglamentado el tamaño mínimo de los cañones. De esta forma se intenta evitar que esta peligrosa arma pueda ser ocultada con facilidad bajo la ropa.

Una de las más peligrosas a corta distancia es la escopeta de doble cañón, con ellos recortados de forma artesanal. Pues en esta arma pueden acortarse considerablemente los cañones, sobrepasando los límites legales. En las escopetas repetidoras, la disminución no puede ser tan drástica, ya que los cartuchos suelen ir alojados en un tubo inferior paralelo al cañón, y este limita la zona a seccionar.

Entrenamiento: Esquí de travesía

Después de aprender a esquiar llegaba lo verdaderamente duro, que era como nosotros le llamábamos *foquear*. Sobre las bases de las tablas se pegaban unas telas sintéticas con aspecto de piel de foca (antiguamente eran de este material). Los pelos de dicho compuesto sólo permiten el deslizamiento en una dirección, en la opuesta se clavan como millones de pequeñas púas. Este sencillo dispositivo permite que se puedan subir inclinadas pendientes y deslizarse cuando viene una bajada. Era especialmente duro cuando cargábamos con todo el equipo, una gran mochila de unos cincuenta kilos. Las travesías solían durar todo el día y con este singular sistema uno podía recorrer grandes distancias ya que se puede descasar en las bajadas al tiempo que desciende a toda velocidad. Si un hombre a pie es capaz de hacer treinta o cuarenta millas en un día, *foqueando* podía recorrer entre sesenta y noventa, teniendo en cuenta que, por el terreno abrupto de montaña por el que nos desplazábamos era casi imposible caminar sin raquetas. Yo lo equiparaba a montar en bicicleta; se avanza mucho más, por poder aprovechar los descensos, pero a la hora de subir con todo el equipo el esfuerzo era terrible. Quiero que recordéis lo que comenté en la fase de endurecimiento: Lo peor de todo no es recorrer una

distancia de cien o de mil kilómetros, lo peor es no saber cuánto hay que recorrer, ni cuándo podremos parar para descansar. Cuando uno realiza un deporte suele planificar el recorrido, y las paradas de descanso; son pequeñas metas que uno se pone y que fácilmente puede ir alcanzando: cuando llegue a aquella cima paro y echo un trago de agua. Cuando cruce ese valle me siento a comer una chocolatina… Pero aquí sólo los militares de mayor graduación sabían esas cosas, los demás desesperábamos cuando llegábamos a una cima y continuábamos y después a otra y a otra. Muchas veces era peor el cansancio mental que el físico. Recuerdo una de aquellas caminatas: tenía la rodilla hinchada por el accidente en las prácticas y avanzaba con molestias. Comenzamos a pasar una cima tras otra y no parábamos ni a echar un trago; nadie sabía hasta cuándo iba a durar esto. Uno de los compañeros perdió el equilibrio; cargado con todo el equipo y apunto de desfallecer, no era capaz de levantarse. El teniente se acercó a él y comenzó a darle bastonazos por todo el cuerpo hasta que dejó el bastón inservible. Hay personas con diferentes formas de pensar; yo venía de seguir un estricto código del honor al practicar desde niño artes marciales; esto me impulsa a seguir adelante, más aún, si un hombre de avanzada edad marcha en cabeza, aunque reviente y eche las tripas, seguiré a ese tipo; pero lo que no puedo hacer es seguir a una persona que realice una de

estas despreciables acciones. Por las malas no me muevo, ya pueden gastarse el sueldo en bastones. Con esta mala actitud del teniente, la moral de la tropa se fue por los suelos y comenzaron a fustigarnos a todos, pero ya nadie caminaba.

Retén en medio de la nieve

A causa de las molestias de mi rodilla, entré en una fase de arresto continuado. Como dijo el teniente, permanecería arrestado un millón de días; aún me acuerdo de sus palabras y pienso que debería continuar bajo arresto el resto de mi vida.

- Phil, estás arrestado un millón de días; serás retén voluntario todas las noches.

Así que me pasaba gran parte de la noche caminando en solitario por la nieve, realizando la guardia. Mientras todos dormían plácidamente en el interior de un refugio de montaña, yo me dedicaba a caminar medio congelado dando vueltas por el exterior. Sólo me pasaba una idea por la cabeza, la de continuar caminado montaña abajo y desertar. Valoraba los pros y los contras al renunciar. Estaba claro que tarde o temprano me encontrarían y tendría que pasar una temporada en prisión. La verdad es que dadas la circunstancia esto no me parecía para tanto. Pesaba más en mi conciencia el hecho de abandonar a mis compañeros, de defraudarles.

Bella Ciao, canción italiana de la resistencia partisana durante la Segunda Guerra Mundial. No sabemos cómo se introdujo en el cancionero de las COEs, el caso es que caló

tanto que podemos decir que ha sido, y es, la canción más popular jamás cantada en nuestras unidades.

Esta mañana me he levantado.
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao.
Esta mañana me he levantado
y he descubierto al invasor.

¡Oh! Guerrillero, quiero ir contigo.
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao.
¡Oh! Guerrillero, quiero ir contigo
porque me siento aquí morir.

Y si yo caigo, en la guerrilla.
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao.
Y si yo caigo, en la guerrilla,
coge en tus manos mi fusil.
(v. original: tú me debes sepultar)

Cava una fosa en la montaña.
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao.
Cava una fosa en la montaña
bajo la sombra de una flor.

Así la gente cuando la vea.
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao.

Así la gente cuando la vea
se dirá ¡qué bella flor!

Será la flor, de un guerrillero,
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao.
Será la flor, de un guerrillero,
muerto por la libertad.

...Será la flor, de un guerrillero,
muerto por la libertad.
Muerto por la libertad.

Akashi

Desde el avión se divisaban perfectamente el conjunto de islas; me dirigía a Okinawa en Japón. El viaje había sido terriblemente largo y aburrido. La mayoría de los pasajeros eran ancianos que pasaron todo el vuelo roncando. Justo antes de aterrizar el comandante del 747 nos informa que tendremos que pasar algunos minutos más en el aire, por lo visto, las alarmas de terremoto estaban activadas. Un buen recibimiento pensé.

Monté en un taxi y le mostré un papel donde llevaba apuntada la dirección en *Kanji.* Nada más abandonar el aeropuerto, pasamos de la más avanzada tecnología a estar perdidos en medio de arrozales. Era increíble el contraste. Hubiese sido más fácil si pudiese contactar con Akashi por teléfono, aunque tenía que entregarle las órdenes en mano, al menos podía haberme ido a recoger. Por fin llegamos a un pequeño poblado que parecía salido de una película de Akira Kurosawa, con sus casitas de madera, con tejados abombados y con sus paredes interiores de papel. El conductor paró en medio de una calle y bajó mi maleta, llamó a la puerta de una casa y se puso a charlar; por el tono parecía una discusión, pero más tarde me di cuenta de que era la forma normal de hablar en japonés. Las señas

no estaban correctas y el amable taxista me llevó hasta la casa de la teniente. Me quedé sólo frente a la puerta. Llamé varias veces, pero nadie contestó. Me senté en la pequeña escalera del recibidor y después de algunos minutos, me pareció escuchar movimiento en el jardín posterior de la casa. La bordeé por un sendero de adoquines, sembrado en mitad del césped. En la parte trasera alguien entrenaba Kenjutsu el antiguo arte de la esgrima practicado por los samuráis, parecido al actual Kendo.

Un anciano observaba atentamente la ejecución de cada movimiento.

- ¿Usted debe ser Phil? Yo soy el padre de Akashi.

Me saludó inclinándose levemente y me invitó a sentarme a su lado y observar el adiestramiento. Sorprendentemente, el anciano hablaba perfectamente mi idioma y comenzó a contarme una historia:

Mi hija es la pequeña de dos hermanos; yo siempre quise que fuese con las mujeres en lugar de entrenar con los hombres, pero ella estaba más interesada en seguir el camino del guerrero, siguiendo el código del Bushido. En un principio su hermano la superaba en todas las actividades, pero ella, que siempre fue muy testaruda, en lugar de abandonar y darse por vencida, cada día entrenaba más horas. Poseía lo que nosotros llamamos el espíritu del dragón, una fuerza interior que le hacía superar

la adversidad. Con los años no solo consiguió ganar a su hermano, consiguió ser el mejor guerrero de todo Okinawa.

Siempre habíamos mantenido una relación bastante estrecha hasta hace cosa de un años, cuado su madre falleció y decidió volver a su tierra natal para echar una mano a su anciano padre. Se sorprendió mucho de verme y no supe cómo saludarla, ya que era una mujer muy fría e imprevisible; nunca sabías si al encontrarte con ella te daría un abrazo o un puñetazo.

Smith siempre anduvo tras ella, pero al ser tan parco en palabras y tan indeciso, nunca se atrevió a decirle nada. La verdad que era una pena ya que hacían buena pareja.

De compras

Estábamos saliendo de la ciudad y nos quedaba poco combustible; necesitábamos encontrar una estación de servicio cuanto antes. Vimos las vallas publicitarias de un centro comercial que se encontraba a cinco kilómetros. Bien pensado parece un buen sitio para repostar y además abastecernos de víveres.

Nuestro conductor llevaba bastante tiempo sin hipo y tampoco decía una palabra; hacía un buen rato que el brebaje de su botella se había agotado. Los dientes le comenzaban a castañear y unos súbitos tiritones le sacudían de vez en cuando.

El sol calentaba la chapa verde del viejo camión convirtiendo su interior en un horno. Por la ventana entreabierta entraba un aire caliente, seco y polvoriento, que trababa la garganta. Los surtidores se encontraban en el exterior, a la derecha del parking. Bajamos tomando las correspondientes medidas y certificamos que la zona era segura. No se veía ni un alma, todo estaba en absoluto silencio, únicamente se escuchaba el sonido que la gasolina producía al entrar en el tanque del vehículo. No era la típica estación de servicio de carretera, donde suele haber una tienda con todo tipo de productos; en esta sólo se encontraban unas líneas con surtidores y una caseta al

fondo para pagar. Creo que esta era la primera vez que repostaba y me marchaba sin pagar.

- ¡Que Dios se lo pague hermosa! ——dijo León mirando hacia la ventanilla, como si hablase con la cajera.

Nos dirigimos a la entrada principal; el conductor se acercó despacio, las puertas se abrieron y pudo meter parte del camión en el interior del centro.

- Hay que ir con mucho cuidado; es mejor que las mujeres se queden aquí. Cogeremos lo necesario y volveremos lo antes posible —fueron las palabras de Akashi.

Pero en cuanto las puertas se abrieron el perro salió corriendo, y las mujeres salieron de tras de él. Tenía la sensación de que algo no marchaba bien; mi intuición me decía que nos estábamos metiendo en la boca del lobo. Pero Nagore no atendió a razones y salió corriendo detrás del animal. Todo el equipo tuvo que salir a la carrera para asegurar la zona lo mejor posible. Después de escuchar el espeluznante relato de Sharon, no podíamos bajar la guardia ni un instante. Corríamos por el pasillo central que estaba bien iluminado por los amplios tragaluces del tejado. Todo el recinto apestaba; un olor fuerte, como el del combustible que utilizan los aviones flotaba en el aire. A los lados estaban las tiendas de ropa con su entrada

abierta, como si el centro acabase de abrir sus puertas. Los maniquíes confundían a los soldados y Smith estuvo a punto de volarle la cabeza a uno de ellos. Llegamos a la sección del supermercado y encontraron al perro sentado en el pasillo de alimento para mascotas; parecía que tenía hambre y quería que le pusiesen un plato de su comida favorita. Todos nos relajamos y bajamos la guardia al ver que la zona era segura; todo el comercio estaba desierto. Nagore le puso un plato de Driskiess al perro y un cuenco con agua.

- ¡Pero Nagore, mira que esa botella cuesta nueve dólares el litro!
- A mi perro le pongo siempre agua *Iceberg*. Según ponía en la etiqueta era auténtico líquido congelado hace millones de años en la Antártida; como decía la publicidad, era el agua más pura del mundo. Después le buscó algunos juguetes.
- ¿Alguien ha visto al conductor?
- Creo que necesitaba un poco de su medicina; no andará muy lejos —contestó Ramírez.

Desde luego que no estaba a mucha distancia; se encontraba a dos pasillos, en la zona de bebidas alcohólicas. Lo primero que hizo fue coger una botella de su licor favorito y después intentó llevarse todas las que pudo, pero se les resbalaron entre los brazos y se hicieron añicos al caer al suelo; esto le apenó tanto que casi se echa

a llorar. Después de tomar unos tragos se le ocurrió una idea: fue silbando hasta las cajas, donde agarró uno de los carros del supermercado. Después, con una amplia sonrisa en su rostro, fue seleccionando los mejores licores, sin escatimar en gastos; los licores más caros, los de reserva, fueron pasando por su paladar uno por uno. Echaba un trago y después de degustarlo y paladearlo lo añadía al carro. Primero sorbía un poco del morro de la botella, después se pasaba el líquido de un lado al otro de la boca, como si se enjuagarse con colutorio; más tarde hacía unas ostentosas gárgaras y después se lo tragaba. Cuando el licor era de su gusto lo añadía al carro, cuando no le convencía lo dejaba de nuevo en el estante. Había comenzado la fiesta, bailaba y canturreaba emocionadamente mientras empujaba el carro y se paraba de vez en cuando para echar un trago.

- ¡Pero que señorita más guapa hip! ¿Qué hace usted aquí hip tan sola? ¿Me concede este baile?, —le preguntó a un maniquí de la sección de moda femenina, lo agarró por la cintura y comenzó a danzar con él. La melodía imaginaria sonaba cada vez a mayor volumen en el interior de su cabeza. Daba vueltas y vueltas abrazando a la joven de cartón piedra.

El grupo se dispersó sin mutuo acuerdo; cada uno avanzó hacia la sección que más le gustaba; mientras los chicos

visitaban la zona de deportes, caza y pesca, las mujeres visitaron la zona textil. Aunque la teniente prefirió acompañar a los muchachos.

- ¿Qué tal me queda este vestido? —dijo Sharon probándose un traje de novia.
- Pero, ¿con quién piensas casarte?
- ¿Aún no os lo he dicho? —mirar lo que me ha regalado Ramírez.

Mostró una alianza de oro. Las chicas la abrazaron emocionadamente y comenzaron a seleccionar el vestuario para la boda. Después de coger la ropa y complementos más caros, se fueron a la sección de cosméticos y estuvieron maquillándose unas a otras; también cogieron un montón de perfumes. Era la primera vez que podían coger todo lo que se les antojase sin tener que pagar.

Radar era el apodo del experto en comunicaciones, un tipo introvertido y poco amistoso; era justo todo lo contrario de su novia Clarisse. Buscó el material necesario para fabricar una antena de radio, un aparato de largo alcance capaz de captar cualquier señal. Puso sobre una de las mesas de exposición todo el material; luego estuvo trabajando en ello toda la tarde. Soldó parte de los componentes de un televisor con otro tipo de circuitos; unos cables conectaban una antena parabólica y otra de tipo lanza. Con aquel cacharro se deberían recibir incluso

las transmisiones efectuadas en la otra punta del planeta. Terminado el trabajo conectó los altavoces y puso el volumen al máximo, el ruido de fondo era ensordecedor. Comenzó la búsqueda desplazando lentamente el dial. Llevaba ya unos minutos escrutando minuciosamente todas las frecuencias y aún no había conseguido recibir nada. Poco después un sonido similar a un silbido dio paso a una locución distorsionada, envuelta por un ruido de lluvia. Era una señal eco y poco después consiguió sintonizarla mejor en otra frecuencia. El locutor hablaba en alemán y Radar pudo entenderlo perfectamente, pues dominaba más de veinte idiomas y otros tantos dialectos. La emisión explicaba cómo cundía el pánico por la pandemia y cómo en tan solo un par de días el locutor se había quedado solo atrincherado en el estudio. Había grabado un pequeño diario con lo acontecido y cada día sumaba alguna frase. Pero el diario terminaba el día cuatro y hoy estábamos a ocho, por lo que se deducía que no había sobrevivido. Todo apuntaba a que ellos eran los únicos supervivientes de la catástrofe. La población del mundo entero había desaparecido.

En la sección de deporte Akashi seleccionó un buen cuchillo, un machete de supervivencia. Ramírez llenó un carro con material para fabricar explosivos y lo fue trasladando al camión. Smith y Phil probaban las diferentes armas y se quedaron sorprendidos de la fuerza

con la que disparaba una ballesta. Era un modelo nuevo con fabricación de alta tecnología; si hubiesen tenido de estas en la edad medía no serviría de nada protegerse con armaduras.

La luz natural empezaba a disminuir, pero no lo advirtieron ya que la iluminación de los fluorescentes estaba a pleno rendimiento. Smith colocó unos maniquíes al fondo de un pasillo y los utilizaron como blanco para las ballestas y arcos de caza.

- Le he dado en todo el centro, a ver si superas eso.
- Mi segundo nombre es Robin, Robin Hood, soy capaz de partir tu flecha con la mía.
- Si, claro, con los ojos cerrados —bromeaban entre Phil y Smith, pero justo cuando el sargento se preparaba para disparar, concentrándose en acertar en el blanco, una flecha les pasó volando sobre las cabezas y partió en dos la que estaba clavada en el muñeco.
- Me cago en la leche, pero cómo es posible, pensaba que lo de partir una flecha con otra era solo un mito.

La teniente había disparado al menos cincuenta metros por detrás de los muchachos y había conseguido acertar en la cola de la saeta y partirla en dos. Para ella no era algo tan difícil, llevaba tirando con arco casi desde antes de aprender a andar. El tiro con arco es una de las disciplinas que practican los samuráis.

- ¿Qué son esos ruidos, qué sucede? Parece que algo ha puesto nervioso al perro y ha comenzado a ladrar.
- ¡Venir chicos, rápido!, —se oyó decir a Nagore.

Dejaron de inmediato los juegos; la cara les cambió; corrieron hacia los ladridos. El perro estaba muy nervioso, gruñendo y ladrando a la salida de emergencia que se encontraba al fondo de uno de los pasillos. ¿Qué habría tras ella que inquietaba tanto al animal? Sharon se acercó despacio con intención de abrirla; era una de esas puertas con apertura de seguridad de las que, presionando sobre la barra central, las dos hojas se abrían. Normalmente, estos portones no tienen tirador por el otro lado y solo se pueden abrir desde el interior. Justo cuando se disponía a abrir para ver lo que había, *Tarzán* corrió hacia ella poniéndose en medio, para impedir que abriese la entrada.

- ¡Quieta Sharon no toques la puerta! Échate a un lado, —le ordenó Ramírez con voz calmada.

Los soldados habían tomado posiciones y se encontraban todos en posición de tiro, apuntando hacia el pórtico. La mujer retrocedió despacio sin hacer ruido; el perro continuaba nervioso con el pelo erizado y mostrando los colmillos. Un frasco de perfume se le cayó al suelo estallando en pedazos. En ese mismo instante la puerta comenzó a tambalearse, como si una gran fuerza

presionase desde el exterior intentando derribarla. Se escucharon una especie de gruñidos que no pudieron identificar; parecían producidos por algún animal.

- Atrás, atrás, hay que salir de aquí cuanto antes. Vamos aprisa; ir al camión con el conductor, nosotros aseguraremos la retaguardia.

Las luces se apagaron y el lugar quedó escasamente iluminado por las de emergencia. Aquel apacible lugar se había convertido en un sitio fantasmagórico, con todos aquellos maniquíes que parecían personas al acecho. La puerta no aguantaría mucho, estaba a punto de venirse a bajo; los militares abandonaban la zona sin hacer ruido, haciendo señas con las manos, para ir retrocediendo de forma segura. Mientras unos corrían para tomar una nueva posición más alejada, otros permanecían en su puesto apuntando con sus armas la entrada, garantizando la retirada. Definitivamente el portón cedió y una maraña de personas entró corriendo.

- ¡Alto, manos arriba! —les advirtió Akashi; pero corrían como locos; hizo la primera ráfaga sobre sus cabezas, pero nada, ni se inmutaron. Después gritó.
- ¡Abrir fuego, es una orden!

Los disparos sonaron como cientos de truenos, pero aquellos seres no se detenían ante nada, continuaban

atacando aun siendo alcanzados con heridas visibles de bala. No podrían retenerlos mucho tiempo; los casquillos caían al suelo, rebotando y rodando por el mármol blanco.

- ¡Apuntar a la cabeza, hay que ahorrar munición! —grité, nada más dar la orden, la primera fila de seres que corrían hacia nosotros se desplomó al ser alcanzados en el cráneo. Los disparos certeros fueron derribando fila, tras fila. En ese momento, en medio de la batalla, unos enormes ciempiés comenzaron a entrar, se desplazaban muy rápido, y avanzaban tanto por el suelo como por el techo, caían sobre el grupo de infectados y después de picarles se los llevaban. Por si la amenaza de la multitud era pequeña ahora se tenían que enfrentar también a esos bichos enormes.
- ¡Hay que salir cagando leches de aquí!, —exclamó Smith, y, al terminar la munición de su fusil, lo lanzó contra la multitud y empuño la ametralladora, que hasta entonces llevaba colgada por una cincha a la espalda. Se la colocó a estilo bandolera y comenzó a disparar barriéndolo todo.
- ¡Aaah! Tomar un poco de medicina de la tartamuda, malditos bastardos, ¡Correr hay que salir ya!

Corrimos a toda prisa, por el pasillo central del centro comercial, con sus escaparates a uno y otro lado y por fin teníamos a la vista el transporte. El conductor se

encontraba al volante y mantenía el motor acelerado para salir a toda prisa en cuanto llegásemos. La jauría de seres corría tras nosotros. En parte gracias a los asquerosos artrópodos que diezmaban el grupo de cabeza, tuvimos más tiempo para llegar al vehículo. Uno de los insectos gigantes saltó desde el techo abalanzándose sobre Akashi; la teniente, tirada en el suelo, no podía quitarse de encima al asqueroso bicho, que intentaba aguijonearla con sus apéndices posteriores. La boca peluda poseía unas enormes pinzas similares a las de un cangrejo. Lanzaba continuas dentelladas intentado engancharla por la cabeza. La mujer no podía utilizar su arma: el reducido espacio no se lo permitía. Smith contemplaba la escena angustiado; apuntaba con la ametralladora, pero no se atrevía a disparar, ya que el blanco no dejaba de moverse violentamente y si abría fuego podría alcanzar a la teniente. En ese momento Akashi asió su chuchillo por la empuñadura y lo sacó de su funda; literalmente descuartizó a la criatura, las tripas y los fluidos le caían encima, mientras asentaba unos profundos cortes, troceando al bicho. El grupo de infectados corría como posesos a por ella. Yo intentaba eliminar a los más cercanos. Smith le tendió la mano, ella le sonrió brevemente y salieron a la carrera.

- ¡Vamos, venga, dale marcha atrás!, —le ordenó Ramírez al camionero.

Salimos del maldito centro comercial. En el exterior era ya de noche y el camión que se desplazaba marcha atrás, nos iluminaba el camino con las largas. Continuábamos disparando hacia la entrada del comercio mientras corríamos e íbamos subiendo en marcha al transporte.

- ¡Alto el fuego, falta Clarisse!

Las chicas, al correr hacia el camión con la galería poco iluminada, presas del pánico, no se percataron de que su compañera se había retrasado. La puerta de salida estaba bloqueada por los bichos y seres que se encontraban en el interior. Por ahora, parecía que estaban luchando entre ellos. Las escolopendras gigantes se llevaban a los infectados, agarrándolos con sus tenazas. Los inyectaba su veneno, y una vez inconscientes, se los llevaban. Radar estaba confuso, parecía no poder creerse la situación. Su mujer se encontraba en el interior de ese lugar repleto de monstruos. Dejó de avanzar hacia el transporte y comenzó a correr de nuevo hacia la entrada. A la carrera, se acercaba a la maraña de seres, apuntando con su arma y haciendo disparos certeros. Cada bala derribaba a uno de ellos. Pero ¿qué estaba haciendo?; era un auténtico suicidio. Aunque nadie se lo impidió, era su decisión, a veces es más duro sobrevivir que sucumbir. Como dice una frase célebre, la guerra sólo termina para los muertos.

Todos nos quedamos paralizados viendo cómo Radar se dirigía a ellos como un defensa de football americano con

muy malas pulgas. A escasos metros para el contacto, el hombre se detuvo, mirando hacia un lado. En el suelo, entre los monstruos, se encontraba uno de los zapatos blancos de tacón que pertenecía a Clarisse. Comenzó a maldecir y a disparar con más furia, convirtiendo el lugar en una auténtica carnicería. Después se quedó paralizado, al mirar a su derecha. ¿Qué había captado su atención? Se agachó entre dos vehículos y se levantó llevando Clarisse en sus brazos. La mujer que calzaba unos zapatos de tacón, había perdido uno de ellos en la huida y, al intentar continuar, había caído entre los coches del aparcamiento. Teniendo aquellos seres tan cerca, el pánico se apoderó de ella, dejándola paralizada. Todos respiramos aliviados. Esto sí que era tener suerte.

- ¡Cuidado a tu espalda!, —gritó Akashi.

Uno de los infectados corría como una alimaña, sin parar de echar espuma por la boca. Rápidamente apunté con mi rifle, apreté suavemente el gatillo y el proyectil hizo blanco en la cabeza del ser, que se desplomó instantáneamente. Pero al caer consiguió alcanzar a la mujer por la pierna, propinándole un zarpazo. Era una herida leve, sin demasiada importancia. Radar se volvió y utilizó su cabeza como balón, chutando con todas sus fuerzas. Una vez todos a salvo en el camión comenzamos el viaje de nuevo. Al menos ahora disponíamos de algo más de información, sabíamos el tipo de seres que

rondaban los alrededores y que debíamos estar alerta en todo momento.

- Déjame ver esa herida, te pondré una venda, —dijo Nagore.

Eran unos cortes limpios y poco profundos. La desinfectó con yodo y la cubrió con una gasa.

Todo parecía volver a la normalidad; teníamos combustible suficiente para llegar a la zona cero que se encontraba a unas quinientas millas. Todos comenzamos a charlar sobre lo sucedido. Normalmente después de un combate, se realizan comentarios en modo distendido, haciendo algunas bromas para quitarle hierro al asunto. De esta forma uno ridiculizaba al enemigo y sus fantasmas desaparecían. Pero nuevamente León interrumpió, exponiendo una de sus absurdas teorías: Estaba totalmente convencido de que los enormes gusanos eran invasores alienígenas, concretamente marcianos debido a su color rojizo. Quizás una raza no demasiada avanzada, pero lo suficiente como para viajar por el espacio. Aunque en cierta ocasión había escuchado una teoría científica sobre la *Panspermia,* en ella se contaba que la vida se pudo originar en cualquier planeta del universo y que los meteoritos habían arrancado fragmentos de ese planeta, y tras el viaje espacial había caído en otros planetas sembrando la vida. Podía ser que esos seres viviesen bajo la superficie de Marte y que una colisión hubiese

arrancado un pedazo de corteza de su planeta y finalmente hubiese ido a caer en el nuestro. Esos seres se estaban llevando a las personas como alimento, estaba claro que se las llevaban a su guarida y se alimentaban de ellos. Para el tema de los infectados, argumentó que eran zombies; esos ciempiés los habían inoculado, como hacen algunas avispas con los caracoles. Les habían sorbido el cerebro y por eso vagaban sin conocimiento. La teoría del camionero, que con sus intermitente hipo, acompañada también de algunos eructos, aparte de ser larga, cuanto menos era sorprendente, desde luego no parecía faltarle imaginación. Aunque toda su historia sonaba a película de los años sesenta. Seguramente nos contó su propia adaptación de *la guerra de los mundos*.

Clarisse comenzó a tiritar y unas gotas de sudor le cubrían la frente. Su marido comprobó que le estaba subiendo la fiebre. La mujer se estaba poniendo pálida y los ojos se le enrojecieron. Comenzó a decir cosas sin sentido; parecía que deliraba. Ahora sabíamos que el contagio parecía producirse mediante el contacto físico. ¿Qué podíamos hacer? Si la mujer continuaba empeorando, terminaría desarrollando la agresividad típica de los seres que nos atacaron. Pero no podíamos abandonar a uno de los nuestros. Nosotros nunca dejábamos atrás a nadie. Vivos o muertos, nuestros compañeros no serían abandonados.

Entonces Radar se puso en pie. Su rostro parecía de piedra, estaba muy serio y dijo:

- ¡Parar el camión! Lo siento muchachos, hasta aquí hemos llegado, estoy seguro de que nos volveremos a ver.

Cogió a Clarisse en brazos y se bajó del vehículo. Sabía que si la mujer continuaba en el camión tarde o temprano todos terminaríamos infectados. Desde luego Radar no iba a dejar a su mujer enferma tirada en la cuneta, caminarían juntos por el valle de las sombras.

- Dales recuerdos de mi parte a esos bichos y arrasad la zona cero.

Fueron sus últimas palabras, volviéndose en medio de la carretera para mirarnos a la cara por última vez y guiñándonos un ojo, como si todo fuese un juego.

Seguramente la canción más popular entre los ejércitos europeos tiene un origen alemán, *Ich hatt einen kameradem" F.Silcher.* 1825. La canción narra la historia de dos amigos y cómo uno de ellos muere en el frente. Su letra, cargada de emotividad, suele utilizarse como oración a los caídos. Esta es una versión en castellano y no una traducción literal.

Yo tenía un camarada,
entre todos el mejor.
Siempre juntos caminábamos,
siempre juntos avanzábamos
al redoble del tambor.
Al redoble del tambor.

Cerca suena una descarga.
Va a por ti o va a por mí.
Y a mis pies cayó herido
el amigo más querido,
y en su faz la muerte vi.
Y en su faz la muerte vi.

Él me quiso dar la mano,
mientras yo el fusil cargué;
y uniéndola con la mía:
Vete con Dios —me decía—;
por la patria moriré.
Por la patria moriré.

En España se le añadió las siguientes estrofas al objeto de variar la cadencia y darle un final "feliz" como fruto de la gesta heroica del compañero caído.

¡Gloria!, ¡Gloria!, ¡Gloria y victoria!
Con el cuerpo y con el alma,
con las armas en la mano,

por la Patria.
Por la Patria

Nuestros cantos que vuelan
el viento los lleva por ahí,
que en España, que en España,
empieza a amanecer. ¡Amanecer!

Que en España, que en España,
empieza amanecer.

Fusil de asalto

Todos los soldados de infantería de cualquier ejército del mundo utilizan el Fusil de asalto por su ligereza y versatilidad. Posee un botón selector de disparo que permite dispara de forma manual, semiautomática y en modo completamente automático. En modo automático es muy difícil hacer blanco, pero puede ser muy útil como fuego de cobertura.

A partir de la segunda guerra mundial el calibre de la mayoría de armas de asalto fue reducido, considerándose por norma general fusiles de asalto todos aquellos que disponen de un calibre inferior a 7,62 mm a partir del cual se consideran ametralladoras. Hay varias explicaciones para que todos los ejércitos reduzcan el calibre del armamento estándar; entre las teorías más difundidas la de causar el mayor numero de heridos y no de bajas. Esto no es por evitar un mayor número de muertes, se trata de causar al enemigo el mayor daño y por cada herido se necesita una infinidad de recursos tanto humanos como materiales para conseguir evacuar desde el frente y posteriormente tratar en un hospital a los heridos. También se dice que el diseño de la nueva munición la hace impactar lateralmente y no de frente penetrando menos, pero causando lesiones externas mayores.

Hay dos historias que narran las consecuencias de utilizar la nueva munición. Una de ellas habla de un sargento en plena guerra de las Malvinas. Defendía una posición elevada en la cima de una colina, y por la noche comenzaron a atacarles. Consiguió mantener la posición ante un enemigo cientos de veces superior en número durante más de cuarenta y ocho horas. El enemigo finalmente se tuvo que dar por vencido, cuando los refuerzos llegaron hasta la posición del sargento; este presentaba más de ochenta impactos de bala por todo su cuerpo. La otra historia fue retransmitida por todas la cadenas de televisión, y se trataba del asalto a un banco a plena luz del día por unos delincuentes acorazados con chalecos antibalas. Entraron en la sucursal tan campantes como si tal cosa, cogieron el dinero y salieron tranquilamente a la calle. La policía que se atrincheraba tras sus vehículos les dio el alto, pero ellos no hicieron ningún caso. En lugar de ello, comenzaron a dispara a los agentes con armas automáticas. Se produjo entonces un intercambio de disparos, pero los ladrones continuaban a lo suyo como si no fuese con ellos. La situación se alargó tanto que dio tiempo a que llegasen refuerzos del ejército. Nada era capaz de detener a los delincuentes; las armas de bajo calibre no servían de nada contra las protecciones de los chalecos antibalas. Finalmente consiguieron abatirlos disparándoles con fusiles a las piernas. Este suceso sirvió

para que las autoridades tomasen nota ya que durante años el calibre de las armas de los policías y de los fusiles de los militares había bajado de calibre sin tener en cuenta una eventual situación como la acontecida.

El primer fusil de asalto conocido fue el Cei-Rigotti italiano en el año 1890; disponía de un calibre 6,5x52 mm y funcionaba mediante un mecanismo de gases de disparo como los contemporáneos, pero nunca llegó a entrar en servicio militar.

Avtomat-Fedorova, en 1916, fue el primero en entrar en servicio militar. Fue diseñado por el ingeniero ruso Fedorov para ser utilizado en la Primera Guerra Mundial y consiguió destacar entre los demás considerándose el mejor de la contienda.

La sequía

Este año se habían batido todos los récords en cuanto a falta de precipitaciones. El problema no se tomó en serio hasta que comenzó a escasear el agua potable. Era evidente que el clima de la tierra estaba cambiando, y pese a lo que pensasen algunos gobernantes, estaba claro que la raíz del problema se encontraba en un origen antropogénico. La tala indiscriminada de árboles diezmando las selvas que filtraban nuestro aire, los gases de efecto invernadero y los productos químicos que se dispersaban en el aire al quemar combustibles fósiles, perjudicaban al desarrollo y crecimiento normal de la vegetación. Muchos árboles y plantas se secaban, y dejaban de realizar su servicio como agentes purificadores. El agua caía del cielo en intensas tormentas, de breve duración y de fuertes precipitaciones; ese agua, en lugar de ser beneficiosa, resbalaba por la tierra seca arrasándolo todo, y muy poca cantidad se podía aprovechar. Como solución se instalaron enormes centrales desaladoras por toda la costa. Era un cambio singular: un litro de petróleo a cambio de unos cuantos libros de agua potable. Con esta práctica se aceleró aún más el proceso. La contaminación aumentó mucho más; el filtro natural que proporcionaba la vegetación se colapsó.

Cuando ya era demasiado tarde, se comenzaron a tomar algunas medidas, como introducir vehículos eléctricos y utilizar biocombustibles. Pero sólo fue un plan maquiavélico urdido y perfectamente orquestado por las multinacionales que tenían su dinero invertido en la industria petrolera. Primero se hizo caer a los biocombustibles. Las casas automovilísticas prohibieron su utilización en sus vehículos alegando mal funcionamiento y rápido deterioro de los motores. Después acusaron a los fabricantes de biocombustibles de encarecer el precio de los alimentos, y finalmente hicieron correr el rumor entre el publico de que estos emitían más contaminación que los combustibles tradicionales. Por eso ya sólo el diablo USA biodiesel. Los coches eléctricos que salieron al mercado eran demasiado caros aun gozando de subvenciones; para colmo, las grandes firmas sacaban unos modelos estrambóticos caricaturescos que no servían para nada. La autonomía de sus baterías sólo les permitía recorrer unos cien kilómetros y tardaban veinticuatro horas en recargarse. Un grupo de ingenieros "pirados" decidió sustituir las baterías de serie por algo tan simple y común como pilas recargables y resultó que un vehículo que disponía escasamente de ochenta kilómetros de autonomía, pasaba a disponer de más de ochocientos y tardaba veinte minutos en recargarse. Pero las grandes multinacionales contraatacaron y sacaron al mercado un

coche eléctrico de batería líquida con componentes químicos intercambiables. ¿Qué quería decir esto? Que el control volvía a estar en sus manos. Estos coches se recargaban en gasolineras, con una manguera como sus antecesores de combustión interna. El líquido con carga entraba desde el surtidor de la estación de servicio en el interior del circuito del vehículo, empujando al antiguo fluido descargado al exterior, que entraba directamente por otro conducto que poseía la propia manguera y era reciclado, suministrándole una nueva carga eléctrica. El sistema era muy complejo y los usuarios no podían realizarlo en su casa. De esta forma desapareció el miedo a los vehículos eléctricos ya que no era posible recargarlos en casa. La alarma se disparó cuando al comenzar la sustitución del transporte por los primeros, los gobiernos subieron las tarifas de la luz para recaudar por otra vía el dinero que ya no obtenían con la venta de gasolina, pero la gente, que no era tonta, enseguida puso en su casa placas solares y molinos de viento, por lo que de esta forma no pagaban ni un céntimo al gobierno por la energía que consumía.

Con la sequía, la desertificación avanzaba colonizando el mundo. Pronto comenzó la escasez de alimentos y los precios de estos se dispararon. Las tierras de cultivo fueron abandonadas por volverse improductivas. Amplias

llanuras polvorientas se extendían por doquier. Las personas que antes habían cultivado la tierra durante generaciones ahora se veían obligadas a trasladarse a guetos y mendigar para subsistir. Cada vez eran más amplios lo campamentos de refugiados, acrecentando los disturbios, la violencia y la marginación social.

Entrenamiento: Fase agua

Para realizar este periodo de maniobras, nos trasladamos al sur del país, a la costa. El viaje en viejos camiones militares, que parecían sacados de un museo de la Segunda Guerra Mundial, fue cuanto menos largo e incomodo. Los soldados íbamos apiñados como ganado y utilizábamos nuestras mochilas como asiento. Después de las primeras horas de viaje uno de los compañeros sacó una bolsa de plástico de su mochila y se puso a orinar dentro. Al verle todos comenzamos a hacer lo mismo. Llevaba un buen rato pensando que me terminaría meando encima. Luego comenzó el bombardeo. Los camiones que marchaban en convoy eran observados por los mandos desde las cabinas de los predecesores. Así que cuando había una curva pronunciada y perdíamos de vista al vehículo que nos seguía, comenzábamos a lanzar los orines a la cuneta.

Lo primero que hicimos después del primer día que lo utilizamos para montar el campamento, fue como siempre entrenar en tierra. Practicábamos natación con todo el equipo, incluidas las aletas en la arena. Tras el primer día de natación en seco, nos enteramos de la noticia de que a la mañana siguiente se realizaría una competición; tendríamos que ir hasta la boya casi una milla de la orilla y regresar a la playa. Según los tiempos se formarían los

diferentes grupos, y los mejores nadadores serían seleccionados para el entrenamiento de buzos de combate. Yo era aficionado al buceo y practicaba el esnórquel, así que estaba bastante ilusionado con la noticia. Pero algunos compañeros comenzaron a burlarse, ya que ellos vivían en zona de costa y yo era del interior y sabían que nunca había visto el mar. Siempre he entrenado en piscinas y practicado con mis gafas y tubo en ríos y lagos, pero nunca había nadado en el mar; supuse que tenían razón y que mejor sería con conformarme en conseguir ir hasta la boya y regresar sin ahogarme. La mañana llegó y salimos a la carrera para formar. Primero hicimos una hora de ejercicios de calentamiento y después nos mandaron formar en la playa. Nos ordenaron colocarnos el equipo y entramos en el agua. Comencé a escupir en mis gafas, para que la saliva impidiese que se empañasen. Escuché una voz decir: ¡Ya!, pero pensé que era uno de mis compañeros. Noté mucho alboroto a mi alrededor, y cuando terminé de ponerme la máscara vi que no había nadie a mi lado; la prueba comenzó y todos se encontraban ya a bastantes metros lejos de mí. Me lancé al agua; teníamos orden de nadar de espaldas, así que aleteé con todas mis fuerzas y me pareció escuchar unas voces. Paré un momento y me encontré al sargento chillándome desde la orilla:

- ¿A dónde vas gilipollas? ¡Que es a la otra boya!

Miré hacia atrás y para mi sorpresa comprobé que estaba nadando en dirección opuesta, justo hacia otra boya. Los demás ya se encontraban casi a la mitad de distancia, cubriendo una cuarta parte del recorrido y yo me encontraba todavía más lejos que al principio. Puse nuevo rumbo y me esforcé al máximo; entonces comencé a pasar rápidamente a muchos compañeros, y enseguida llegué a la mitad de recorrido; por delante de mí solo se encontraba el alférez y el teniente, y no sabía qué hacer. Si les adelantaba era probable que me pusiesen bajo arresto. Así que nadando a un ritmo muy descansado le pregunté al teniente que era el oficial de mayor graduación y al que me debía dirigir en este caso:

- A la orden mi teniente. ¿Le puedo adelantar? —su respuesta fue contundente, aunque su voz fatigada dio una entonación suave.
- ¡Pasa subnormal!

Le adelanté sin esfuerzo y me distancié bastantes metros de él. Me encontraba en cabeza y no quería malgastar mis fuerzas; nunca se sabe si después de esta prueba nos harían alguna perrería. Llegué a la playa cuando la mayoría se encontraban aún a mitad de camino y me puse a quitarme las aletas y colocármelas en las muñecas, técnica que nos habían enseñado y que no debía pasar por alto, pues enseguida me podía caer una hostia. Llegó al sargento y me anotó el tiempo en su libreta e hizo un comentario

diciendo que al menos era bueno en algo; siempre lo decían de una forma un tanto tosca, pero esas eran sus mejores palabras de felicitación. Después comenzaron a llegar el resto de compañeros y para mi asombro compruebo que nadie sigue el método de ponerse las aletas en las manos y salir reptando hasta el punto de control. Aquí todo el mundo se saltaba las normas a la torera. Bueno, es igual, pensé; de todas formas he sido el primero y mañana podré comenzar a entrenar con los buzos de combate. Pero cuado terminaron de llegar todos mucho tiempo después dieron la salida a una nueva carrera; en esta ocasión participaban los soldados de otra compañía. Para mi sorpresa los tiempos fueron tenidos en cuenta como en una carrera en conjunto y fui desplazado al séptimo lugar; al no entrar entre los cinco primeros me quedé sin practicar submarinismo. Fue una gran decepción, ya que estaba seguro de poder ganar a todos ellos, pero así de injusto solía ser aquel entrenamiento. Desde luego, el teniente no iba a decir que nadé un buen rato a su lado pensando que no le podía adelantar y que mientras yo nadaba descansadamente él estaba asfixiado.

Canciones a paso ligero

Para ser buen guerrillero
Hace falta tener ganas

Pasar frío hambre y sueño
Siete días por semana.

Jamás, jamás, jamás
Jamás de los jamases
Jamás un guerrillero
Dirá que está cansado
Hasta caer, hasta caer reventado.

Si te quieres suicidar
No te tires por un puente
Apúntate a la guerrilla
Y te mueres de repente.

Las guerras por el agua

El agua es vida, es el líquido fundamente del que surgieron los primeros seres vivos y también entorno al cual se crearon las distintas civilizaciones. Nuestros antepasados no podían vivir muy lejos de un río, un lago o un manantial, pero con la tecnología llevamos agua a zonas desérticas y construimos en estos lugares nuestras ciudades. Los romanos fueron grandes ingenieros y transportaron el agua a cientos de kilómetros. Actualmente cambiamos de forma artificial el curso de los ríos y cultivamos verduras en medio del desierto. Las consecuencias no tardaron en llegar. Antiguas civilizaciones sucumbieron a la sequía. Culturas enteras desaparecieron tan sólo por una época con menos precipitaciones. La nuestra estaba al borde de la catástrofe, la crisis del agua cubría el planeta. Las personas, en su mayoría sedentarias, gustan de vivir como insectos en el hormiguero y las ciudades crecen sin ningún control. Cada vez hay que desviar más recursos para conseguir mantenerlas en pie. No hace falta mucho para que toda esa gigantesca infraestructura ceda; simplemente, la subida en los precios del combustible puede tirarla abajo. Un pequeño cambio en el clima, una subida o bajada repentina de la temperatura, puede colapsar el sistema. Si todo el

mundo conecta su calefactor al mismo tiempo o su aire acondicionado, la red eléctrica no dará abasto y los cortes provocarán el caos. Simplemente la lluvia caía cuando quería. Mucha unas veces, poca otras, como suele decir el refrán, nunca llueve a gusto de todos. El escaso líquido almacenado en seguida desaparecía debido a la gran demanda. Pero al principio no importó, al menos a los países más ricos. Las naciones pobres comenzaron a luchar por el agua, en algunos casos guerras civiles, que no se tomaron muy en cuenta ¿A quién le importa que un grupo de indígenas se maten entre ellos? Después comenzaron los conflictos entre países vecinos; los ríos no corrían más allá de la frontera. Pero no importaba demasiado, los países desarrollados teníamos agua embotellada. Al comienzo sólo era un poco molesto, pero después uno se acostumbraba a programar la hora y el día a la que poder ducharse. Pero amigos, el agua mineral no es abundante y los manantiales no podían abastecer a todo el mundo. Los precios del agua potable se pusieron por las nubes, costaba más un litro de agua que un litro de aceite. Así fue como las clases pobres tuvieron que beber agua depurada del alcantarillado, básicamente ingerían sus propios meados. Posteriormente comenzaron las guerras contra el terrorismo, grupos armados surgieron por todas partes reivindicando su derecho a tener agua. Todas las medidas tomadas parecían volverse en contra de los

gobiernos. Era como la pescadilla que se muerde la cola, los remedios causaban mayores desastres. Los jóvenes éramos reclutados de forma obligatoria, como en tiempos pasados, en los tiempos de las grandes guerras. Entrenados militarmente durante un año y sirviendo un año fuera del país, en países donde los terroristas se organizaban con mayor fuerza y un último en casa, sirviendo como refuerzo para los controles de carretera. Las lejanas imágenes que veíamos en los noticieros de esos pueblos atrasados, llenos de militares, que registraban casa y vehículos por todas partes, se hicieron pronto realidad entre nuestras propias fronteras. El miedo al terrorismo alimentó la maquinaria de la guerra, un monstruo grande y fuerte que no entiende de derechos humanos, ni de bien ni de mal, únicamente arrasa todo. Por eso siempre pensé que nuestra civilización tal y como la conocemos no duraría mucho tiempo. Es un sistema insostenible y quizás lo mejor para todos sería que cayese cuanto antes. A nadie en su sano juicio se le ocurre tener veinte o treinta perros, a no ser que sea el dueño de una perrera; en cambio, muchos seres humanos, más o menos todo aquel que tenía oportunidad, mantenía todos los hijos que le era posible. ¿Qué nos diferencia a nosotros del resto de animales? ¿Qué sabemos hablar? ¿Qué pensamos? Hablamos de la vecina de enfrente y pensamos en cómo hacer para acostarnos con ella. Eso no nos diferencia del resto de animales. Nuestra absurda

sociedad premia esta forma de pensar y nos convierte en una plaga. Pero como muchos piensan que su país es muy grande, que el planeta es infinito, no hay problema: siempre habrá más peces en el mar. Siempre habrá más peces, hasta que se pesque el último…

Misión en el extranjero

El doctor, un hombre con pocos escrúpulos, dedicaba su tiempo a probar nuevos medicamentos con los enfermos. Supuestamente trabajaba para una ONG, pero por detrás recibía grandes sumas agradeciendo su colaboración con las farmacéuticas. Cuando la cosa se puso verdaderamente fea, tuvo que ser él, quien se encargase de los soldados heridos. Era un tipo muy raro; no se entiende cómo un hombre así se decantó por estudiar medicina. Quizás si se hubiese especializado en cirugía plástica…

Nos dieron órdenes de formar a primera hora de la mañana; recibimos intrusiones de entrar en la ciudad, en la zona antigua y sitiar un edificio viejo, construido con adobes y pintado con una mezcla de cal y arcilla rojiza. Por lo visto, en aquel lugar se escondía un comando de insurgentes, y se esperaba que entre ellos se encontrase uno de los cabecillas que controlaba el movimiento de las células terroristas de toda la región. Nuestro equipo de fuerzas especiales entraríamos en carros blindados ligeros, hasta el comienzo de la zona antigua, donde las calles sólo permitían el avance a pie. Después continuaríamos la marcha asegurando cada calle lo más rápidamente posible, para sitiar el edificio antes de que pudiesen escapar. Una vez tomada la zona, refuerzos de la infantería tomarían el

control. Con nosotros debía ir un sanitario y por suerte o por desgracia fue Omar el seleccionado.
Un satélite controlaba la zona desde las alturas y seguía cada uno de nuestros pasos, garantizando que no hubiese francotiradores apostados en los tejados.
Yo cerraba el grupo, cubriendo la retaguardia; avanzaba lo más rápido que me permitían las piernas, que no era gran cosa debido a lo que pesaba el equipo. Al torcer a la derecha en un cruce, me encontré con el Doctor Omar; se encontraba hablando por uno de esos teléfonos por satélite y cuando me vio le observé alterado y sorprendido; guardó rápidamente el aparato. Yo le dije que no podía quedarse en aquel lugar, que nos siguiese.

- Lo siento, tropecé y cuando me quise dar cuenta me había perdido.

No pude prestar mucha atención a sus palabras, pero le eché una mano para que siguiese adelante. Faltaban pocos metros para llegar al lugar designado y sin previo aviso, francotiradores desde las ventanas del bloque comenzaron a disparar. Algunos de los nuestros fueron alcanzados y nuevamente me encontré con que el doctor parecía querer huir de la zona. Pensé que simplemente era un cobarde. El fuego se hizo más intenso, los terroristas estaban bien atrincherados, parecían esperar nuestra llegada, como si alguien les hubiese puesto en alerta. ¿Quizás algún muchacho de la zona? Muchos niños recibían dinero para

que estuviesen alerta y diesen la voz de alarma en caso de alguna incursión militar. Cuando llegué a uno de mis compañeros herido en una pierna, me volví para llamar al doctor, pero éste no estaba, había desaparecido. El caos reinaba en el lugar; granadas de mortero comenzaron a caer sobre nuestras posiciones. Me cargué a mi compañero a la espalda y corrí con él hacia una zona más segura. Divisé al operador de radio y comencé a darle voces, pero nada, era totalmente inútil, no podía oírme. Entonces puse al herido recostado contra una pared, que no soltó ni una queja, aunque se podía ver en la cara el dolor que estaba soportando. Avancé, disparando hacia las posiciones elevadas desde donde nos atacaban. De esta manera intentaba que los tiradores no pudiesen apuntarnos; mientras, me dirigía hacia el operador para realizar una petición de evacuación sanitaria. Los escasos cincuenta metros que nos separaban se convirtieron en una carrera de obstáculos, y a mitad del camino un proyectil de mortero impactó justo sobre el operador: el hombre se convirtió literalmente en humo. Escuché el sonido de una ametralladora. Disparaba ráfagas cortas; era una forma peculiar de utilizar el arma y supe que se trataba de Smith. Habían conseguido posicionarse un poco más adelante, en unas ruinas, frente al edificio de los tiradores. El fuego de mayor calibre los estaba manteniendo a raya.

- ¡Phil, corre ahora! —escuché la voz de Ramírez. Crucé la calle y conseguí ponerme a salvo.
- Hay que deshacerse de ese mortero, —dijo la teniente Akashi.

Me coloqué en posición de disparo, y apunté por la mira telescópica de mi rifle a los dos artilleros que estaban bombardeándonos. Las continuas explosiones hacían temblar el suelo y era muy difícil mantener el blanco en el punto de mira. Entonces mantuve la respiración y observé cómo el humo de las explosiones subía vertical, indicando que apenas soplaba el viento. Hice el primer disparo y alcancé al tirador, pero el otro hombre cargó inmediatamente y lanzó un nuevo proyectil. Entonces una luz me cegó y lo siguiente que recuerdo es encontrarme en el hospital. Por lo visto, habían lanzado un misil que explotó cerca de mi posición. Afortunadamente no tenía ningún daño permanente y pronto me recuperé. Pregunté al doctor por el resto de compañeros y todos habían salido ilesos; por lo visto fue Smith quien me trajo hasta el hospital, cargando conmigo a las espaldas. Cuando redacté mi informe, pensé detalladamente en lo ocurrido y caí en la cuenta de que Omar pudo ser el que avisó a los insurgentes. ¿Pero qué motivos podría tener un médico? La comandancia comprobó las llamadas y detuvo al doctor; por lo visto, se descubrió su oscuro pasado,

formado por academias militares en un país extranjero bajo una antigua dictadura.
Gracias a sus conocimientos y contactos no pasó mucho tiempo en prisión; pronto fue puesto al servicio de la nación trabajando en proyectos de alto secreto dedicados al desarrollo de armas biológicas.

Katherine y Omar

Eran dos jóvenes brillantes con un futuro prometedor, la muestra viva de que el régimen daba sus frutos. Ellos no estaban tan convencidos de las bondades de la dictadura, pues sabían bien cuánto esfuerzo habían tenido que poner para conseguir las becas que les llevaron a la universidad y cuántos amigos, familiares y compañeros quedaron atrás. El sistema promovía que los jóvenes más destacados se juntasen y formasen familias ejemplares de las que saldrían las nuevas generaciones que conseguirían hacer avanzar el país. De esta forma, en un baile oficial se conocieron Katherine y Omar. Aunque la situación en un principio resultaba un tanto forzada, en estos encuentros universitarios cuajaban muchas parejas. Ninguno quería asistir al evento, pues ambos tonteaban ya con otros jóvenes, pero el estado les obligaba a participar en el acto, incluso algunos de sus profesores hacían el trabajo de tutores, obligándolos inclusive a tomar iniciativas, como acercarse a un determinado grupo de chicas y, desde luego el baile era obligatorio; todos debían emparejarse para el evento, aunque solo fuese mientras durase la música. Ninguno de ellos pensó que de algo tan artificial pudiese nacer algo tan natural como el amor. Omar pensaba que todas las chicas con un coeficiente intelectual de su mismo

nivel llevaban gafas, no se lavaban la cabeza, eran gordas e incluso se afeitaban. Pero cuando conoció a Katherine se quedó boquiabierto. Era alta, con un cuerpo que parecía sacado de las revistas de moda, con un pelo rubio precioso, sus ojos azules muy claros, como el agua de un lago y carita como de porcelana. Pasaron la tarde hablando sobre fórmulas matemáticas y teorías relativistas. Desde ese momento Omar no paró de hacer lo posible por encontrase con ella. Después de terminar la universidad decidieron casarse y formar una familia. En esos tiempos y en aquel lugar la cosa era muy difícil, pero a ella, especializada en ingeniería nuclear, le llegó una oferta de trabajo. Era una gran noticia y los dos viajaron en ferrocarril hasta el lugar donde se estaba edificando la fábrica. Las pequeñas casitas de los trabajadores de la central ya se estaban construyendo. Era una urbanización al estilo de las películas, con sus jardines y sus porches traseros donde poder hacer barbacoas en los días soleados. Ellos disfrutarían de las viviendas más grandes y próximas a la central. Omar tendría tiempo para buscar algo de lo suyo, pues el sueldo de ella era muy bueno y además disponían de supermercado gratuito para los trabajadores dentro de la urbanización. Era la oportunidad que habían estado buscando, poder tener su propia casa y formar una familia. Los dos se abrazaron emocionados. En unos meses se encontraron en aquel lugar, con las llaves de la

puerta de su nueva vivienda. Omar buscó trabajo en algunas empresas cercanas, pero no encontró nada; a los pocos meses Katherine se quedó embarazada y nueve meses después, puntual como un reloj, nació el pequeño Omar II. La familia vivía unos tiempos dulces, de esplendor y eran la envidia de toda la ciudad. Los años pasaron rápidamente y Omar no conseguía ninguna oferta de trabajo, se sentía inútil, despreciado, todo el día en casa haciendo las funciones de ama de casa. Una madrugada los gritos del pequeño Omar despertaron a sus padres, los dos corrieron a ver qué era lo que ocurría. El niño, de cinco años, sudaba en abundancia, empapando las sabanas; la madre le tomó la temperatura poniendo la palma de la mano en su frente.

- ¡Dios, está ardiendo hay que llamar cuanto antes al médico!

Omar buscó a la carrera la nota dentro del listín telefónico donde aparecía el número del doctor, pero nadie contestaba al teléfono a esas horas de la mañana. Entonces se puso su bata sobre el pijama y salió a la calle a la carrera. Corrió hasta la casa del médico, y no paró de llamar al timbre y aporrear la puerta hasta que este se levantó y abrió. Era un viejo doctor, de los que obtuvieron el puesto gracias a los contactos en las grandes esferas político-militares. Seguramente, ese hombre no sabia más de medicina que un sacamuelas. Cuando llegaron a la

casa, la madre estaba llorando con el niño en brazos; este tenía todo el cuerpo lleno de unas llagas parecidas a quemaduras de cigarrillo. Examinó al pequeño con gran parsimonia, sin mostrar ningún interés, después le recetó unos medicamentes y dijo que era varicela. Los padres, que entendían bastante de medicina, sabían que el médico les estaba mintiendo, pero nadie podía poner en duda su palabra, de lo contrario se encontrarían ante un juez en menos que canta un gallo, tras lo cual lo más probable era que fuesen enviados a campos de trabajo. Ellos eran de los pocos afortunados, mientras todo el país se moría de hambre, trabajando de sol a sol, por un trozo de pan duro; ellos disfrutaban de todas la comodidades de la vida moderna. Pasaron lentamente los días y el pequeño no mejoraba, deliraba y relataba algunos hechos. La madre pudo deducir que el día anterior a caer enfermo había estado con su amigo Pavía, el hijo de los Tereskov y acudía a su casa para ver si podía obtener algo más de información. La sorpresa fue mayor cuando la madre la recibió llorando; el niño había fallecido hacia unas horas, con los mismos síntomas que su hijo y con el mismo diagnóstico dado por el doctor. El niño le había dicho a su madre que durante el recreo se escapó de la escuela y se fue a jugar al campo que estaba detrás de la central. La mujer corrió de nuevo a su casa; Omar estaba preparado para salir a la calle con el niño en brazos.

- ¡Hay que llevar al niño a un hospital, se ha quedado inconsciente, tienen que verlo cuanto antes!

Montaron en el automóvil y salieron a toda prisa hacia la ciudad. Pero para salir de la urbanización tenían que pasar por un control policial, donde les dieron el alto, llamaron al médico que apareció de inmediato y se dio órdenes a los guardias de detener a los padres. Él se llevó al muchacho y la familia jamás se volvió a juntar. Nunca se supo nada de Katherine tras su interrogatorio, en el que argumentó que sospechaba que se estaban realizando vertidos ilegales de material radiactivo en la parte posterior a la central, en el descampado cercano a la escuela. Omar fue enviado a los campos de trabajo y el muchacho supuestamente falleció.

Pero yo sé algo más de la historia, algo que sus padres jamás llegaron a ver:

El pequeño fue tratado con técnicas experimentales por el viejo matasanos y consiguió salir a delante. El hombre era un oficial del ejército, destinado a mantener la calma y llevar en secreto todas las malas prácticas que en el lugar se estaban llevando. A su gobierno solo le importa el rendimiento energético, y no importaba que para conseguirlo hombres y mujeres perdiesen la vida en ello. El doctor se encargó de que todos esos secretos jamás salieran a la luz. El niño creció creyendo que ese señor era su tío y que sus padres habían fallecido. Era un hombre severo sombrío e inhumano y el muchacho se volvió

huraño, agresivo y sin sentimientos, calcando la actitud de su tío. Omar se convirtió en una persona ambiciosa y perversa, pero los tiempos cambiaron: el gobierno dictatorial fue perdiendo su poder hasta que la democracia consiguió derrocar al antiguo régimen. Entonces emigró hacia países más prósperos en busca de fortuna.

Fase agua entrenamiento nocturno

Maldita sea. Llevaba toda la noche revolcándome en mi catre sin poder pegar ojo; el dolor de muelas era insoportable. Hiciese lo que hiciese, solo conseguía empeorar la situación. Me restregué con el dedo, me soplaba aire a través de la muelas para que se enfriasen, me enjuagaba con agua y nada; tras varias horas pensé que lo mejor sería tomar algún analgésico; no podía pasar la noche sin dormir, pues al otro día estaría hecho unos zorros. En la oscuridad buscaba en todos los bolsillos de mi mochila intentando no hacer demasiado ruido para no despertar a los compañeros, pero las pastillas no aparecían. Palpé la tableta con su característicos abultamientos: ya la tengo pensé, y en ese mismo instante se encendieron las luces y se dio la voz de alarma. Todos corrimos al exterior, donde nos formaron, nos dieron instrucciones y por suerte tuvimos unos minutos para prepararnos. Por fin, me tomé la puñetera pastilla. Nos pintamos todo el cuerpo de camuflaje, pues sólo vestíamos una camiseta y un bañador corto. Bajamos a la playa por un sendero serpenteante tallado en la montaña. La compañía se encontraba en lo alto de un espigón, justo al lado del faro. Una vez en la orilla, nos colocamos en la hombrera del chaleco salvavidas unas linternas con luz estegoscópica,

que lanzaba una señal intermitente muy potente, visible a gran distancia incluso bajo el agua. Realizaríamos una travesía nocturna aleteando y, para no perdernos, todo el grupo íbamos atados por la muñeca a una cuerda central, formando una doble fila. Los mejores nadadores siempre marchábamos en cabeza, cosa que era un verdadero suplicio, ya que al ir atados teníamos que ir tirando de todo el grupo, sobretodo de los más vagos al final de la cuerda, que estoy seguro que ni siquiera aleteaban, simplemente se dejaban arrastrar. El mar estaba bastante picado y las olas alcanzaban cinco o seis metros de altura. Esto complicaba el trabajo de las Zodiac ya que en cualquier momento podían volcar. Lo más difícil era conseguir atravesar la primera línea de costa, donde las olas rompían con más fuerza. Una vez en mar abierto parecía como si nos encontrásemos en una montaña rusa. Tan pronto te veías en lo alto de una ola contemplando a la cola del grupo abajo como en un valle, como te encontrabas en el fondo pensando que el resto del pelotón se te caería encima. Después de nadar durante varias horas regresamos, parándonos al lado de la boya. El capitán se subió y comenzó a dar instrucciones de cómo tendríamos que asegurar la playa. Era una señal metálica; la base que flotaba, de la misma forma que una olla exprés, pero del tamaño de un camión pequeño, tenía una estructura férrea como las torretas de la luz y en su parte media una

campana, en la superior una luz señalizadora. Las campanadas sonaban con cada vaivén y el agitado mar movía la estructura de un lado a otro, mientras el capitán seguía explicando cómo apoderarnos de la costa.

- ¡Mi capitán, bájese ya de ahí que voy a vomitar! Qué mareo, qué mareo… —gritó el sargento poniendo una cara de ir a echarles la cena a los peces.

Hotel

Necesitábamos descansar y el camión no era ni acogedor ni seguro. Pegado a la carretera, vimos el edificio de un pequeño motel, con una cafetería en la planta baja estilo años sesenta. El lugar estaba bien iluminado y ya no quedaban muchas horas para que amaneciese. Las luces del edificio estaban encendidas y al abrir la puerta de cristal el aroma a café y rosquillas salió a recibirnos. Lo primero fue asegurar la zona, aún estábamos conmocionados por lo que les había pasado a Clarisse y Radar. El local no era muy grande, la planta baja, la cafetería, al ser diáfana, con sólo echar un vistazo se podía comprobar que estaba vacía. Subimos a la planta superior que era donde se encontraban las habitaciones; este lugar ya era más complicado de registrar. El pasillo de apenas un metro de ancho, se perdía en la oscuridad. A ambos lados las puertas cerradas de cada cuarto presentaban un problema. Smith se puso en cabeza y fue abriendo las estancias a puntapiés. En cada una se encontraba una cama, una mesita con su silla y sobre ella un televisor. En la entrada un armario, que complicaba aún más el proceso.

- A la de tres 1, 2, 3 ¡ahora!

Contaba sujetando la puerta del ropero antes de abrirla, mientras que Ramírez apuntaba con su arma, preparado

para abrir fuego en caso de que hubiese alguna de esas cosas en su interior. Por suerte todo estaba en orden.

- Otra vez ese olor ¿lo notáis? Estoy seguro de que es queroseno.

Al continuar con el registro, observaron un hecho sorprendente: la mayoría de las puertas habían sido forzadas. Alguien entró y registró la zona antes que ellos. Pero, ¿quién?, y ¿para qué? Todo se volvía más y más complejo. Su salida a toda prisa de la base, la escasa información acerca de la misión, la desaparición de la población, los ciempiés gigantes que atacaban a las personas, los grupos infectados rabiosos, la desaparición de todos los animales y la vegetación seca, sin vida, de color amarillento como si hubiese caído herbecida sobre ella.

Una vez asegurado todo el hotel, bajamos a la cafetería.

- ¡Mirar lo que he encontrado!, —dijo Nagore mientras manipulaba el ordenador de detrás de la barra.

La teniente se acercó y el resto del grupo observaban a unos metros, mientras permanecían alerta por si veían algo extraño en el exterior. En la pantalla se podía ver una grabación del local: era el video de la cámara de seguridad. En un principio no se veía nada fuera de lo normal; después, una luz iluminó el interior, deslumbrando la imagen por unos instantes; parecía que un vehículo había parado en los aparcamientos; después

entraron en el edificio unos hombres vestidos de negro, con trajes y mascaras antigás. Iban armados con unos fusiles lanzallamas.

- ¡No puedo creerlo: son incineradores, pensé que sólo eran una leyenda!

Akashi explicó que de pequeña su padre le contó una historia sobre una unidad secreta del gobierno preparada para posibles contingencias pandémicas, que limpiaban el terreno incinerándolo todo con sus lanzallamas. Su padre aseguraba haberlos visto una vez durante la guerra y por suerte consiguió escapar de ellos. Los incineradores tienen órdenes estrictas de eliminar todo lo que pueda ser motivo de contagio, incluidos posibles supervivientes.

- Pero la grabación pudo ser tomada antes de que el virus se extendiera.
- ¡No! Fíjate en la fecha y en la hora. Tan sólo hace dos horas que se tomaron las imágenes.
- Será mejor que extrememos las precauciones, ese grupo de mal nacidos, puede estar al acecho.

Pero parte del equipo disentía de la opinión de la teniente. Pensaban que en algún lugar no muy lejano deberían tener la base, seguramente en el fuerte de las montañas, en el antigua recinto militar. Corrían rumores de que aquellas montañas estaban huecas, que la roca había sido escavada y tras unas enormes puertas se encontraba un refugio para

ser usado en caso de guerra nuclear. Lo más lógico es que el ejército y los supervivientes se encuentren en ese lugar.

- ¿Alguien quiere un cafecito?, ¡hip! Yo invito y las pastas corren a cargo de la casa.

León se había preparado una buena taza de café y estaba mojando bollos en ella.

- ¡No, no comáis nada, puede estar contaminado!
- ¡Contaminado, hip, qué contaminado ni qué ocho cuartos! Si, hip, el maldito virus se transmitiese por el aire ya esta, hip, estaríamos todos muertos.

Pero el camionero fue el único que disfrutó del café y de la bollería. Mientras el hombre se inflaba a bollos y se ponía una nueva taza, llenándola hasta la mitad de anís, el resto del equipo debatía si quedarse a pasar la noche o seguir camino intentando dar alcance a los incineradores. La carretera comarcal no tenía desviaciones y como no se cruzaron con ellos, era fácil adivinar la dirección que habían tomado.

- Quizás esas personas tengan información acerca de lo que está sucediendo. Es posible que el ejército tenga un plan de contingencia, — exponía Akashi, mientras observaba a León peleándose por una rosquilla con el perro. Apunto estuvo de soltarle una colleja, pues no paraban de interrumpir su argumentación.
- ¿Por qué no utilizamos el Olfateador aquí?, — pregunté.

- ¡Ja, ja, ja! Olfa ¿qué? ¡Hip! creo que están hablando de ti ¡hip! chucho.

Todos comenzábamos a estar hartos de las interrupciones del alcohólico y de sus chistes y bromas de mal gusto.

Se pasaba el rato gastándoles bromas pesadas a las mujeres. El pobre diablo era tan penoso que nadie le llamaba tan siquiera la atención.

- ¿Para qué vamos a utilizar el Olfateador si tenemos la grabación de la cámara de vigilancia?

Nagore rebobino el video hasta el punto en el que el local estaba lleno de personas, en lo que parecía un día normal. Un camión del ejército paró en la puerta e hicieron salir a todo el mundo. Los montaron en el vehículo y se fueron, lo que daba fuerza a la teoría de que el gobierno tenía una base cercana preparada para este tipo de emergencias y sería donde se encontraban refugiados los ciudadanos, al menos los que no fueron contagiados, puesto que ya sabemos por dónde andaban los enfermos.

- Yo creo que puede haber más de una explicación para la aparición del equipo de esterilización de los incineradores. En algunos submarinos militares, en los que yo he servido, son transportados grupos de este tipo para misiones especiales. Es posible que si viajasen en un submarino nuclear, hubiesen pasado los peores días de la pandemia sumergidos, aislados del exterior y de esta forma no se habrían contagiado;

aunque estos submarinos pueden navegar casi de forma indefinida, necesitan provisiones para la tripulación y ese podría ser el momento que el equipo desembarcó, — argumentó Ramírez.

Su argumentación tenia lógica, ya que el puerto militar no se encontraba demasiado lejos, pero estos submarinos suelen estar en mar abierto y tardarían mucho tiempo en llegar a tierra firme.

- No sé, me parece un poco difícil que este tipo de submarinos sea capaz de alcanzar la costa en tan poco tiempo.
- Hay unos submarinos nuevos, que se fabrican para el ejército en el más absoluto secreto. Yo, en uno de mis servicios, he sido uno de los pocos privilegiados que ha estado a bordo de uno de ellos. Seguramente no has oído hablar de los reactores subacuáticos…

Se trataba de unos aparatos de enormes dimensiones, el doble de grandes que un portaaviones de la clase Nimitz. Estos submarinos no disponían de hélices ni sistemas motrices convencionales; en su lugar eran impulsados por unas turbinas a reacción. Su figura muy estilizada parecida a la de un tiburón, terminaba en un morro puntiagudo en forma de lanza. Este enorme instrumento fabricado en tungsteno, afilado como una daga, estaba diseñado para

romper la tensión hidráulica, formando una burbuja de aire, que llegaba a cubrir a todo el aparato cuando este alcanzaba la velocidad de crucero. El agua entraba a presión en las cuatro bocas de admisión de los reactores, y en el interior de la cámara de combustión se producía una reacción química, mezclando el agua con un combustibles rico en metales alcalinos "Calcio, Potasio, Sodio…" En contacto con el líquido, se producía una enorme cantidad de calor vaporizando el agua y aumentando la presión que finalmente era liberada por la parte trasera de las toberas impulsando al submarino a velocidades supersónicas. Este tipo de embarcaciones podía cruzar el océano en unas pocas horas.

Akashi, la leyenda de la mujer guerrera

El espíritu del dragón es caprichoso, y una vez cada cien o doscientos años, baja a la tierra naciendo en un ser humano. Este hombre posee una fortaleza interior que le hará superar las adversidades. El espíritu permanecerá escondido en lo más profundo de su ser, dormido, hasta que algún suceso lo despierte. Se dice de muchos hombres que llegaron a ser reyes por sus propios méritos, fueron grandes conquistadores. Personas aparentemente calmadas y sosegadas, que eran poseídas por la furia del dragón cuando alguien lo despertaba. Uno de estos hombres, fundador del código del honor de los samuráis, llevaba consigo esta fuerza interior. Un famoso matón —*pues en el antiguo Japón había hombres que buscaban la fama y la riqueza por la vía rápida, como los pistoleros en el antiguo oeste, pero asesinando a gente con su espada en lugar de usar revólver*— que atemorizaba a la población, quiso aumentar su fama retando a duelo al viejo maestro de esgrima de una pequeña aldea. El hombre recibió la notificación, la cita para luchar en aquel duelo, pero la ignoró. Qué ofensa más grave, qué insulto, ¿cómo era posible que un maestrucho de un miserable pueblo pudiese deshonrarle de esta manera?

El delincuente se trasladó a caballo hasta el remoto poblado y mandó llamar al maestro. Esperó y esperó en la plaza del pueblo hasta desesperar, pero nadie apareció. Entonces el hombre subió a su montura y cabalgó raudo en busca de la escuela de esgrima. En la puerta se encontró al anciano hablando con sus alumnos sobre filosofía. Todo el pueblo acudió a ver tan anunciado duelo. Las personas se hicieron a un lado y dejaron a los dos hombres en medio de la calle, mirándose frente a frente. El forastero desenvainó su catana y el maestro se mantuvo erguido inmóvil sin hacer nada. El agresor levantó su espada sobre la cabeza de forma amenazante, pero el anciano no hizo nada. Continuó corriendo con la espada preparada para asestar su mejor golpe, a la vez que gritaba. El maestro le miró fijamente a los ojos y el hombre se detuvo en seco a tan solo un paso del venerable anciano; tiró su espada al suelo y se marchó tembloroso; algunos dicen que le vieron incluso llorar. Había visto al dragón escondido tras aquellos ojos y con toda certeza supo que si hubiese avanzado un paso más ahora estaría muerto.

En la isla de Okinawa vivían los padres de Akashi. La mayoría de vecinos eran agricultores y se dedicaban al cultivo del arroz. Pero su familia no poseía tierras, aunque esto no era ningún problema ya que descendían de una larga tradición de sastres. Su padre siempre contaba historias de la familia real que le había contado su abuelo,

pues fue alfayate del emperador y acudía a menudo a palacio. Su madre tuvo su primer hijo a los treinta y tres, una edad muy avanzada para aquella época. La pareja siempre había querido tener hijos, pero les era imposible; los médicos dijeron que jamás podrían tenerlos. Pero finalmente, cuando ya nadie se lo esperaba, llegaron. En primer lugar un varón, y años más tarde nació Akashi. El parto fue muy complicado y la niña nació con problemas: los doctores no le dieron muchas esperanzas al nacer prematura, pero la pequeña criatura, que apenas llegaba a pesar un kilo, tenía una fuerza interior que se percibía en su llanto. La niña consiguió salir a delante y no sólo eso, cada día era más fuerte y testaruda.

Su madre tuvo que dejarla por imposible; intentaba enseñarle la ceremonia de servir el té, pero ella no quería saber nada de las labores domésticas, siempre estaba pensando en las historias de samuráis que le contaba su abuelo. El padre quería que siguiese la educación que una niña debía seguir, pero su abuelo le enseñaba a escondidas artes marciales. Pronto comenzó a entrenar con el resto de muchachos, que al principio se burlaban de ella, pero como no se daba por vencida y entrenaba más duro que ninguno de ellos, rápidamente se ganó el respeto de sus compañeros. Su abuelo había visto ese brillo especial en la mirada de su nieta y sabía que de una forma u otra el ser que llevaba dentro se abriría camino. Lo más sensato era

instruir a Akashi lo antes posible, para que creciese sana. Pues como un árbol joven, necesita de una vara firme que le sirva de guía para no crecer torcido. Una persona con su poder podía convertirse en un héroe o en un villano, todo dependía de cómo se forjase su espíritu.

Rabia

Se trata de una enfermedad compleja originada por un Rhaddovirus que ataca al sistema nervioso central; la infección se extiende causando inflamación cerebral aguda, encefalitis. Este virus se encuentra extendido por todo el planeta atacando a todo tipo de mamíferos incluyendo a los seres humanos. Se puede transmitir por contacto con sangre, saliva o secreciones de animales contaminados.

La transmisión sólo es posible a través del contacto directo con un vector portador, puesto que al tratarse de un virus con una envuelta lipídica es muy sensible a los agentes ambientales y no es capaz de sobrevivir fuera del huésped.

Los tratamientos solo son efectivos si se realizan antes o durante la fase de incubación. Una vez la enfermedad desarrollada y sus síntomas visibles, es imposible de tratar. Solo se conoce el caso de una mujer que fue sometida a un coma inducido por los médicos: tras la administración de la vacuna fue capaz de sobrevivir. Se ha aplicado este método a otros pacientes, pero ninguno de ellos consiguió sobrevivir.

Patología

En la mayoría de los casos las personas infectadas desarrollan un comportamiento inestable, convirtiéndose en extremadamente violentos y atacan sin ningún tipo de provocación.
El virus comienza su avance atacando y extendiéndose por las células musculares, de estas pasa a las neuronas y posteriormente a los ganglios nerviosos.

La enfermedad se manifiesta atacando el sistema nervioso y causa graves daños en el cerebro provocando encefalitis.

La infección comienza a pasar de unas neuronas a otras a través de los contactos sinápticos, haciendo que el sistema inmune sea incapaz de detectarlos.

Partiendo del cerebro puede extenderse por todo el cuerpo viajando a través del sistema nervioso, produciendo una infección sistémica.

Estadísticas

La Organización Mundial de la Salud (OMS) maneja datos que corroboran que en algunas regiones aún es un gran

problema de salud pública, como en algunos países de Asia y África, en los que causa más de 55.000 muertes al año, de las cuales la mayoría de las víctimas son personas menores de 15 años de edad. Se estima que la rabia causa 31.000 muertes al año en Asia, lo que representa el 60% de los fallecimientos por esta causa en el mundo.

En los últimos años, el número de casos ha aumentado en China y en Vietnam debido al consumo habitual para la alimentación humana, sin las debidas condiciones higiénicosanitarias, de perros y gatos. Según las últimas estadísticas del año 2007, en China, donde menos del 10% de los perros están vacunados, 3.380 personas murieron por rabia.

Transmisión y síntomas

La rabia es un virus que puede ser trasmitido a cualquier mamífero. Los vectores de transmisión más comunes son perros y gatos en zonas urbanas o rurales y murciélagos en zonas silvestres.

El virus se presenta comúnmente en el sistema nervioso o en la saliva del animal afectado. Habitualmente, pero no siempre, el virus es transmitido debido a una mordedura. Recientemente, se han presentado datos de contagio por

exposiciones atípicas consistentes básicamente en contagios por manejo de carne y vísceras de animales infectados en cocinas.

Sintomatología

Sintomáticamente, el enfermo pasa por 4 fases:

1. Fase de incubación: dura entre 60 días y 1 año y es asintomática.
2. Fase prodrómica: dura entre 2 y 10 días. Aparecen síntomas inespecíficos.
3. Fase neurológica: dura entre 2 y 7 días. Afecta al cerebro. El paciente puede manifestar hiperactividad, ansiedad, depresión, delirio, sentimientos de violencia, ganas de atacar, parálisis, espasmos faríngeos (hidrofobia), …
4. Fase de coma: dura entre 1 y 10 días. El paciente entra en coma y finalmente muere, bien por parada cardíaca, bien por infecciones secundarias.

A partir de la segunda fase, es mortal en el 99,9% de los casos. La única opción de tratamiento es suministrar inmunoglobulinas e inyectar una vacuna contra el virus, lo que sólo es eficaz durante la fase de incubación.

La vacuna se fabrica a partir de virus aislados de animales muertos. Se hacen crecer sobre cultivos celulares y después se purifican e inactivan con distintas sustancias químicas. Es necesario aplicar entre 4 y 6 dosis.

En la mayoría de los casos el diagnóstico suele ser post-mortem. No obstante, se puede diagnosticar por microscopía gracias a la aparición de los "cuerpos de Negri" en las células.

Tratamiento

El tratamiento inmediato después de la exposición al virus de la rabia (ej. mordedura) impide el desarrollo de los síntomas, los cuales en ausencia de tratamiento conducirían irremediablemente a la muerte. Es recomendable lavar con agua y jabón, cuidadosamente y sin raspar la herida, ya que de este modo se ayuda a eliminar el virus, y acudir de inmediato a un centro hospitalario para recibir atención especializada. Tal atención en general consiste en la aplicación de la vacuna post-exposición en los dos días siguientes a la mordedura. Las medidas de prevención de rabia en humanos comprenden tanto el tratamiento profiláctico pre o post exposición como las de intervención sobre los huéspedes del virus de la rabia.

El tratamiento post-exposición contempla la aplicación de la vacuna antirrábica solamente (esquema reducido 10 dosis) o aplicación de vacuna antirrábica + suero antirrábico (esquema clásico 14 dosis más suero) y dicho esquema depende del tipo de exposición y de la condición del animal agresor.

Inducción al coma

Entrenamiento: Fase montaña

Creo que os he comentado en más de una ocasión mi afición desde niño por la montaña y en particular por la escalada. Fue una de las causas de mi alistamiento en las fuerzas especiales, aunque la verdad que poco acertada. Casi peor que no saber nada, es saber más que la persona que te dirige; esto, en el ejército, es un verdadero problema. El comienzo de la fase de montaña fue como la seda. Preparamos un campamento con tiendas de campaña bajo un pinar y preparamos trincheras sobre su perímetro. Como era habitual, no dormíamos demasiado y casi todas las noches, aparte de realizar alguna actividad, debíamos hacer guardia. Las primeras prácticas consistieron en una travesía nocturna, tras la cual pasamos la noche durmiendo en los sacos al aire libre. Me despertaron sobre las tres de la mañana, para realizar mi retén nocturno. Estas guardias se hacía en parejas, y Smith fue mi compañero. Andábamos por el camino que cruzaba el bosque. La noche era muy clara y podía verse tanto como en un día nublado. Al principio, con la caraja de recién levantado no comenté nada, únicamente pensaba en volverme cuanto antes a mi saco y seguir durmiendo. Cuando nos despejamos un poco comenzamos a charlar en voz baja, temiendo que algún mando pudiese estar escondido tras

los matorrales. Smith se salió del camino y comenzó andar a prisa hacia un pequeño claro. ¿Pero qué hacía, se habría vuelto loco? No podía dar voces o nos meteríamos en un buen lío; así que llamé su atención como pude y le pregunté medio hablando medio por señas que, qué estaba haciendo:

- ¡Voy a cagar! Que no aguanto más, que me estoy cagando.

Me quedé en el camino vigilando, por si alguien se acercaba, no fuese que pillase a Smith con los pantalones bajados. Estas cosas solían suceder constantemente: situaciones ridículas debidas a la gran presión a la que estábamos sometidos. Muy a menudo pasábamos dos y tres días sin poder hacer nuestras necesidades. Permanecí a pie del sendero cerciorándome de que no se acercaba nadie, y como no terminaba comencé a impacientarme. Entonces vi las siluetas de dos personas andando hacia nuestra posición.

- ¡Date prisa que viene alguien!

Smith salió corriendo sin tiempo para abrocharse los pantalones. Se puso a mi lado sujetándoselos con una mano.

- ¡A la orden mi capitán, sin novedad!

Justamente era el capitán y el teniente, que parecía que habían estado de copas y decidieron pasarse a dar una vuelta, para ver si pillaban al retén durmiendo. Bajo

aquella tenue luz, yo veía perfectamente a Smith con los pantalones desabrochados, agarrándolos con las manos, pero ellos que no lo sabían, no lo advirtieron. Sólo hicieron un par de preguntas y se marcharon. Entonces respiré aliviado; si llegan a pillarle con los pantalones bajados, no sé que explicación les íbamos a dar…

La mañana siguiente recogimos el campamento a toda prisa y bajamos hasta el pequeño claro donde Smith puso la mina y justamente nos ordenan comenzar a reptar. Según me iba acercando al punto cero, comencé a desviarme.

- ¿Pero qué ostias haces? Hay que reptar en línea recta, aunque te encuentres de frente con un puto pozo; pasa por encima de él.

Joder, que ya estaba viendo la cacho montaña de mierda que había sembrado mi compañero. Como pude, intenté trazar una línea pasando por al lado de la mierda, y por suerte lo conseguí, pero el compañero de mi derecha no tubo tanta fortuna. Estuvo oliendo a mierda todo el día.

Para la siguiente noche nos prepararon un rappel, desde lo alto de una montaña; algunos soldados sin experiencia en alpinismo tuvieron muchas dificultades para descender. Yo, ciertamente, me lo estaba pasando pipa, hasta que comenzó a amanecer. Bajábamos y subíamos corriendo por el lateral de la montaña; después esperábamos nuestro turno para descolgarnos nuevamente. Pero cuando la

visibilidad fue en aumento, me vieron descender a mi estilo, dando amplios saltos. Esto no gustó nada:

- Tú, ¿qué pasa, que sabes escalar? Esto no es una puta película, aquí nadie baja saltando. Ponte en cuclillas.

Permanecía abajo en cuclillas al lado del sargento. No me preocupaba mucho el hecho de estar en esta posición pues normalmente el calentamiento en la clase de Karate tradicional lo solíamos hacer en esta postura y permanecíamos en ella más de media hora. Esto lo llevaba haciendo desde niño. Cuando llevaba unos quince minutos, el sargento me miró angustiado y me dijo en voz baja que le preguntase al capitán que si me podía poner en pie. Pero en ese momento otro compañero bajó más o menos con mi mismo estilo y el capitán, que comenzó a ponerse de color rojo, le ordenó subir a toda prisa; cuando estuvo a su lado le soltó dos amplias bofetadas. Entonces pensé mejor lo de abrir la boca; total, en esta posición tampoco se estaba tan mal. El sargento me miraba de vez en cuando y me hablaba en voz baja:

- Pero pídele al capitán permiso para levantarte, que seguro se le ha olvidado que estás aquí: ¿no ves que no puede verte?

Balada de los "Boinas Verdes". *Ballad of The Green Berets*

Esta canción fue compuesta por el sargento **Barry Sadler** de las **Fuerzas Especiales** estadounidenses *(US Special Forces),* los populares "Boinas Verdes", cuando convalecía, en 1965, de sus heridas de la guerra del Vietnam. Se hizo muy popular gracias a que se incluyó en la banda sonora de la película "Boinas Verdes" *(Green Beret, 1968),* protagonizada por **John Wayne**.

Versión ajustada para los boinas verdes españoles:

Son soldados nada más
pero saben pelear,
llevarán la boina verde
y el valor no les faltará.

Sobre el pecho lucirán
un machete y un laurel
más de mil lo intentarán

Tan solo tres lo lograrán.

Cuerpo a cuerpo lucharán
noche y día por la paz,
llevarán la boina verde
y al morir una voz se oirá:

"Guerrillero quise ser
y a mi patria engrandecer
y llevé la boina verde
por un nuevo amanecer".

Una esposa en cada hogar
solitaria llorará
por aquel "boina verde"
que jamás regresará.

Pero el fin no llegará
al morir sus hijos vendrán
llevarán la boina verde
para luchar por la libertad.

Los incineradores

No fue difícil seguirles el rastro; por donde quiera que pasaran dejaban tras de sí un escenario de cenizas humeantes. No se andaban con chiquitas, a la mínima duda de que algo o alguien pudiese estar contaminado, le soltaban un baño de queroseno, cubriéndolo en llamas. La verdad es que muchos dudábamos de poder hablar con estas personas, pero si era cierto que el ejercito había puesto en marcha un procedimiento de emergencia, ellos tendrían información de cuántos supervivientes había y en qué lugares se encontraban. Seguramente sabrían el origen de todo esto, y el gobierno tendría un plan para solucionar la situación.

León llevaba un buen rato sin abrir la boca, esto era sorprendentemente raro, parecía estar como en trance.

- ¡Ja, ja, ja! Forwinco rima con cinco, por el culo te la…

Fueron sus palabras al leer el cartel de entrada a la pequeña localidad. Un pueblo partido en dos por la comarcal, o quizás debería de decir una hilera de casas construidas a los pies de la carretera. Aminoramos la marcha y avanzamos lentamente observando cada domicilio, cada coche, intentado encontrar alguien en

algún lugar, pero el intenso silencio lo envolvía todo. Parecía como si fuese la mañana de un domingo cualquiera; las personas permanecerían en sus casas descansados; los más jóvenes seguramente ya deberían estar levantados, viendo la tele y esperando salir a jugar un rato a la calle. Seguramente alguna abuela se encontraría arreglándose en su cuarto con tiempo, no fuese a ser una de las últimas en entrar a la iglesia y luego que el cura hiciese algún comentario sobre los que llegan tarde. No encontramos ninguna señal de que hubiese pasado algo fuera de lo normal.

- ¡Alto un momento! Creo que alguien nos observa desde la ventana de esa buhardilla.

La casa, a juego con el resto del pueblo, era de madera con una capa de pintura blanca, disponía de un pequeño jardín vallado a media altura y una verja del mismo material y color que el resto de la vivienda. Unas baldosas de piedra se abrían camino desde la acera hasta el porche dejando a los lados un césped de color anaranjado. Tres escalones daban acceso al recibidor y la puerta de metal se encontraba entornada, como si sus inquilinos estuviesen haciendo alguna labor mientras los niños correteaban por el jardín. La primera y segunda planta, de amplios ventanales, dejaban ver con claridad el interior; y en la zona alta, justo donde se unían las dos aguas del tejado, una ventana central de forma rectangular se encontraba

ligeramente abierta. Las cortinas ondeaban suavemente por la escasa brisa.

- Yo también creí ver algo, pero estoy casi seguro de que fue una ilusión producida por el viento.

Casi antes de terminar de decir estas palabras, una figura se asomó a la ventana, las cortinas no dejaban verla con claridad, pero parecía una niña, yo diría que de unos seis años, vestida y peinada como si fuese a hacer la comunión. El perro comenzó a ladrar, cosa que solo solía hacer cuando algo le ponía nervioso; esto no me dio buena espina. Pero después de ver la cinta del hotel, nos dejamos seducir por la idea de que sería fácil encontrar supervivientes. La aparente calma del acogedor pueblecito nos hizo bajar la guardia. El conductor detuvo el vehículo justo enfrente de la puerta. No podíamos dejar a la pequeña sola en ese lugar, quién sabe cuantos días podía llevar allí escondida en el desván. Sharon bajó rápidamente y se metió en la casa a la carrera. Pero bueno, parecía que todos nos habíamos vuelto locos. La mujer de Ramírez sabía cuidarse y entró armada con su escopeta. Los demás comenzamos a registrar la planta baja de la casa, cuarto por cuarto, mirando bien en el interior de cada armario y bajo cada cama. La cocina era amplia; una mesa grande con un centro floral mustio, seis platos y sus correspondientes cubiertos, copas y jarra de leche, parecía

aguardar el desayuno. Todo estaba intacto, la vajilla de porcelana con estampados de aves; los cubiertos estilo victoriano invitaban a sentarse a la mesa. En la nevera pegados con imanes fotos de los que debían de ser sus habitantes y más abajo un listado con las cosas a aprovisionar en la siguiente compra. Sharon subió los peldaños de vieja madera que parecían quejarse con el peso. La primera planta se encontraba en penumbra: las puertas de las habitaciones que estaban cerradas dejaban escapar algo de luz por el hueco que quedaba en el suelo. Accionó el interruptor varias veces, pero no sucedió nada. Se dispuso a afrontar el siguiente tramo de escalera, adentrándose en la oscuridad. Seguramente si se hubiese tomado unos segundos para recapacitar, no hubiese subido. Pero estaba cegada por la visión que se había creado en su mente; la niña de la ventana le había parecido su sobrina, debía de ser de la misma edad. Aunque sabía con certeza que la niña vivía con sus padres en la otra costa, los recuerdos se mezclaron quizás con el cansancio, con la desesperación y las ganas de que todo esto terminase. Caminó hacia la puerta de la que debía de ser la habitación que daba a la calle. Sus pasos sobre el piso producían un característico chirrido ascendente y descendente. Los rayos de sol que se filtraban por debajo de la puerta iluminaban millones de pequeñas partículas de polvo que flotaban en el aire como copos de nieve.

Entonces algo cruzó en el interior de la estancia. La mujer sujetó el pomo redondo de latón dorado y abrió la puerta. El sol la golpeó en el rostro colapsando sus pupilas, y durante unos momentos, quedó cegada por el flash. Escuchó unos pasos corretear a su lado, pero no pudo ver más que un bulto difuso. La puerta se cerró bruscamente a su espalda y el golpe alteró su ritmo cardíaco. Se volvió rápidamente pero no encontró nada; ahora la visión le dejaba ver aquel pequeño cuarto con una cama llena de muñecas; después miró dentro del armario.

- No tengas miedo pequeña, no te preocupes, nadie va a hacerte daño.

Un olor fuerte flotaba en el ambiente mezclándose con la madera añeja y potenciado por la escasa ventilación. En el ropero tampoco encontró nada, parecía que la niña había huido. Salió de nuevo al pasillo de la escalera, pero ahora su vista acostumbrada a brillo del sol se llenaba de luces, manchas de colores que parecían flotar a su alrededor. Escuchó nuevamente pasos a su derecha y alguien entró en una de las habitaciones, dejando la puerta a medio cerrar. Continuó hablando, invitando a la niña a salir, pero nadie contestaba. Entró siguiendo los pasos; en este cuarto una cama grande ocupaba la mayor parte de la sala y la orientación hacia el norte le daba una iluminación más modulada. Vio moverse algo en un rincón, se volvió

rápidamente, pero llevando el cañón de su arma hacia el suelo, pues no quería asustar a la pequeña. El sobresalto duró poco; en seguida observó su imagen reflejada en un espejo tras una antigua cómoda. Se percató de un relieve en el centro de la cama; sobre ella un crucifijo con un cristo que vigilaba desde la pared.

- ¡Te pillé!

Dijo con voz distendida, como si estuviesen jugando a un juego, al tiempo que retiraba la colcha. Efectivamente una niña se encontraba tumbada en el interior de la cama tumbada boca a bajo. El olor fuerte y penetrante se hizo más intenso; la niña se incorporó bruscamente, con sus pequeños ojos ensangrentados, con la cara llena de arañazos y echando espuma por la boca. De un salto, se enganchó al cuello de Sharon, que inmediatamente reaccionó quitándosela de encima de un empujón; la niña rebotó de espaldas contra el colchón y con la fuerza de los resortes fue impulsada nuevamente hacia delante. El hedor se hizo más agudo y escuchó unos pasos a su espalda. Por el rabillo del ojo pudo ver una silueta grande y oscura de un hombre. Llevaba algo en las manos, una cosa brillante, y de inmediato una bola de fuego se abalanzó sobre ella; se tiró al suelo y las llamas cubrieron el pequeño cuerpo de la niña. Gruñía y chillaba produciendo unos ruidos espantosos, mientras su vestido blanco se consumía. El

hombre del lanzallamas no articuló palabra y apuntó directamente a Sharon; era uno de esos malditos incineradores con todo su atuendo protector. Parecía un ser inhumano, una máquina sin sentimientos, quizás el ir metido en ese traje le apartaba de la realidad como si la máscara filtrase las imágenes. La pequeña había caído al suelo, dejando de moverse y de emitir sonidos. El hombre apuntó a la mujer dispuesto a carbonizarla, pero se escuchó un ladrido y el perro voló por el aire de un tremendo salto y apresó entre sus dientes el brazo con el que blandía el arma. El traje protector impedía que los colmillos los atravesasen, y con un movimiento brusco, se sacudió al animal de encima que rodó por el suelo hasta quedar junto a Sharon. Rápidamente el animal se levantó, gruñendo. En ese momento el incinerador presionó de nuevo el gatillo de su lanzallamas, pero antes de que el fuego les alcanzase, sonó un disparo. Gracias a la rápida acción del animal la mujer tuvo el tiempo suficiente para usar su escopeta. El incinerador voló mientras el plomo le impactaba en el pecho, cayendo finalmente de espaldas produciendo un gran estruendo.

- ¿Qué demonios pasa ahí? Pregunté mientras corría escaleras arriba.

Me encontré con aquel hombre tirado en el suelo; era un armario de tres por dos, un auténtico gigantón y me acerqué para comprobar si aún respiraba. El charco de

sangre se extendía filtrándose por las rendijas del parquet. Me puse en cuclillas cerca de su cabeza y comencé a retirarle la máscara. El caucho parecía estar fundido con su piel. No había forma de retirársela. Saqué mi navaja y corté el borde de goma. Era asqueroso; el tipo tenía la cara quemada; la carne abrasada estaba fundida con el material de la máscara. No tenía pelo en las cejas, tampoco en la cabeza, solo unas cicatrices profundas producidas por el fuego. Contemplé su rostro desfigurado durante unos segundo, pensando de nuevo lo de acercarme a ver si aún seguía con vida. Puse mi mano en el lateral del cuello auscultándole para ver si su corazón latía. Abrió los ojos clavándomelos sacándolos de sus órbitas y me cogió con fuerza del brazo. Los ojos miraron al vacío y su mano perdió fuerza.

- ¡Joder, que susto! Parece que ahora está definitivamente muerto.

La casa comenzaba a llenarse de humo y no se trataba del que salía de la habitación. El aire comenzó a volverse irrespirable y bajamos agachados intentando respirar. El calor aumentaba como si estuviésemos dentro de un horno. Cuanto todo el equipo nos reunimos en la planta baja, pudimos ver cómo varios de esos individuos provistos con lanzallamas estaban prendiéndole fuego a la casa; parecía que estaban pensado en preparar una

barbacoa y nosotros deberíamos de ser los invitados de honor. Akashi lanzó una silla de la cocina rompiendo el cristal de la ventana. Entonces les gritó, pidiéndoles que se detuviesen. No queríamos usar nuestras armas justamente contra los únicos seres humanos que habíamos encontrado. Quizás esos hombres y nosotros éramos los únicos supervivientes de este holocausto. Pero por más que lo intentó no consiguió nada. El aspecto del incinerador abatido por Sharon me dio que pensar: quizás lo que fuera que pasase mientras nosotros habíamos estado a cubierto en el bunker, les había afectado, atravesando las protecciones de sus trajes. Parecía como si hubiesen estado bajo una intensa radiación. Esto no sólo les habría provocado las horribles quemaduras, también era posible que sus cerebros se hubiesen cocido como un huevo en un microondas.

- ¡Cubrirme! Espetó Smith dirigiéndose a toda prisa hacia la salida.

Comenzamos a disparar de forma intermitente, obligando a los incineradores a cubrirse. Pero la estrategia no fue muy acertada, ya que los hombres no cejaban en su actitud. Smith derribó la puerta de un golpe y continuó corriendo sin detenerse como una locomotora. Tuvo que agacharse para no ser alcanzado por las llamas, que le pasaban como exhalaciones de dragón a escasos

centímetros. Consiguió llegar a los pies de uno de ellos y éste al intentar quemarle disparó su lanzallamas sin percatarse de que su compañero se encontraba enfrente. El otro incinerador comenzó a arder, pero continuó en pie como si no sintiese dolor. Estaba totalmente envuelto en llamas y en lo único que parecía pensar era en prenderle fuego a Smith. Ni siquiera parecía importarle que su compañero se encontrase pegado a él. Smith le propinó un culatazo en la cara con su ametralladora, rompiéndole los cristales de la máscara antigás. Desde la casa intentábamos hacer blanco en el otro, antes de que les prendiese fuego. Apunté lo mejor que me fue posible y conseguí darle en una pierna, pero nada, aquel monstruo ni se inmutó. El fuego que se le había extendido rápidamente por todo el cuerpo convirtiéndolo en una antorcha humana alcanzó las botellas de combustible que llevaba a la espalda y cuando presionó el gatillo el líquido se inflamó haciéndole estallar en pedazos. Smith continuaba intentado reducir al otro, pero aquella mole no tenía intención de ceder. Tiró de la hebilla de zafado rápido de su equipo y la mochila con las bombonas de combustible cayeron al suelo. Mientras, mi compañero le castigaba las costillas a base de tremendos golpes con la parte posterior del arma. Era una pelea de pesos pesados, pero no parecía del todo justa, ya que la constitución de ese ser no era normal. Con seguridad debía pasar de los dos metros y pesar cerca de los doscientos

kilos bien distribuidos en brazos y piernas. Smith, que era un fortachón, con una herencia genética de rudos leñadores en su sangre, parecía un chavalín en comparación. Los tres incineradores poseían la misma apariencia física, lo que daba bastante que pensar; habrían sido modificados genéticamente; quizás esto fuese demasiado complicado hoy en día; era más sencillo haber seleccionado a gigantones e inyectarles todo tipo de drogas, hormona del crecimiento, cantidades ingentes de testosterona… Estaba claro que no era algo natural. Los movimientos lentos del gigantón consiguieron atrapar a Smith por el cuello. Las manazas del monstruo se ceñían oprimiéndole la garganta. El oxígeno no le llegaba y se tambaleó teniendo que poner una rodilla en el suelo. La presión continuaba y la cara se le puso roja; entonces comenzó a golpear con todas sus fuerzas bajo la pelvis, justo en la entrepierna. El monstruo aflojó ligeramente su presa, ocasión que nuestro compañero aprovechó para levantarse de nuevo y darle un enorme puñetazo en el gaznate. Esto le hubo de cerrar la tráquea ya que el hombre se echó las manos al cuello, como si le faltase la respiración. Le cogió entonces por detrás haciéndole una buena llave y consiguió derribar la mole tirándole al suelo. Continuó haciendo toda la presión que le era posible hasta que los músculos del incinerador se relajaron y sus extremidades quedaron inertes.

Estaba claro que de aquellos animales no íbamos a conseguir nada, en el caso de que alguno de ellos fuese capaz de hablar; por lo demás, el pueblecito no nos tenía preparada ninguna otra sorpresa y lo mejor era conseguir encontrar la dichosa base. Sabíamos por los rumores que se comentaban en toda la zona que en las montañas cercanas se encontraba un gran complejo militar. El lugar ideal para evacuar a las personas en este tipo de catástrofes. Nos pusimos en marcha de nuevo; dejamos atrás la pequeña población y continuamos carretera atravesando el llano desierto. A lo lejos se comenzó a dibujar la silueta de las montañas. Smith comentó la jugada, dando explicaciones de cómo había tumbado a ese monstruo y de qué forma le había hecho la llave. El ambiente distendido nos hizo olvidar los momentos de terror que pasamos en la casa, especialmente a Sharon; desde luego si se tratase de otro tipo de mujer tendría pesadillas para el resto de su vida. El camión dio unos tirones y el motor sonó con más fuerza al reducir la marcha: comenzábamos a subir las primeras cuestas. Tendríamos que ascender por el puerto de montaña sobre la serpenteante carretera. El vehículo cada vez sonaba peor y del morro comenzó a salir un hilillo de humo blanco. Era vapor de agua; enseguida todo el liquido del radiador salió disparada formando un pequeño géiser. León paró el camión en medio de la vía.

- ¡Maldita sea! ¿Por qué en este ¡hip! preciso momento? Viejo amigo necesitas un descanso, voy ¡hip! a ver si te consigo un poco de agua.

Estuvo un buen rato maldiciendo sin parar de soltar tacos; después de mantener una distendida conversación con su vehículo, nos explicó lo sucedido. El aire caliente y el tremendo esfuerzo que el camión tenía que realizar para subir el puerto, recalentó el motor, haciendo que el agua del radiador saltase por la presión. Sin refrigerante no podíamos continuar el viaje; en cuanto encendiésemos unos minutos el motor éste alcanzaría tal temperatura que todas sus piezas internas se soldarían quedando gripado. Quedaban unos pocos metros para alcanzar la cumbre, quizás cien o doscientos; si conseguíamos subir hasta ese punto luego podríamos descender en punto muerto y encontrar algún lugar donde conseguir agua para llenar el radiador. Intentamos empujar el camión entre todos, pero cada vez que lo hacíamos éste se desplazaba varios metros pendiente abajo. Era imposible mover aquel trasto; debía pesar decenas de toneladas. Entonces Ramírez sacó su cantimplora y bebió el último trago que le quedaba; después comenzó a orinar en el interior. La idea aunque disparatada, con suerte nos proporcionaría el suficiente líquido para que el motor arrancase el tiempo necesario para llegar a la cima. Todos fuimos evacuando en la

cantimplora y León se encargó de echar el fluido al interior del radiador. No era mucho, pero decidimos hacer un intento. En todo este tiempo el motor se había enfriado considerablemente y sólo le pedíamos un último esfuerzo para conseguir alcanzar la cima. Nos subimos todos y León, antes de accionar la llave de contacto, comenzó a hablar nuevamente con el vehículo:

- ¡Vamos muchacho! Tú tranquilo ¡hip! que sólo son unos pocos metros…

Giró la llave y el motor de arranque entró en funcionamiento, un ruido como la tos mañanera de un empedernido fumador se escuchó, pero el vehículo no parecía querer arrancar. El conductor se tomó unos instantes y comenzó a coaccionar al camión, lanzándole amenazas:

- Más te vale arrancar o te envío ¡hip! al desguace.

No sé si fueron sus palabras, o más bien la casualidad, pero lo cierto es que el vehículo se puso en marcha. El camionero intentaba que el indicador de revoluciones estuviese lo más bajo posible, al mismo tiempo que veía como la aguja de la temperatura iba ascendiendo. Justo cuando comenzaba a llegar a la franja roja, León paró el motor. Nos encontrábamos en la cima y ahora ya podíamos descender hasta la siguiente población. Desde aquí arriba se podía ver un depósito de agua de esos elevados sobre una estructura metálica. Parecía un buen

lugar para conseguir líquido para el camión y con suerte también para nosotros. Hacía varias horas que no bebía nada; mi cantimplora se había agotado y los demás estaban en la misma situación. El calor extremo y el árido clima te secaba la piel y los labios comenzaban a cuarteárseme.

- ¡Sujetaros bien hip que allá vamos!, —exclamó el camionero como si hubiese perdido un tornillo.

Dejó caer el vehículo en punto muerto y éste lentamente fue cogiendo velocidad, las primeras curvas las tomó más o menos de forma suave, pero cuando llegábamos a la tercera estábamos todos agarrados a donde podíamos. Nagore, que se puso algo nerviosa, comenzó a chillar; la verdad es que con aquel alcohólico al volante no era para menos.

- ¡Frene, frene que nos matamos!
- Eso es lo que intento ¡hip! pero los frenos dejaron de funcionar hace ¡hip! un rato.

En ese momento sí que comenzó a cundir el pánico. Lo típico: un grupo de soldados de las fuerzas especiales sobreviven al holocausto enfrentándose a enfermos rabiosos y a ciempiés mutantes y terminan matándose en un accidente de tráfico a manos de un conductor borracho. Pero León, en lugar de perder la calma, cogió tranquilamente una de sus botellas de anís y comenzó a beber mientras que los demás intentábamos hacernos con

el control del camión, tirando del volante para uno y otro lado.

- ¡Tranquilos, un momento, que ya estamos preparados!, —esta vez habló con serenidad y sin interrupciones.

Comenzó a conducir de una forma increíble. En algunas curvas la parte de atrás se deslizaba por el asfalto dando la sensación de que en cualquier momento las ruedas traseras iban a adelantar a las de delante. En otras, el camión se volcaba tanto que todo un lateral quedaba en el aire; literalmente los neumáticos de un lado no tocaban el asfalto.

- ¡Joder!, —blasfemó Smith con cara amarillenta justo antes de echar la papilla por la ventanilla.

Parecía imposible pero, cuando al fin, después de tres curvas consecutivas, avistamos el final del descenso, nos comenzó a entrar la risa tonta. Pensamos ilusamente que lo peor ya había pasado, pero en la última trazada las alborotadoras carcajadas se convirtieron en gritos cuando el camión se salió de la calzada y León comenzó a dar fuertes volantazos intentado esquivar los enormes pinos que había en medio del bosque. El camión saltaba por los terraplenes de un lado para otro, pasando más tiempo en el aire que en tierra. Todos nos quedamos en silencio cuando vimos durante unos instantes el cielo azul y después un enorme pino plantado justo en medio de nuestro camino.

- ¿Adónde va ese pino tan rápido? ¡Hip, pero que circula en sentido contrario! —increpó el conductor al árbol, como si este fuese un coche que circulase en sentido opuesto.

Con una hábil maniobra, consiguió quitárselo casi del medio y digo casi por que chocó contra el lateral arrancado el faro izquierdo, el retrovisor y el tirador de la puerta.

El transporte parecía tener intenciones de pararse en cualquier momento. La carretera recta con una pendiente suave incorporaba tramos llanos donde nos íbamos quedando sin velocidad. Teníamos todo el tiempo a la vista el depósito y no nos quedaba mucho para llegar. Se encontraba en una finca sin acceso a la comarcal, por lo que tuvimos que entrar por un camino de gravilla blanca. En ese lugar el camión se detuvo y continuamos el poco trecho que nos quedaba a pie. Enseguida alcanzamos la entrada, con unas puertas metálicas terminadas en una especie de puntas de flecha.

- ¿Y ahora que hacemos? —preguntó Nagore.
- ¿No esperarías un recibimiento? Tendremos que saltar la verja, —contestó Sharon encaramándose al enrejado.

Debido al calor, León se había quitado algo de ropa y andaba por ahí semidesnudo, dando un deprimente espectáculo. De arriba a abajo llevaba: una camisa interior

de color blanco de tirantes, con ellos dados de sí, cosa que dejaba que de vez en cuando se le viese un pecho. Por la parte de la cintura le quedaba corta, de esta forma dependiendo de su posición se le podía ver el ombligo o algo peor en la parte posterior. Luego seguían unos pantalones cortos, de color verde, los pantalones típicos que utiliza el ejército para hacer deporte ¿De dónde los sacaría? Unos calcetines que en su día debían de ser blancos, los llevaba lo más arriba posible, llegándole a cubrir hasta la mitad de los gemelos. Para rematar, unos zapatos color burdeos, de esos con una fina suela del grosor de una loncha de jamón, rígida y lisa que le hacían resbalar de vez en cuado, que engarzaban un pequeño adorno dorado en el lateral de la parte frontal, los típicos que solía llevar mi padre a las bodas contrastando con sus pantalones de paño color azul marino.

Se encaramó a los barrotes de la puerta con la intención de querer subir, y digo la intención porque le observamos durante unos segundos y nada, que no se movía. Entonces me miró y me hizo un gesto con la cabeza, pidiéndome que le ayudase; sacó culo y se preparó para que le levantase; en seguida tuve que pedirle a Smith que me echase una mano. Cuando tenía medio cuerpo a un lado los pantalones, varias tallas más pequeñas que la suya, estallaron mostrando los calzones blancos oscurecidos por el centro. Pensé que terminaría clavado en las defensas de

la puerta como un pincho moruno, pero el azar quiso que rodase al otro lado sin contratiempos. Caminamos por el sendero de entrada custodiado por árboles sin vida que permanecían firmes delimitando el camino. El depósito de agua se encontraba a una altura de veinte metros, y a la izquierda se encontraba una singular construcción que apenas levantaba un metro del suelo. Estaba construido en hormigón y tenía todo el aspecto de un bunker. Mientras intentábamos llenar los bidones de agua, buscando la llave que abrirse el grifo, León caminó con su característico balanceo hacia la edificación como si hubiese visto algo de interés.

- ¡Quieto ahí, no de un paso más o le disparo! —dijo un hombre asomando un fusil por una de las estrechas ventanas.

Por lo visto debía de haber resistido todo este tiempo refugiado en aquel lugar. Llevaba una barba de varios días bastante descuidada y le gritaba al camionero que no diese un paso más de forma nerviosa; hablaba tan rápido que algunas palabras eran inteligibles. Nuestro conductor se paró de inmediato, pero lo suyo no era el equilibrismo y comenzó a oscilar a uno y otro lado, hasta que finalmente antes de caer de boca dio un paso al frente. En ese momento el hombre hizo dos disparos que le alcanzaron de lleno en el pecho, justo al lado del corazón. La camiseta se tiñó rápidamente de sangre, una sangre de un color un

poco extraño. León debía de tener puro anís circulando por sus venas.

- ¡Y el médico me había dicho ¡hip! que si no dejaba de beber moriría antes de cumplir los cincuenta! ¿Qué, qué me dices ahora medicucho? Si le llego a hacer caso a ese matasanos ¡hip! hubiese muerto de sed hace ya muchos años…

Esto era sumamente extraño, me atrevería a decir que era una escena surrealista. El camionero soltó sus últimas palabras; lo raro era que estas se convirtieron en frases y las frases en una conferencia, y nada, que el tipo no se moría. Tras un buen rato en el que todos nos quedamos paralizados, se echó mano al pecho y gritó:

- ¡Pero si son manchas ¡hip! de pintura!

Mostrando su mano manchada del pigmento anaranjado, sonreía y continuaba tambaleándose a punto de dar un nuevo paso.

- No se mueva o las siguientes van a la cara, —espetó de forma nerviosa el dueño de aquel lugar.

Antes de que ocurriese cualquier desgracia Nagore intervino:

- Perdone que le molestemos, ¿cuál es su nombre?
- Rafael
- Muy bien Rafael, ¿está usted solo?
- Mi mujer y mi hija se encuentran aquí conmigo.

- Muy bien, ¿necesitan víveres, o alguna otra cosa?
- No, no necesitamos nada, somos autosuficientes, cultivo mis alimentos en el sótano. Váyanse de mi finca ahora mismo…
- Verá, nos hemos quedado sin agua y al ver el depósito nos acercamos para llenar unas garrafas.
- Cojan el agua que necesiten y márchense de este lugar cuanto antes.

Parecía que el hombre no quería recibir visitas; realmente era lo más inteligente que podía hacer, ya que cualquier extraño podría ser portador del virus y lo más prudente era mantenerse alejado. El hombre había trabajado como ingeniero en la construcción del complejo militar, que se encontraba en las montañas cercanas. Él mismo había sido el diseñador e inventor de un sistema que trasmitía la luz solar a diferentes plantas subterráneas a través de cables de fibra óptica. De esta manera podía cultivar sus propios alimentos en varias plantas subterráneas. También iluminaba las habitaciones y el parking del gigantesco bunker militar. Mientras llenábamos los bidones, Nagore consiguió que nos diese información del emplazamiento exacto de aquel lugar.

Por suerte nos encontrábamos muy cerca, bajo las áridas montañas que se encontraban justo enfrente. Había que continuar por la 620 y luego coger el desvío de tierra 318

el cual esta señalizado deliberadamente con un enorme cartel de peligro que alerta falsamente de posibles derrumbes a causa de los trabajos de minería. Toda una tapadera para camuflar el lugar y evitar que las personas que viesen el tránsito de trabajadores se hiciesen preguntas.

Escolopendra gigantea

En las selvas tropicales se encuentra la especie de ciempiés más grande del mundo, la *Escolopendra Gigantea*. Este insecto de la familia de los Artrópodos y del grupo de los Quilópodos es capaz de alcanzar una longitud de cuarenta centímetros. Es un depredador nocturno, ágil y voraz. En su dieta entran desde insectos hasta sapos, culebras y pequeños mamíferos. Es capaz de cazar ratones y conejos. Dispone de una potente toxina que inocula mediante sus pinzas traseras. Estos animales utilizan su veneno como defensa y como arma de ataque para cazar a sus presas. La Escolopendra gigante puede ser muy peligrosa tanto para los humanos, como para los animales domésticos. Su picadura provoca grandes dolores, en algunos casos mareos, náuseas y en ocasiones la muerte.

Hay que tener especial cuidado, en las zonas húmedas, con estos animales; les gusta esconderse en lugares oscuros. Pueden meterse en nuestro calzado por la noche, e incluso dentro de nuestras camas. Conozco más de un caso en el que una persona confiada se metió en la cama sin mirar antes en su interior; inmediatamente notó una dolorosa

mordedura y encontró una pequeña escolopendra de apenas diez centímetros. Aun así, la pierna se le inflamó de forma alarmante y tuvo que acudir al ambulatorio. Años más tarde continuaba con la pierna inflamada y con continuas molestias.

Hábitat

Los ciempiés viven en hábitats muy variados: desiertos, selvas, montañas, bosques, sabanas, humedales, etc. Incluso los medios urbanos son adecuados para estos animales y también se pueden encontrar en parques y jardines con plantas. Más aún, en las paredes de las casas de pueblo pueden vivir pequeños ciempiés.
Entre la hojarasca, debajo de la corteza de árboles, bajo las piedras y troncos de árboles podemos encontrar a estos animales.

Veneno

Las escolopendras son animales venenosos que inoculan el veneno mediante sus patas más próximas a la cabeza.
Con el veneno que tienen estos animales (los miriápodos), atrapan a sus presas y se defienden de los depredadores. Las especies tropicales, de mayores tallas, pueden llegar a

ser un problema para las personas y los animales domésticos.
El resto de ciempiés también tienen veneno pero son inofensivos para las personas dado su menor tamaño. El veneno sólo lo utilizan para cazar a sus presas o defenderse de pequeños animales.

Picaduras de escolopendra

Su picadura, realizada a través de las pinzas situadas en la parte final de su cuerpo, provoca un gran dolor, enrojecimiento y edema de la zona de la inoculación del veneno. En ocasiones puede provocar la aparición de pequeñas vesículas cutáneas. Excepcionalmente provocaría síntomas generales, que en todo caso serían parecidos a los que produciría un pequeño escorpión.

En caso de picadura…

Ante la picadura de una escolopendra se debe inmovilizar la zona afectada y aplicar compresas frías sobre la misma. Puede utilizarse una pomada que contenga corticoides y antihistamínicos, así como analgésicos para calmar el dolor, tanto por vía tópica como por vía oral. Si los síntomas persistiesen, sería necesario acudir al médico para que éste administrase un tratamiento por vía general.

Prevención…

-Evitar el contacto con estos insectos.

-No meter la mano en ningún hueco entre las rocas o debajo de piedras sin asegurarse antes de que no hay ningún animal dentro.

-En caso de notar uno de estos insectos sobre la ropa, apartarlo con un periódico u otro objeto, nunca con la mano.

-Protegerse con una mosquitera durante la noche en caso de vivir en lugares donde habiten estos animales.

-No andar descalzo por la noche por el campo o jardín.

Arthropleura

Arthropleura es un género fósil de miriápodos artropléuridos similares a un ciempiés gigante que vivieron en el período Carbonífero (hace 340-280 millones de años) en lo que hoy en día es Norteamérica y Escocia. Con una longitud de al menos entre 0,3 y 2,6 metros, son los invertebrados terrestres de mayor tamaño conocidos de todos los tiempos. A pesar de su apariencia aterradora, parece ser que eran herbívoros. Habitaban bosques húmedos donde los reptiles, anfibios e insectos abundaban, y podrían alimentarse de los musgos y la vegetación putrefacta que encontraban a su paso entre la

maleza de helechos. Se cree que a los depredadores podría resultarles difícil atacarles ya que estaban cubiertos de una coraza con púas muy cortas.

Contenido

Descripción y comportamiento

La alimentación de las artropleuras es un tema de debate entre científicos, ya que ninguno de los fósiles conservan la boca. No obstante, es razonablemente cierto que podrían haber tenido unas poderosas y afiladas mandíbulas. Basándose en esta suposición, se solía pensar que las artropleuras eran carnívoras, aunque en fósiles recientemente descubiertos se ha hallado polen en el tracto digestivo [cita requerida], lo cual sugiere que la criatura se alimentaba de plantas. Es posible que las artropleuras más pequeñas fuesen vegetarianas, siendo las de mayor tamaño omnívoras, las cuales usarían sus mandíbulas para alimentarse de vegetación, insectos y otros animales pequeños. Se estima que una artropleura de tamaño medio podría haber necesitado una tonelada de vegetación al año. Se han hallado icnitas de Arthropleura en muchos lugares. Aparecen como columnas largas y paralelas de pequeñas huellas, que demuestran que el animal se movía rápidamente por el suelo del bosque, virando bruscamente

para evitar obstáculos, tales como árboles y rocas. Cuando se movían con gran velocidad, su cuerpo se estiraba y se hacía más largo, proporcionando una mayor longitud de zancada y permitiéndole moverse con mayor rapidez. Dichas icnitas reciben el icnotaxón Diplichnites cuithensis.

A medida que se movían, las artropleuras podrían haber rozado muchos tipos diferentes de plantas, y podrían haber ayudado a la reproducción del bosque moviendo el polen o las esporas de un lugar a otro. También se piensa que eran capaces de desplazarse por debajo del agua, y que podrían haber vuelto a los lagos y ríos para mudar su exoesqueleto. Esto haría a la artropleura vulnerable frente al ataque de grandes peces y anfibios. Fuera del agua una artropleura adulta podría haber tenido pocos enemigos.

Evolución y extinción

Las artropleuras evolucionaron a partir de ancestros parecidos a los crustáceos, del Carbonífero, y eran capaces de crecer más que los modernos artrópodos, en parte debido al alto porcentaje de oxígeno en la atmósfera terrestre existente, y en parte como consecuencia de la ausencia de grandes depredadores vertebrados terrestres. Las huellas fósiles de un artrópodo que se remonta al Silúrico se atribuyen a veces a Arthropleura o a un

diplópodo del período Silúrico-Devónico Inferior llamado Eoarthropleura. Arthropleura se extinguió al principio del período Pérmico, cuando el húmedo clima empezó a hacerse seco, destruyendo las selvas del Carbonífero y dando lugar a la desertificación característica del Pérmico. A causa de ello, los niveles de oxígeno en la atmósfera empezaron a descender. Ninguno de los artrópodos gigantes pudo sobrevivir al nuevo clima, seco y con menor concentración de oxígeno.

La leyenda de los Tarazashi

Los Tarazashi era una antigua tribu del nuevo mundo. En verano poblaban las zonas más al norte del continente y en invierno bajaban hacia lugares más cálidos. Tenían una cultura con muchos mitos y leyendas, pero una de las más importantes era la que les daba nombre. Todas las familias tenían perros, y trataban a estos animales como un miembro más de la familia. Se dice que el primer pero que tuvieron los Tarazashi fue TARayat-ZANkashi, y su nombre quiere decir "perro lobo". Uno de los más valientes guerreros de la tribu estaba de caza en un bosque cercano; entonces escuchó los aullidos de un lobo y siguió su rastro; encontró al animal herido y atrapado en una sima. Al parecer había caído en el interior de aquel hoyo y se había dañado una de sus patas. El guerrero bajó al pozo y aunque en un principio el lobo le gruñía, en seguida dejó de hacerlo, como si fuese capaz de comprender las buenas intenciones del joven. Lo sacó de aquel lugar y aplicó un ungüento curativo que todos los Tarazashi sabían preparar con plantas medicinales. El animal se marchó cojeando sin dejar de mirar atrás. El joven guerrero volvió a al poblado y ni siquiera contó lo sucedido. Pero desde ese día siempre que se encontraba en el bosque tenía la extraña sensación

de ser observado. Llegó el invierno y recogieron el campamento para ir a las tierras del sur, donde les era más fácil sobrevivir. Aquel invierno fue especialmente duro y la comida escaseaba. El hambre se cebaba con los más débiles, y los ancianos y niños comenzaron a enfermar. Todas las mañanas los jóvenes guerreros salían a cazar, pero todas las noches regresaban con las manos vacías. Sin nada que llevarse a la boca, masticaban algunas raíces para mantenerse con vida. Una noche el muchacho escuchó un aullido, era un sonido familiar y parecía llamarle por su nombre. Salió y se internó en el bosque helado, siguiendo aquel sonido; pronto encontró un ciervo muerto y lo cargó sobre unas ramas, llevándolo arrastras hasta el poblado. Todos dieron gracias a su dios por el alimento que les había salvado la vida. El guerrero contó la verdad, cómo había encontrado la pieza en medio del bosque. Cada noche aquel aullido se escuchaba llamándole y todas ellas el muchacho encontró presas que alimentaron al pequeño poblado hasta que lo peor del invierno pasó. Una de las noches, el joven se escondió cerca de la pieza y esperó agazapado; a lo lejos pudo ver un lobo observándole; se trataba del mismo animal que el había salvado la primavera anterior. El guerrero se puso despacio en pie y le llamó TARayat-ZANkashi. El lobo le siguió a su poblado y fue adoptado por su familia convirtiéndose en su hermano. El dios de los Tarazashi, que siempre observa

desde los cielos, quedó impresionado por el noble corazón de aquel animal y no olvidó a sus hazañas. Un día de otoño, cuando Tarzán era ya viejo, salió del poblado y se dirigió al bosque, buscando un lugar donde morir con dignidad. El animal caminaba con dificultad y finalmente las patas le fallaron, se tumbó en el suelo, bajo un árbol, justo a la orilla de la laguna, y cerró los ojos. Los recuerdos de su juventud le llegaron a su mente, recordando cuando era un joven lobo y corría raudo como el viento atravesando la pradera. Abrió los ojos por última vez para echar un vistazo a su precioso bosque y vio una luz bajar del cielo. Entonces su último aliento le dio vida de nuevo, su descolorido pelaje recobró su antiguo color y su corazón latió con fuerza nuevamente como cuando era joven. El dios de los Tarazashi no se había olvidado de él y le regresó a la vida y a la juventud. La antigua leyenda dice que cuando un animal o un hombre es capaz de ganarse la admiración del dios, éste le lleva a la laguna donde le devuelve a la vida, como si fuese un reflejo, una imagen en el agua.

Entrenamiento: guerrillas

Ésta fue sin duda la mejor parte del entrenamiento. Nos trasladamos al norte a una zona de alta montaña muy boscosa. El primer día organizamos el campamento; esta vez colocamos nuestros ponchos atados entre árboles a modo de techado, por si llovía. Teníamos normas estrictas de no salir de la zona arbolada ya que todo el rato nos sobrevolaban helicópteros de reconocimiento intentado localizar nuestra posición. Yo, aparte de llevar mi rifle de francotirador, debía cargar con una radio. Estos aparatos pesaban unos doce kilos, a los que había que sumar una batería de reserva de tres kilos. Pasábamos todo el día en el campamento, sin recibir ninguna orden. Simplemente charlábamos, descansábamos, comíamos… Por cierto, las latas de conserva militares no estaban nada mal. Como siempre, había algún escrupuloso que no se fiaba de la comida, que si no se veía la fecha de caducidad, que si ésta está abollada… yo hice recolecta y junté una buena despensa. Por la tarde nos reuníamos y nos explicaban la incursión a realizar esa misma noche. Al oscurecer comenzaba el baile. El entrenamiento consistía en apoderarnos de varios puntos estratégicos guardados por una gran cantidad de soldados. Nosotros atacábamos en grupos pequeños de siete personas, mientras que ellos

defendían sus posiciones en grupos superiores a los cien. Su misión consistía exclusivamente en proteger dichos enclaves día y noche, por lo que después de los primeros días, comenzaban a estar cansados. Nosotros debíamos infiltrarnos por detrás de sus líneas, sin ser detectados, ya que éramos un número muy pequeño y no disponíamos de demasiado armamento. Por toda la zona nos encontrábamos con cables trampa, que al tocarlos hacían saltar alarmas acústicas. Nuestra aproximación era lenta y tediosa. Los camiones nos llevaban a una distancia prudencial donde no pudiesen ser detectados, unos quince o veinte kilómetros. La segunda parte la efectuábamos a pie y con el mayor sigilo posible. Para finalizar, los últimos cientos de metros los efectuábamos reptando con el mayor de los sigilos. En ocasiones el grupo debía dividirse en dos, de esta forma unos realizarían el asalto, mientras que otros, por la retaguardia, colocarían explosivos en los puntos clave. Después de cada ataque regresábamos al campamento, donde permanecíamos todo el día, sin tener que formar, tirados y escondidos entre los matorrales, con la ropa llena de barro de la noche anterior y con la cara manchada de restos de la pintura de camuflaje. Después de unas cuantas semanas viviendo de esta forma, te parecía estar dentro de alguna película. Eran muy escasas las misiones diurnas, pero recuerdo alguna de ellas, aún con angustia. Nos aproximábamos a la zona en

helicópteros y saltábamos de ellos comenzando la carrera, porque por el día había que correr como cabrones en busca de una zona segura. La mochila con la radio pesaba como un saco de piedras y en cuanto realizabas un par de esprintes las piernas comenzaban a fallar y quedaban como anestesiadas. Por suerte, no podía ver los caretos que ponía mientras corría, deberían ser un poema. Apretaba los dientes y hacía todo lo posible por correr a toda prisa, pero algunas veces las piernas se negaban a obedecer.

El asalto a la torreta de comunicaciones fue uno de los más complicados. Comenzamos el acercamiento al atardecer; los camiones nos dejaron a bastantes millas del lugar. La zona estaba repleta de vestigios arqueológicos de antiguas guerras, y en medio del monte podían encontrarse aún antiguas trincheras. Imaginaros caminando de noche por uno de esto accidentados lugares. Para intentar ir lo más aprisa posible, siempre sin dejar de caminar, ya que por la noche una de las reglas fundamentales es no correr, el sargento iba en cabeza y los demás seguíamos sus pasos intentado pisar en los mismos lugares. El hombre era muy rígido y severo y enseguida perdía los estribos. Hizo señas para que avanzásemos más rápido; parecía que no tenía ganas de pasar toda la noche caminando por el bosque. Yo, que era su operador de radio, marchaba tras él. El día anterior me había puesto de vuelta y media y estuvo a

punto de soltarme un guantazo porque, según él, no le había transmitido correctamente las órdenes del capitán; realmente fue la excusa más sencilla que encontró para echarme a mí la culpa de no haberse enterado de las órdenes. Le seguía a poco más de un metro, y la media luna me dejaba ver su difuminada silueta, que de repente desapareció. Después se escuchó un golpe y una exclamación. Justo bajo mis narices se encontraba una de aquellas antiguas trincheras y el sargento había caído de bruces en su interior. Unos segundos después se levantó con algunos rasguños y con mayores daños en su dignidad. Espontáneamente me entró la risa, me tapé rápidamente la boca con las manos, para evitar producir algún sonido, pero como no podía verme la cara me estuve riendo en silencio un buen rato. Cuando aún estábamos a varios kilómetros del objetivo, nos quedamos sorprendidos al ver que los soldados que protegían la antena, comenzaban a dar gritos y a disparar a todas partes. El cansancio les estaba haciendo ver fantasmas. Esto desbarató nuestros planes y tuvimos que esperar a que se tranquilizasen. Nos tumbamos en el suelo entre los matorrales y el sargento ordenó que le despertase a las cinco de la mañana. Eran las doce y media y me quedé dormido contemplando las estrellas. Noté un golpe, un codazo en los riñones y entonces me desperté pensado que me había dormido. Pero enseguida deduje que si fuese así el golpe no hubiese

sido tan suave. Era Ramírez avisándome de la hora. ¡Que suerte! Pensé que si no llega a ser por él estaría metido en un buen lío. Continuamos el camino y comenzamos a encontrar cables trampa en las inmediaciones del campamento. Señalábamos los alambres esperando hasta que el compañero que nos sucedía los hubiera visto. Las luces del alba comenzaban a iluminar el cielo con diferentes tonalidades azuladas. Cinco, atacamos frontalmente mientras que dos compañeros ponían las cargas simuladas en la antena de telecomunicaciones. Sólo tres conseguimos escapar, entre ellos Ramírez, que había colocado los falsos explosivos. Los soldados que protegían la antena celebraron su victoria, hasta que la luz de la mañana mostró una gran cantidad de artefactos colocados en la base de la antena. Como se suele decir: quien ríe el último, ríe mejor.

Phil y Nagore

Entreno tres horas al día en el gimnasio, pues a partir de los treinta el tono muscular se pierde en seguida y, como te descuides, el abdomen se te comienza a inflar como si estuvieses embarazado. Creo que la esperanza de vida se sitúa actualmente entorno a los ochenta años, yo le llamaría esperanza de supervivencia, ya que a partir de los veintitantos el cuerpo comienza a autodestruirse. Mucha gente intenta ignorar este proceso y cuando un día se mira al espejo se da cuenta de que le han caído encima un montón de años. Entrenaba con el instructor, ya que es preferible intentar entrenar con alguien que te obligue a superarte y a dar el 100%. Llevaba observando unos días a una chica que entrenaba sola. Llevaba el pelo muy corto, peinado a un lado, teñido de un color amarillo muy claro, que combinaba bien con su tez pálida. Cuando voy a entrenar no suelo fijarme en la gente que me rodea, hago mis ejercicios y punto; pero esta chica llamaba mi atención y no paraba de pensar cómo acercarme a ella para entablar conversación. Parecía mucho más joven que yo; por su *look* y forma de vestir deduje que no tendríamos mucho de lo que hablar. Los días pasaban y yo intentaba coincidir con ella. Esperé varias veces en alguna máquina que sabía que tendría que utilizar, para provocar un casual

encuentro. Un día lo conseguí, compartimos el aparato cediéndonos el turno, pero no me decidí a decirle nada, noté cómo me miraba con indiferencia y me ignoraba, así que lo deje pasar. Pasaron algunas semanas y pensé no perder más mi tiempo. Entonces coincidimos nuevamente y comenzamos una conversación trivial. Me invadió una sensación de felicidad: por fin se había roto el hielo. Terminó su serie y se marchó a unos cuantos metros para realizar otro tipo de ejercicio. Para mi sorpresa un chico la asaltó y pude ver ante mis narices cómo estaba intentado ligar con ella; le estaba proponiendo entrenar juntos. Me levanté rápidamente y entré al ataque; conseguí convencerla de que entrenase mejor conmigo y así comenzó a hacerlo al siguiente día. Al principio la confusión y el caos reinó; no estaba seguro de lo que decir y hacer. Aunque me gustaba, notaba por la forma de hablar que pensábamos de una manera muy diferente. Entrábamos en el viejo juego de siempre, el tira y afloja. Si te muestras demasiado pronto puedes echar a perder tus cartas, si lo haces demasiado tarde habrá terminado la partida. No sabía muy bien si la estrategia estaba funcionando, hasta que un día fue ella la que se lanzó.

Bunker

El camino quedaba cortado por unas vallas de obra, donde nuevamente aparecían los carteles de peligro por utilización de explosivos y derrumbe. León apartó la barricada suavemente empujándola despacio con el morro del camión. Continuamos por un estrecho camino atravesando una colina cortada perfectamente por la mitad como si hubiesen utilizado un serrucho. Ahora unos enormes carteles avisaban de peligro radiactivo. Se veía que las personas que habían construido el lugar no querían visitantes inesperados. Estos carteles, cuanto menos infundían respeto incluso sabiendo de que su única labor era meramente disuasoria. Enseguida divisamos las enormes puertas metálicas, parecidas a las de un hangar, pero ya a simple vista se podía ver su formidable robustez. Estaban pintadas con los mismos colores de la montaña y a unos cuantos metros se volvían prácticamente imperceptibles. El vehículo paró justo en la puerta y al apagar el motor dio un resoplido parecido al de una ballena. Sharon en seguida se puso cerca de la puerta, justo enfrente de una videocámara de vigilancia, hablando con las personas de dentro para que le abriesen la puerta. Como después de un rato no sucedía nada continuó.

- Vamos a ver si alguien me esta viendo y que active el movimiento de la cámara.

Pero tampoco surtió efecto. Parecía que era el turno de Ramírez:

- ¡Ni de coña! A mi no me miréis; estas puertas tiene un blindaje que son capaces de soportar el impacto directo de un misil sin inmutarse.

Si nuestro experto en explosivos decía que no era posible abrir la puerta, es que realmente no era factible. ¿Qué opciones nos quedaban? Nagore sacó un pequeño estuche con maquillaje y con una pequeña brocha, depositó sobre el teclado de la puerta una fina capa de polvo. Se pudieron ver las huellas sobre los números y todos nos quedamos mirándola:

- ¿Qué? ¿Es que no habéis visto CSI?

La idea era buena, lo malo es que la clave era tan larga que quedaban marcados casi todos los botones. Era imposible acertar con la combinación correcta. Pero esto le dio una idea a Akashi:

- Tomemos una grabación con el Olfateador del teclado.

Sacamos el aparato del camión que se encontraba en el interior de una caja hermética preparada para soportar todo tipo de inclemencias. Aquel aparato costaba algo así como una fortuna y nosotros disponíamos del primero que se utilizada de forma real, después de muchos años de

pruebas. Colocamos el trípode del sensor a la altura de los números y conectamos el cable al lateral de la caja, para que la unidad de proceso pudiese interpretar la información. Grabamos durante unos veinte minutos, ampliando la frecuencia, y luego revisamos la grabación hasta encontrar una imagen con los dígitos coloreados en rojo de diferente intensidad. El más fuerte correspondía al botón que se había accionando más recientemente y, según su degradación, el tono de los demás nos iba indicando cuál era el siguiente. De esta manera fue muy fácil introducir la clave correcta. Presioné el último número de la lista y se escuchó el arranque de un motor eléctrico seguido de unos chasquidos metálicos que producían los pernos de la cerradura; después la puerta comenzó a moverse. Tomamos posiciones, preparándonos para lo que pudiese venir. El interior estaba oscuro y no se podía ver nada, pero unos segundos más tarde los tubos fluorescentes comenzaron a encenderse. El aire húmedo con olor a cemento nos llenaba los pulmones. El hangar se encontraba desierto; al fondo unas puertas daban paso al complejo. Recorrimos parte de sus pasillos lo que nos llevó bastante tiempo ya que era una zona muy complicada de registrar. Todo estaba preparado para albergar a los ciudadanos, pero todo permanecía intacto. Estos lugares herméticos me producen aversión, una especie de claustrofobia. El oxígeno está viciado y todo

parece inerte. Llegamos a una zona donde las habitaciones con literas dieron paso a una especie de cuartos similares a oficinas. Pero aquel lugar parecía arcaico, ni siquiera disponían de ordenadores; en su lugar se encontraban antiguas máquinas de escribir más propias de un museo o de un juzgado. Claramente la burocracia avanza tan despacio que sus métodos y normas suelen quedar obsoletas incluso antes de comenzarse a aplicar. Esto quedó patente durante la segunda guerra mundial, cuando recién terminada la infranqueable línea de defensa francesa, que constaba de unas enormes instalaciones acorazadas, se vio burlada por la nueva guerra relámpago que utilizó paracaidistas para aterrizar tras las fuertes defensas de la línea Maginot. Parecía que aquí había sucedido algo similar; de alguna manera se habían estado preparando para una emergencia nuclear y cuando el atacante fue un agente biológico, no supieron cómo actuar. Posiblemente todas esas personas que se llevaron en camiones y a las que intentaron poner en cuarentena fueron infectadas más rápidamente al propagarse la enfermedad con mayor facilidad entre la gran masificación de personas. Lo más probable, según lo que estábamos viendo, era que esos camiones ni siquiera llegasen a su destino. Tal vez intentaron montar algunos hospitales de campaña en las afueras de las ciudades, pero de una manera u otra, los interminables procedimientos a seguir

en uno de estos casos, a los que continuamente se debían dirigir a sus superiores que buscaban la forma de actuar en antiguos manuales se revelaron inútiles. Ya habíamos visto con qué virulencia atacaban esas personas enloquecidas, y en este lugar no disponíamos de mucho sitio para defendernos; cualquier disparo que chocase contra los muros de hormigón produciría el rebote del proyectil, volviéndolo muy peligroso.
Hora de continuar camino. Salimos de aquel lugar a través de los largos corredores; llegamos a la zona de los hangares y la cruzamos con paso rápido y por fin salimos al exterior donde se podía respirar aire puro. La luz del sol era tan brillante que durante un buen rato no conseguíamos ver bien. Finalmente nos preparamos para subir al camión. En ese preciso instante nos dimos cuenta de la falta de un miembro del equipo. La llamamos a voces, pero nadie contestaba. Sharon fue la ultima en ver a Nagore y creía haberla visto entrar en uno de los cuartos de baño.

Mientras el equipo se encontraba inspeccionando una de las pequeñas salas con aspecto de despacho, entró a los lavabos. Llevaba ya un buen rato conteniéndose las ganas de orinar y la vejiga le parecía un globo inflado a punto de estallar. También notaba un dolor punzante en los riñones y pensó que solo tardaría uno segundos en descargar.

Mientras inspeccionaban la habitación aprovechó para entrar en el baño. Nada más hacerlo la pesada puerta se cerró con fuerza a su espalda y aunque solo estaba a unos metros del resto de compañeros la situación parecía totalmente diferente. Enfocó nerviosamente con su pequeña linterna a uno y otro lado. Era un lugar amplio, alargado, con una fila de lavabos a un lado y con un espejo continuo sobre ellos que se alejaba hasta el fondo de la larga estancia, enfrente una hilera de pequeñas puertas tras las que se encontraban los WC. Por la parte de abajo había una abertura que dejaba ver si estaba ocupado. Entró sin mirar; pensó que sería mucho mejor; de esta forma intentaba mantener el miedo a raya, no dando motivos para que cundiese el pánico. Seguramente si se hubiese agachado para mirar por debajo de la puerta, se habría imaginado las piernas de alguien dentro y de no verlas en seguida tendría que haber inspeccionado el resto de mamparas ya que pensaría que alguien se ocultaba en alguna de ellas. Por suerte no encontró nada y los sanitarios, aunque muy antiguos, se encontraban perfectamente limpios. Se mantuvo inclinada sobre la taza flexionando las rodillas sin llegar a sentarse, pero no era capaz de orinar, llevaba tanto tiempo aguantándose que ahora si intentaba evacuar, al apretar la vejiga explotaría. Tuvo que tomarse su tiempo y cuando por fin comenzó una lágrima le recorrió la mejilla. Ahora el problema era

parar, parecía *la Fontana di Trevi*. Después de un buen rato salió y se lavó las manos en el lavabo. En ese momento escuchó un sonido, como si una puerta al final de la sala se hubiese abierto. Sin mirar al fondo caminó hacia la salida con la sensación de que en cualquier momento algo la pondría la zarpa encima. Por fin en el despacho se sintió algo más segura, pero la sensación solo le duró unos segundos; inmediatamente se dio cuenta de que se encontraba sola, que el grupo se había marchado. Los llamó uno a uno por su nombre, pero al nombrarlos en voz alta tubo la sensación de estar llamando la atención de posibles depredadores. Como un cordero perdido en el bosque que al llamar a su madre consigue atraer la atención de los lobos. Pero ahora cómo salía de aquel lugar, habían recorrido un montón de pasillos. Toda la montaña parecía estar hueca, si se perdía allí nadie la encontraría jamás. Entonces escuchó un golpe fuerte que provenía del interior del baño y más tarde unos pasos que se acercaban.

- ¡Phil! ¿Eres tú? —dijo alumbrando con su linterna a la puerta.

Los pasos aceleraron acercándose a toda prisa. Entonces el pánico se apoderó de ella y salió corriendo por los pasillos. Con el pequeño foco de luz solo conseguía iluminar unos cuantos metros y no podía ver nada a su espalda ni a los lados. Corría a toda prisa por el largo

pasillo; las puertas abiertas a uno y otro lado parecían pozos oscuros, como agujeros negros que intentaban absorberla y de los que en cualquier momento aparecería una mano apresándola. La adrenalina le hizo correr a toda velocidad sin desfallecer y, sin saber cómo, consiguió llegar al hangar, donde a lo lejos se veía la brillante luz del sol. Entonces el cansancio le llegó de golpe como si hubiesen caído sobre ella varios sacos de tierra. Las piernas apenas la tenían en pie y anduvo despacio, más calmada y relajada. El lugar se parecía mucho a un aparcamiento subterráneo, con la única diferencia de que aquí no había coches. Siempre le habían puesto nerviosa aquellos lugares; cuando tenía que bajar sola a recoger el coche, continuamente imaginaba que alguien la estaba observando agazapado en la oscuridad. A menudo le parecía escuchar pasos que la seguían, que no eran más que el eco de los suyos. Si tenía que caminar una gran distancia por esos lugares terminaba poniéndose muy nerviosa y la psicosis que iba en aumento le hacía mirar de vez en cuando hacia atrás. En una de esas ocasiones se encontró de repente con otro usuario del parking que bajaba de su vehículo y cuando lo vio de frente en lugar de devolverle el saludo pegó un grito del sobresalto. El hombre también se llevó un buen susto y cada uno de ellos salió corriendo en dirección contraria.

La sensación de ser observada se hizo tan fuerte que incluso tubo la sensación de escuchar una respiración a su espalda. Entonces, instintivamente, se dio la vuelta y se encontró la puerta por la que entró en la nave entreabierta. No recordaba si la había dejado abierta o cerrada y en ese preciso momento la puerta se cerró de golpe. De nuevo el corazón comenzó a latirle con fuerza; se apresuró caminando hacia la salida. Unos pasos parecían seguirla y esta vez estaba casi segura de que no se trataba del eco de los suyos. Paró un instante para cerciorarse y efectivamente el ruido que la perseguía continuó. Tuvo esa sensación de pesadilla en la que por mucho que uno corra no consigue llegar a ningún lugar. La idea de no conseguirlo a pocos metros de la salida cobraba fuerza en su mente. Lo que fuese persiguiéndola se encontraba ya muy cerca y parecía haberla seguido desde los baños. Entonces, casi de forma involuntaria, volvió la cabeza y vio a pocos metros un hombre enorme semidesnudo, únicamente cubierto por uno de esos pequeños camisones de hospital que se parecen más a un delantal. Tenía la cara totalmente desfigurada y le chorreaba saliva espumosa desde la comisura de los labios goteándole por la barbilla. El corazón de Nagore pareció explotar y sus piernas corrieron nuevamente como el viento, pero algo le impedía avanzar. Notó un tirón fuerte del pelo y perdió el equilibrio; el golpe contra el suelo de cemento fue brutal y

casi le hace perder el conocimiento. Con todas sus fuerzas se revolcaba por el suelo intentado zafarse, pero aquel monstruo tenía una fuerza enorme y la arrastraba del pelo con una sola mano llevándosela hacia la oscuridad. Los gritos de Nagore eran espeluznantes, pero por más que intentaba escapar del monstruo no lo conseguía y poco a poco la arrastraba adentrándose más en la negrura del subterráneo. La mujer junto con el enorme individuo que la arrastraba de los pelos desaparecieron en la oscuridad. Cuando todo parecía perdido, Phil con el resto de compañeros, se preparaban para entrar de nuevo en busca de Nagore, escucharon sus terroríficos gritos. Apoyándose en el sólido muro apuntó su rifle hacia la oscuridad y presionó el botón de la mira telescópica que activaba la visión nocturna. Entonces, en un color verdoso, pudo ver la escena. Pudo contemplar a aquel animal enloquecido arrastrando a su mujer por el suelo. Se encontraba al otro lado del hangar a unos ochocientos metros y estaba a punto de llegar a la entrada de los pasadizos. Si entraba en aquel laberinto les sería muy difícil de detener y posiblemente cuando le encontrasen ya sería demasiado tarde. Solo disponía de unos segundos para hacer blanco y el ser no paraba de moverse bruscamente de un lado para otro. Para evitar errar el tiro, apuntó al centro de la silueta, justo en el pecho y apretó suavemente el garillo. El proyectil hizo blanco justamente en ese lugar y el batín

blanco del gigantón se comenzó a teñir de rojo. Pero parecía no haber causado el efecto deseado: en lugar de caer abatido, el monstruo enfurecido comenzó a chillar. Se puso totalmente erguido; medía más de dos metros con toda seguridad; gritaba enfadado buscando en la oscuridad a su agresor. Miró fijamente a Phil, que pudo ver perfectamente su mirada por la mira telescópica y le gritó como si pudiese verle. En ese instante una segunda bala impactó en su frente saliendo el contenido del caneo a presión por el enorme agujero de salida al lado opuesto. La enorme torre humana de músculos se desplomó y Nagore corrió nuevamente hacia la salida. Pero el grito de aquel monstruo parecía haberse convertido en una llamada, y de la puerta del fondo comenzaron a aparecer más seres desquiciados.

- ¡Corre Nagore, corre, no mires a tras! —gritó Phil a la vez que intentaba aislar cada blanco en el objetivo de su arma.

La situación pasó a ser una carrera de fondo. La mujer en cabeza era perseguida por un gran número de seres que aumentaba constante mente, al salir más de ellos por la puerta del fondo. Los que conseguían acercarse más y casi lograban ponerle las manos encima eran derribados por los certeros disparos de Phil. Mientras, el resto del equipo empujaba con todas sus fuerzas la enorme puerta para

cerrarla. Ahora vio la ventaja de tanto dinero invertido en el gimnasio: gracias al entrenamiento diario tenía una velocidad y resistencia muy por encima de lo normal, gracias a lo cual consiguió recorrer la gran nave de ochocientos metros a toda velocidad, sin que aquellos monstruos consiguiesen alcanzarla. Salió por la apertura que habían dejado en la puerta y una vez fuera todos empujaron cerrando las enormes puertas y dejando dentro a todos los infectados.

El olfateador

Hacía ya casi veinte años del asesinato de la pequeña Lisa, el culpable aún andaba suelto.

Un nuevo método nos dio una pista definitiva: por fin sabíamos quién era el asesino.

Siempre se habían utilizado sabuesos para seguir el rastro de los fugitivos. El fino olfato de estos animales era capaz de encontrar a los delincuentes dondequiera que se encontrasen. Las finas partículas que vuelan en el aire son captadas por el desarrollado sentido olfativo y reconocidas al instante. Una vez un preso fugado de la penitenciaría estatal de *Nueva Orleans,* corrió durante tres días sin parar, cubrió una distancia de ciento seis millas. William había sido acusado por el asesinato de una menor, aunque él, como la mayoría de presos, sostenía que era inocente, que alguien le había incriminado. Era un hombre negro con antecedentes por robo, así que el jurado popular no tubo muchas contemplaciones. El fugitivo hizo todo lo posible por borrar su rastro, cruzó ríos a nado, atravesó bosques, zonas pantanosas, incluso en una granja aislada en la campiña se restregó por el cuerpo café, para enmascarar su olor; pero nada consiguió engañar a los perros. Utilizó viejos trucos que aparecen en algunas

películas como echar pimienta por el suelo, incluso consiguió llegar a la pequeña ciudad de *Yellowcreep* donde entró cruzando varios establecimientos mezclándose con los ciudadanos, robó ropa del tendedero de la señora *Murrey*. El hombre era un auténtico atleta, estaba en plena forma, pero al final se dio por vencido. El jueves, las piernas ya no le sostenían, los pies le dolían y no le paraban de sangrar a causa de las ampollas. Los guardias le encontraron sentado en un banco, sin poner resistencia, estaba exhausto, e increíblemente pidió que le llevaran de allí a su celda. Esta cualidad que poseen algunos animales siempre me había fascinado, y decidí investigar más sobre el tema. Comenzamos desarrollando un aparato que captaba el aire de un lugar, lo almacenaba en una botella y luego unos sensores realizaban un análisis de su contenido; después, toda esa información era interpretada por una computadora, y de este modo, comenzamos a detectar algunos productos en el ambiente. El secretario de desarrollo quedó tan impresionado con nuestro prototipo que se destinaron diversas subvenciones para investigar en aquel proyecto. Mejoramos mucho el invento y cada vez se asemejaba más a la nariz de un perro. Pero la cosa llegó a un punto en el que no conseguíamos avanzar.

- ¡Eh, tú, que el instituto es dos calles más abajo!

Fueron las palabras de recibimiento que lanzaron al joven ayudante. Un muchacho pecoso con el cabello enmarañado como un nido de avutarda y del color de las zanahorias. Era un brillante informático, recién salido de la universidad. Su misión era actualizar la anticuada base de datos.

- ¡Mierda! No hay manera de hacer funcionar este cacharro, llevamos invertidos más de un millón y la nariz de Call aún resfriado es capaz de detectar más olores que esta maldita máquina.
- ¿Puedo echarle un vistazo?, —dijo el recién llegado.
- Total, ya no hay nada que hacer con esta cosa…

Leonard estaba trabajando en un programa informático para mejorar la calidad de las imágenes que las cámaras de seguridad tomaban a los delincuentes. Se trataba de unos logaritmos matemáticos que eran capaces de limpiar y definir las representaciones. Trabajó durante varias semanas intentado aplicar los programas al *Olfateador*. Estaba tan inmerso en el trabajo que pasaba las noches en el pequeño laboratorio que la policía científica tenía en la comisaría.

La noche anterior me había quedado hasta tarde viendo el partido; me tomé algunas cervezas de más, y por la mañana el sonido del despertador me taladraba la cabeza. Me levanté tarde y a la carrera me eché un zumo, pero con

tantas prisas el vaso se me volcó y me empapé las manos, me las sequé aprisa con una servilleta y salí corriendo al trabajo.

Al llegar por la mañana, el joven me llamó. Me pidió que me pusiese en una silla delante del aparato. Después salimos, bajamos a la cafetería y almorzamos. Treinta minutos más tarde, entramos de nuevo en el laboratorio y el joven encendió el artilugio.

- ¡Pero si no has puesto ninguna cosa para que la detecte!

Leornard me miró sonriente y señaló la pantalla del ordenador. Cada barrido completaba una línea, y poco a poco se fue formando una imagen. La imagen, aunque de baja calidad, me dejó sin palabras. Era yo mismo sentado en la silla, en la misma posición en la que me había colocado esta mañana. Lo primero que pensé fue en un truco en una cámara oculta que había tomado aquella imagen, pero en ninguna fotografía se podría saber la marca de colonia que utilizo y que mis manos estaban manchadas de zumo de naranja. La máquina mejoraba el sistema: superaba los sentidos de los canes. Las pequeñas partículas se quedaban en el ambiente durante mucho tiempo; se podían recuperar e interpretar. Del mismo modo que una película fotográfica es sensible a la luz y es capas de captar las imágenes, el *Olfateador* era capaz de

detectar los olores en el ambiente y, mediante un programa informático, dar forma a una imagen. Se podía retroceder en el tiempo, buscado partículas cadáver más antiguas y de esta forma obtener imágenes de muchos años atrás.

Pedimos permiso a los inquilinos de la casa donde se había cometido el antiguo crimen. La nueva familia no estaba enterada de lo sucedido y se quedaron de piedra cuando entramos con una solicitud para hacer un montón de pruebas por toda la vivienda. Conectamos el aparato en la antigua habitación de Lisa. Pronto comenzamos a recibir unas imágenes, que inmediatamente imprimíamos para después estudiarlas detenidamente en el laboratorio. Al principio eran sucesos recientes, pero según aplicábamos más energía a la máquina las imágenes eran más y más antiguas. Conseguimos remontarnos a la fecha exacta del crimen, y unas impresiones borrosas y deterioradas era lo máximo que lográbamos. El señor Randolf, marido de la mujer que nos había abierto la puerta, entró en la casa bastante disgustado con lo que estábamos haciendo. Parecía que después de un duro día de trabajo en la fábrica, se había tomado algunas cervezas de más y la tomó con nosotros. El hombre estaba en su derecho de echarnos de su casa; por el momento no habíamos conseguido una orden, solo teníamos una autorización, de su mujer. El caso estaba cerrado hacía ya muchos años.

Regresamos a la comisaría con todo el material y comenzamos a trabajar con las imágenes. Con un avanzado programa de ordenador intentamos mejorar la calidad de las fotografías.

Allí me encontraba yo veinte años después, llamando a la puerta de aquel ciudadano ejemplar. El hombre me miró sorprendido cuando le enseñé la orden de arresto. Durante todos estos años pensó que su crimen quedaría impune. Cuando lo llevamos a comisaría se burlaba de nosotros: sabía muy bien que el cuerpo nunca aparecería y las pruebas nunca serían concluyentes para condenarle. Se sentó en la sala de interrogatorios, entré y dejé caer sobre la mesa, justo delante de sus narices un montón de fotografías donde se le veía con todo detalle cometer el crimen. Contempló las imágenes una por una, agarrándolas con las dos manos. Era manco y llevaba una de esas prótesis que estaban muy de moda últimamente, pero el suyo era un modelo antiguo, de los primeros prototipos que salieron al mercado. Era un sistema sencillo, pero muy eficaz; lo inventó un niño de doce años, pero nadie le hizo caso hasta que comenzó a comercializarlos cuando contaba con más de treinta. El sistema era, para que nos hagamos una idea, similar al procedimiento que acciona el freno en las bicicletas. Unos cables finos transmitían el movimiento a la prótesis

imitando el de la mano sana, que llevaba conectada la transmisión a un aguante. Los finos cables pasaban por detrás de la espalda sobre el jersey y al llevar chaqueta no se notaban. Con este sistema se podía conducir y realizar la mayoría de las actividades normales, montar en moto, coger cajas u objetos pesados. Claro está que con este sistema también se podía evitar dejar huellas en el escenario de un crimen. Su estúpida sonrisa se borró de inmediato y su rostro se volvió pálido, del color blanco de las paredes cuando comprendió que le habíamos cazado.

La vacuna

La empresa disponía de un enorme complejo, dividido en diferentes laboratorios. El área de virología estaba dirigido por el doctor Omar. Era increíble la inversión que estaba realizando la industria privada para sacar adelante algunos medicamentos. Hoy en día la comercialización de nuevas medicinas se ha vuelto una carrera contrarreloj, ya que para rentabilizar un medicamento hay que, en primer lugar, conseguir sacarlo al mercado. Esta primera fase de investigación, en ese comienzo, se presentan unas patentes, que permiten a la marca responsable de dicho trabajo explotarlo en exclusiva durante un periodo de tiempo limitado por las leyes por un máximo de veinte años. Las patentes se presentan desde el comienzo, con los primeros avances en el laboratorio, y más adelante se van sumando más con cada mejora que se consiga gracias a los ensayos. Cada patente internacional puede tener un coste de medio millón de dólares sólo en tasas, teniendo en cuenta que un único medicamento necesita del orden de diez patentes, para no poder ser vulnerado por las de otras empresas. El periodo de concesión suele alargarse hasta cinco años. Se necesitan todos estos años para saber si la patentes está concedida o no, con lo que ya sólo nos quedan quince años para recuperar la inversión; pero

resulta que desde que se inició la investigación hasta que se consigue el producto final pueden pasar otros cinco años, con lo que nos quedan sólo diez. Luego tienen que pasar las pruebas de certificación de seguridad, primero en animales y después las pruebas definitivas en personas que pueden durar otros cuantos años. La situación es la siguiente: una farmacéutica invierte miles de millones en un producto, por ejemplo para el dolor de cabeza, y cuando sale al mercado sólo dispone de unos años para recuperar la inversión y conseguir algo de rentabilidad. Una vez en la calle, ¿por qué un facultativo iba a recetar el nuevo fármaco del que apenas ha oído hablar, cuando él lleva toda la vida mandando a sus pacientes aspirinas?

¿Qué sucede con este sistema? Que muchos de los medicamentos no son viables económicamente y por lo tanto miles de enfermedades quedan sin tratamiento, porque ninguna empresa invierte en productos que no sean rentables. Por otro lado, los viejos productos toman fuerza en el mercado una vez que quedan liberados a los veinte años quedando como bien de la humanidad, y muchas empresas que no invierten en desarrollo comercializan los llamados "medicamentos genéricos". Así resulta que aunque se conozca un medicamento más eficaz contra una enfermedad, no se desarrolla porque los laboratorios necesitan seguir vendiendo el antiguo para amortizar la inversión.

Investigábamos sobre el virus R1-Z1, un derivado de la rabia común, una enfermedad que hoy en día no tiene ningún misterio y conseguimos mutaciones de diferentes cepas, alcanzando a propagarse entre diferentes especies. Para acelerar las pruebas en seres humanos, la empresa comenzó una campaña de vacunación en una aldea tercermundista. Los pacientes creían estar recibiendo una vacuna contra la tuberculosis, pero en realidad estaban recibiendo nuestra droga.

El profesor Omar entró en la ducha desinfectante con el resto de sus compañeros; después se quitaron los trajes y los dejaron en sus taquillas. Comentaron el suceso y comenzaron a lanzar especulaciones. ¿A que se debería tan singular suceso? ¿Cómo la fiebre había provocado un estado de rabia y disparando los niveles de adrenalina? Los enfermos, enloquecidos, tenían una fuerza sorprendente. Omar se mantenía en silencio, sin comentar nada, parecía ocultar alguna información.

Hacía algunas semanas que él mismo había estado suministrando un suero entre los habitantes del poblado. Él era el jefe de investigación sobre los nuevos medicamentos contra la rabia, y las órdenes de la empresa fueron bien claras. Harían las pruebas entre los habitantes de la aldea sin que estos supiesen nada; de esta forma la multinacional se ahorraría millones en pruebas, y lo que

era más importante, dispondrían de más tiempo para la explotación de sus productos.

¿Pero cómo vender una vacuna de un virus poco usual? ¿Por qué la farmacéutica estaba fabricando millones de dosis? Al parecer tenían planeado inocular el virus a un cierto número de personas, dejar que la enfermedad se extendiese y luego aparecer como los salvadores, a la vez que se forraban vendiendo los productos retrovirales y vacunas.

Vacuna

La vacuna del latín "vaccinus-a-um", "(vacuno)"; de "vacca-ae", "vaca") es un preparado de antígenos que una vez dentro del organismo provoca la producción de anticuerpos y con ello una respuesta de defensa ante microorganismos patógenos. Esta respuesta genera, en algunos casos, cierta memoria inmunológica produciendo inmunidad transitoria frente al ataque patógeno correspondiente. La primera vacuna descubierta fue la usada para combatir la viruela por Edward Jenner en 1796.

Contenido

Las vacunas se clasifican en dos grandes grupos:

* Vacunas vivas o atenuadas
* Vacunas muertas o inactivadas.

Existen varios métodos de obtención:

1. Vacunas avirulentas preparadas a partir de formas no peligrosas del microorganismo patógeno.

2. Vacunas posificadas a partir de organismos muertos o inactivos.
3. Antígenos purificados.
4. Vacunas genéticas.

Las vacunas se administran por medio de una inyección, o por vía oral (tanto con líquidos como con pastillas).

Origen de las vacunas

La viruela fue la primera enfermedad que el ser humano intentó prevenir inoculándose a sí mismo con otro tipo de enfermedad [1]. Se cree que la inoculación nació en la India o en China alrededor del 200 a. C. En China, a los pacientes que sufrían tipos leves de viruela se les recogían fragmentos de pústulas secas para molerlas hasta conseguir una mezcla con aspecto de polvo que luego se le introducía por la nariz, esperando que esto les inmunizara. En 1718, Lady Mary Wortley Montague informó que los turcos tenían la costumbre de inocularse con pus tomado de la viruela vacuna. Lady Montague inoculó a sus propios hijos de esta manera.

En 1796, durante el momento de mayor extensión del virus de la viruela en Europa, un médico rural de Inglaterra, Edward Jenner, observó que las recolectoras de

leche adquirían ocasionalmente una especie de «viruela de vaca» o «viruela vacuna» (cowpox) por el contacto continuado con estos animales, y que luego quedaban a salvo de enfermar de viruela común. Efectivamente, se ha comprobado que esta viruela vacuna es una variante leve de la mortífera viruela «humana». Trabajando sobre este caso de inoculación, Jenner tomó viruela vacuna de la mano de la granjera Sarah Nelmes. Insertó este fluido a través de inyección en el brazo de un niño de ocho años, James Phipps. El pequeño mostró síntomas de la infección de viruela vacuna. Cuarenta y ocho días más tarde, después de que Phipps se hubiera recuperado completamente de tal enfermedad, el doctor Jenner le inyectó al niño infección de viruela humana, pero esta vez no mostró ningún síntoma o signo de enfermedad.

En 1881 lleva a cabo Louis Pasteur su audaz y brillante experimento público en comprobación de la efectividad de la vacuna antiantráxica ideada por él, en la granja, hoy histórica, de Pouilly-le-Fort.
El 5 de mayo inyecta 24 carneros, 1 chivo y 6 vacas con 58 gotas de un cultivo atenuado de Bacillus anthracis. El 17 de mayo, estos mismos animales fueron inoculados nuevamente con la misma cantidad de un cultivo menos atenuado, o sea, más virulento.

El 31 de mayo se realizó la prueba suprema. Se inyectaron con cultivos muy virulentos, todos los animales ya vacunados, y además, 24 carneros, 1 chivo y 4 vacas no vacunados, que sirvieron como grupo testigo a la prueba. El 2 de junio, una selecta y nutrida concurrencia apreció los resultados, que fueron los siguientes:
Todos los carneros vacunados estaban bien. De los no vacunados, 21 habían muerto ya, 2 más murieron durante la exhibición ante la propia concurrencia y el último al caer de la tarde de ese día. De las vacas, las 6 vacunadas se encontraban bien, mientras que las 4 no vacunadas mostraban todos los síntomas de la enfermedad y una intensa reacción febril.

Louis Pasteur

Al comunicar estos resultados, Pasteur introdujo los términos de vacuna y vacunación que provienen de la palabra latina vacca, fruto de los resultados obtenidos al inocular el virus de la vacuna (cow-pox); en la terminología médica como homenaje a Jenner, su ilustre predecesor.
Cronología de las vacunas

Sólo la viruela ha sido eliminada en el mundo. La poliomielitis y el sarampión se encuentran en campañas de erradicación.

Siglo XVIII

* 1796: Primera vacuna para viruela.

Siglo XIX [editar]

* 1879: Primera vacuna para la diarrea crónica intestinal severa;
* 1881: Primera vacuna para el ántrax;
* 1882: Primera vacuna para la rabia;
* 1890: Primera vacuna para el tétanos;
* 1890: Primera vacuna para la difteria;
* 1897: Primera vacuna para la peste.

Siglo XX [editar]

* 1926: Primera vacuna para tos ferina;
* 1927: Primera vacuna para la tuberculosis;
* 1937: Primera vacuna para la fiebre amarilla;
* 1937: Primera vacuna para el tifus;
* 1945: Primera vacuna para la gripe;
* 1952: Primera vacuna para la poliomielitis;

* 1954: Primera vacuna para la encefalitis japonesa;
* 1962: Primera vacuna oral para la poliomielitis;
* 1964: Primera vacuna para el sarampión;
* 1967: Primera vacuna para la paperas;
* 1970: Primera vacuna para la rubéola;
* 1974: Primera vacuna para la varicela;
* 1977: Primera vacuna para la neumonía (Streptococcus pneumoniae);
* 1978: Primera vacuna para la meningitis (Neisseria meningitidis);
* 1981: Primera vacuna para la hepatitis B;
* 1985: Primera vacuna para la haemophilus influenzae tipo b (HiB);
* 1992: Primera vacuna para la hepatitis A;
* 1998: Primera vacuna para la enfermedad de Lyme;

Siglo XXI

* 2005: Primera vacuna para el virus del papiloma humano (principal factor de riesgo del cáncer de cérvix).
* 2008: Primera vacuna para prevenir la adicción a la heroína y a la cocaína (Aunque siguen haciéndose experimentos con esta vacuna para comprobar su efectividad).
* 2009: Posible vacuna con la Hepatitis C, primera Vacuna contra la Gripe A (H1N1).

Tipos de vacunas

Las vacunas pueden estar compuestas de bacterias o virus, ya sean vivos o debilitados, que han sido criados con tal fin. Las vacunas también pueden contener organismos inactivos o productos purificados provenientes de aquellos primeros. Hay cuatro tipos tradicionales de vacunas:

* Inactivadas: microorganismos dañinos que han sido tratados con productos químicos o calor y han perdido su peligro. Ejemplos de este tipo son: la gripe, cólera, peste bubónica y la hepatitis A. La mayoría de estas vacunas suelen ser incompletas o de duración limitada, por lo que es necesario más de una toma.

* Vivas atenuadas: microorganismos que han sido cultivados expresamente bajo condiciones en las cuales pierden sus propiedades nocivas. Suelen provocar una respuesta inmunológica más duradera, y son las más usuales en los adultos. Por ejemplo: la fiebre amarilla, sarampión o rubéola (también llamada sarampión alemán) y paperas.

Travesía

Nos encontrábamos a unas cincuenta millas de la zona cero; nos aproximábamos por una carretera secundaria. León pensó que sería mejor entrar por la zona de bosques. La luz de reserva del camión llevaba encendida algo más de una hora y el vehículo comenzó a dar unos tirones; después aceleró bruscamente anduvo unos cien metros y definitivamente se paró. La zona montañosa era muy escarpada y estaba repleta de árboles secos, desojados, parecían como si el fuego los hubiese consumido parcialmente. La hierba seca de color pajizo cubría el suelo como un felpudo. Nada se movía, todo parecía inerte. Deberíamos atravesar la zona, y cruzar el desfiladero nos llevaría al menos un par de días. Preparamos las mochilas y cargamos con los equipos; ahora no parecía haber sido buena idea sacar a las chicas de casa de Sharon; las estábamos llevando al centro del foco caliente. ¿Qué nos encontraríamos en ese lugar? Todos nos hacíamos mentalmente esta pregunta y especulábamos sobre las posibles respuestas.

- Hasta aquí ¡hip! hemos llegado… Darles una ¡hip! patada en el culo a esos marcianos.

Intentamos convencer al conductor de que estaría más seguro con nosotros. No podíamos déjale abandonado a su

suerte perdido en un camino en medio de ninguna parte. Pero él argumentó que jamás se separaba de su camión, que no nos preocupásemos por él, que sabía muy bien cómo buscarse la vida. No podíamos arrastrar al hombre en contra de su voluntad, y tampoco estábamos seguros de poder ofrecerle seguridad. Emprendimos la marcha y, a unos doscientos metros de subida, me volví mirando hacia atrás. León el camionero se puso firme y me hizo el saludo militar, llevándose la mano a la sien. Qué hombre tan singular, se podría decir que formaba parte de los desperdicios de la sociedad, alcohólico, más que maleducado era grosero, poco higiénico y mal oliente, pero en el fondo de toda esa capa de mugre brillaba una tenue luz, una diminuta llama que le confería un aire especial y entrañable.

A medida que ascendíamos el terreno se volvía más escabroso; el sol se ponía en el horizonte y continuamos por una zona de gran inclinación, por la que era imposible ascender. Tuvimos que bordear parte de la montaña, caminando al filo de una garganta. La teniente ordenó que caminásemos en fila agarrados de las manos. Al andar, los guijarros sueltos rodaban montaña abajo precipitándose por el barranco, y tras unos segundos podía escucharse la caída chocando abajo contra las rocas. La engañosa oscuridad te hacía ver el sendero donde no estaba, y entonces Nagore resbaló; por suerte iba en el centro del

grupo y sujeta a mi mano y a la de Smith, por lo que pudimos levantarla con facilidad. El suceso nos hizo incrementar las precauciones, si resbalaba alguien más pesado o que se encontrase en los extremos, podría tirar al resto del equipo al abismo. La zona era demasiado abrupta para continuar la marcha nocturna; lo más lógico era levantar un campamento para pasar la noche. En realidad lo que acostumbrábamos a hacer era asegurar un perímetro con trampas y alarmas, pero en las circunstancias en las que nos encontrábamos era más efectivo colocar trampas bomba. Estábamos acostumbrados a pasar la noche en cualquier circunstancia, haciendo un agujero en la nieve o tapándonos con unas ramas. Ramírez y yo nos encargamos de tender los cables. Poníamos una granada entre dos árboles y luego desplegábamos un cable o cuerda fina. Si algún incauto tropezaba activaba la bomba y saldría volando por los aires. Esto también era una alarma efectiva ya que el estallido despertaría a todo el equipo. Ramírez era el mejor colocando este tipo de trampas.

El resto del grupo preparó un pequeño cercado, con piedras y ramas, donde cogíamos todos y estaríamos refugiados del viento. Además serviría de trinchera en caso de entablar combate. Se me ponían los pelos de punta sólo con pensar en aquellos asquerosos bichos. Uno de nosotros permanecería despierto haciendo guardia, los demás le relevaríamos en turnos de dos horas.

Normalmente el mejor puesto es el primero, ya que las personas tardan un rato en dormirse y se suele hacer más ameno. El puesto que menos me gustaba era el último, pues una vez terminado tienes que partir con los demás y parece que no has dormido las mismas horas. Bueno me tocó un turno poco conflictivo a mitad de la noche. En estos momentos siempre hay que mantener la moral lo más alta posible. Mientras caminaba despacio iluminado por la luz de la luna, realizando mi guardia, recordaba cuando de niño iba de acampada con mi padre. Mi padre era un apasionado montañero y siempre organizábamos largas caminatas por la sierra; de esta manera, una especie de sexto sentido fue ganando fuerza. Podía orientarme con facilidad entre la vegetación, abrirme camino sin demasiado esfuerzo, encontrando siempre el más adecuado para atravesar la fronda. Cuando corría campo a través mi cerebro automáticamente buscaba los mejores lugares para posar los pies. Podía caminar sigilosamente y estar atento a todos los sonidos que los animales producían. Mi padre me enseñó algunas técnicas de supervivencia, como pescar, qué plantas son comestibles, cómo preparar un refugio, hacia dónde caminar si te encuentras perdido y, lo más importante, a mantener el ánimo. Parecía mentira que ahora los bosques se hubiesen convertido en pasto; lo de los hombres entraba dentro de lo posible; si no hubiese sido un virus, cualquier otro de

sus actos deplorables les hubiese llevado igualmente a la perdición. El clima estaba totalmente desequilibrado y los últimos años habían sido especialmente secos. Ya hacía varios años de nuestra misión como pacificadores en conflictos provocados por la falta de agua. Fuerzas de paz: qué palabra más contradictoria y menos acertada.

Mientras pensaba en todas esas cosas, escuché un ruido y me puse inmediatamente en alerta; me acerqué para ver lo que era; no quería dar una falsa alarma y despertar inútilmente a todo el equipo. Aunque parezca una tontería, cuando llevas varios días durmiendo mal comienzas a ver fantasmas por todas partes y el grito de emergencia suena una y otra vez, lo que te hace entrar en un círculo vicioso; cada noche se duerme menos, por lo que estás más cansado y por lo tanto se ven más fantasmas y suenan más falsas alarmas. Me acerqué sigilosamente al árbol de donde provino el sonido: todo se mantenía en calma. ¿Quizás aquellos malditos ciempiés eran nocturnos? Por lo que habíamos visto hasta ahora, todos los ataques se habían producido después del atardecer. Con mi fusil apuntaba a uno y otro lado, certificando que nada se escondía bajo cada sombra. Finalmente encontré una rama en el suelo que se debía haber desprendido a causa del viento. Un buen susto, pensé y regresé a una zona más elevada para continuar con mi turno de vigilancia. En ningún instante bajé la guardia, ya que suele ser en estos

momentos en los que se puede producir el ataque. Nunca hay que dar nada por sentado; lo que en un principio puede parecer normal, como la caída de la rama, puede ser una maniobra de despiste por parte de los atacantes para sembrar la confusión y aprovechar esos instantes para atacar. Escuché nuevamente un ruido, miré hacia el lugar de procedencia y discerní un bulto negro moviéndose en la oscuridad; esta vez sí que parecía ir en serio. Me preparé para disparar, acercándome lo más posible, de forma sigilosa intentando obtener un buen blanco. Puse mi dedo índice sobre el gatillo con suavidad y cuando me disponía a disparar, la sombra oscura corrió hacia mí. Algo en mi interior me dijo que no disparase. Se trataba nuevamente de aquel perro. ¿Pero qué hacía? Se comportaba de un modo extraño; normalmente permanecía tumbado cerca del resto de compañeros, con las orejas alzadas, siempre alerta. Me hacía unos sonidos con la boca, como si quisiese pronunciar alguna palabra y unos movimientos invitándome a seguirle. Me acerqué para tranquilizarlo haciéndole algunas caricias, pero al ir a tocarlo resbalé y comencé a rodar colina a bajo. La montaña parecía acolchada con goma espuma, rebotaba con suavidad mientras no paraba de dar vueltas. Por fin llegué al fondo del barranco donde pude ponerme de pie y con la escasa luz contemplar lo que parecía un poblado calcinado. Caminaba sobre el manto de cenizas que cubría el suelo.

Tarzán continuaba delante de mí, haciéndome señas para que le siguiese. En la caída había perdido mi arma y el tenebroso lugar ponía los pelos de punta. Entonces vi una luz en el suelo; era una pequeña llama de color azulado. Se trataba de un lanzallamas que aún continuaba encendido. No me puse a razonar sobre el asunto y me coloqué las botellas de líquido inflamable a la espalda. Continué con el arma en las manos. Entré en la caverna; la entrada era enorme: un gran portal de roca de veinte o treinta metros de altura. Se escuchaban unos sonidos que inmediatamente identifiqué como el ruido que los ciempiés realizaban al desplazarse. Parecía que había encontrado el nido, la colmena de donde todos partían. Apretando con fuerza los dientes, y tensando todos los músculos de mi cuerpo podía hacer frente a los espasmos. Al comienzo, la luz del exterior iluminaba la gruta,. Conforme me introducía la oscuridad se iba apoderando del lugar. Únicamente el fuego de mi lanzallamas iluminaba el húmedo túnel. Al fondo unas pequeñas luces brillantes se movían rápidamente de uno a otro lado de la cueva y ascendían por el techo abovedado. Debían de ser los ojos brillantes de aquellos bichos. Venid a por mí, pensé, y probaréis un poco de mi medicina. Oí los ladridos del animal al fondo. Cuando llegué se encontraba sentado en el centro de una gran sala; a los lados, colgados por las paredes, se hallaban unos sacos, como unos capullos de seda, en los que,

deduje, se encontraban las personas que los gusanos se llevaban. El perro, sentado tranquilamente en el centro de la enorme sala, estaba rodeado por centenares, quizás miles de esos bichos. Parecían esperar el momento para atacar. En ese instante una irradiación atravesó la bóveda de la caverna, volviendo la roca transparente como si fuese cristal. La luz bajó hasta llegar al perro; entonces todo se iluminó con una luz blanca y densa, como si fuese una niebla destellante de copos de nieve que reflejaban destellos de sol. Noté un golpe de viento en la cara, igual que una sacudida y abrí los ojos.

¡Mierda!, me había quedado dormido en la guardia; era la primera vez en mi vida que me sucedía. Un cansancio extremo me embargó en un profundo sueño. Miré mi reloj de pulsera y vi que solo me quedaban unos minutos. Me alegré pensando en las horas que me quedaban por delante para echar una cabezadita. Me acerqué para ceder mi turno a Akashi, pero antes de que la pudiese tocar, se puso en pie. Era infalible; siempre se despertaba cinco minutos antes de su guardia. Tenía como una especie de reloj interno, de alguna manera se concentraba y se despertaba a la hora deseada. Yo no tenía tanta suerte o concentración; a mi, tenían que darme cuatro patadas en las costillas para conseguir despertarme.

El alba despuntó y el día se presentaba despejado y seco, como era habitual; la única diferencia era que esta mañana

el viento soplaba con más fuerza de lo habitual y a menudo se levantaban aisladas nubes de polvo, que se volvían bastante molestas cubriendo los dientes de arenilla. Ahora podíamos ver el escarpado terreno por el que nos movíamos y la peligrosa garganta que atravesamos la noche anterior. No quedaba otra salida que la ascensión y tendríamos que cruzar trepando entre las cumbres de las montañas. Escalar sin calzado ni material adecuado siempre me pone de mal humor, pero lo que más me fastidia es tener que hacerlo con todo el equipo a cuestas. Con tanto peso a las espaldas cualquier paso de bajo nivel se convierte en un auténtico problema. Desde luego lo mejor era trazar la ruta más sencilla, aunque para ello tuviésemos que subir en zigzag. La parte superior era un bloque de granito y por fuerza nos vimos en la necesidad de ponernos a escalar. Seleccionamos una vía en adherencia, de un nivel mínimo; cualquier principiante sería capaz de subir sin problema. Lo único con lo que no contábamos era con un equipo de alpinismo.

Este tipo de escalada no requiere mucha fuerza, pero sí una depurada técnica para repartir el peso sobre las extremidades apoyadas en minúsculas protuberancias. Subíamos por la placa de piedra, y a unos cinco metros se podían ver chapas para colgar mosquetones. Esta imagen siempre me pone un poco nervioso cuando escalo sin cuerda. Estar ascendiendo sin ningún tipo de seguridad a

tan solo unos metros de una vía equipada, por donde está claro que la gente sube con cuerda, me recuerda que esto no es ningún juego. En estos momentos me alegraba de haberme aficionado a la escalada a una temprana edad. En la época en la que nací el alpinismo estaba pasado de moda y sólo las generaciones mayores de la edad de mi padre lo practicaban; los jóvenes lo consideraban estúpido y aburrido, nada más lejos de la realidad. Por suerte un viejo amigo de mi padre practicaba aún la escalda y aunque tenía más de cincuenta años y yo no llegaba a los catorce, en seguida la afición en común por la montaña nos hizo buenos amigos. Era la primera persona que me trataba como a un semejante, quiero decir que hasta ese momento todo el mundo me trataba como un niño, y en cambio Heinrich me pedía opinión: ¿por dónde piensas que subiremos mejor?, ¿qué te parece esta vía? También me presentaba a antiguos montañeros de expedición con los que habían viajado a Nepal y ascendido a las cumbres más altas del planeta. Todos me trataban como si fuésemos de la misma quinta. Mientras la mayoría de los chavales de mi edad, incluidos mis amigos, pasaban el fin de semana intentando colarse en algún Pub o en algún Bar cutre, donde el camarero sin escrúpulos vendiese alcohol a menores con tal de hacer caja.

Yo iba a la cabeza; Nagore y Sharon detrás; no eran experimentadas escaladoras, pero sabían defenderse muy

bien. Detrás de ellas, pegado a sus talones continuaba Smith; esto daba algo más de seguridad, ya que si alguna de las mujeres resbalase, él las podría agarrar. El alpinismo es un deporte de concentración, donde es muy importante la técnica y sobretodo la confianza en los compañeros. Hoy en día se habla de que los niños en las escuelas no tienen respeto por los profesores, que ni siquiera hacen caso a sus padres. Quizás hay lugares donde aprender qué es el respeto y sobretodo por qué un viejo va saber más que yo. Esto se aprende rápidamente en la montaña, cuando te das cuenta de que una persona mayor sube con facilidad por un lugar por donde tú no eres capaz, gracias a sus conocimientos. Entonces es cuando respetas a esa persona y quieres que te enseñe cómo trepar. Se aprenden muchos valores cuando tu vida pende literalmente de un hilo.

Inmerso en mis recuerdos no me percaté del tiempo que llevábamos escalando y del tramo que aún nos quedaba. El sol brillaba en el centro del firmamento y como no nos diésemos prisa, este lugar se convertiría en un infierno. La pared de roca semivertical, apuntaba al sol como una placa fotovoltáica y la piedra comenzaba a coger temperatura. Es una de las cosas que hay que tener en cuenta en una larga ascensión: el calor puede convertir la vía en una plancha y es fácil terminar como carne a la barbacoa.

Quizás cometí uno de los errores más graves en estas situaciones: perder la calma.
Comencé a avanzar sin prestar demasiada atención a los apoyos. Cuando quedaban apenas unos metros para coronar la cima, la pierna derecha me resbaló y quedé agarrado únicamente por una mano, pero en una fracción de segundo perdí la presa. Una de las normas básicas de la escalada dice que siempre hay que tener tres puntos de apoyo, si sólo te sujetas en dos y uno de ellos falla lo más probable es irse al suelo. En las películas los protagonistas se agarran con una mano sin dificultad, pero en la vida real esto es muy difícil, aun siendo una persona con mucho entrenamiento y la fuerza suficiente para agarrase bien con una mano, la montaña no ofrece normalmente buenos puntos de sujeción y el paso del tiempo va debilitando los músculos. Por si aún os quedan dudas, aunque Stallone fuese capaz de agarrarse con una sola mano, sería lo más entupido que podría hacer, ya que ese esfuerzo le causaría una gran fatiga muscular y a mitad de la ascensión sus brazos se quedarían sin fuerzas, como anestesiados. No sería el primero que comete tal error y un helicóptero tiene que ir a bajarle. Todos estos pensamientos pasaron por mi cabeza mientras me resbalaba por la superficie áspera, una lija del cinco. Manteniendo la posición, los pies contra la roca y buscando rápidamente alguna sujeción, conseguí frenarme. Por los pelos me he librado de ésta, pensé. En

estos momentos críticos la adrenalina inunda mi cerebro, una droga natural a la que estoy acostumbrado. Mi mente comienza a pensar a toda velocidad, buscando una solución, y esa velocidad me da en cierto modo una especie de calma, ya que me permite en una fracción pensar y debatir cuál a de ser la maniobra a realizar.

Escuché unos ladridos, miré a la cumbre y ahí estaba de nuevo ese perro, animándome a subir. ¿Por dónde había subido? ¿De dónde salía? Seguramente había olido nuestro rastro y había rodeado las montañas. No sé, aquel perro era bastante raro, aparecía y desaparecía cuando menos te lo esperabas. Parece que realmente estaba agradecido de que lo soltásemos de su jaula en la tienda de animales. Era un animal muy inteligente y siempre nos alertaba ante cualquier peligro.

Desde la cima de la montaña pudimos vislumbrar el valle, a lo lejos, por donde bajaba el río, a más o menos un día de camino, atravesando la frondosa e inerte jungla. Los arbustos secos dificultaban mucho el paso; las ramas rígidas de zarzas y espinos, eran mucho más difíciles de tratar ahora. Una y otra vez me hacía la pregunta de por qué íbamos hacia aquel siniestro lugar. Pero algo, como una fuerza extraña nos impulsaba; en el fondo sabíamos que no había escapatoria y que si queríamos solucionar las cosas tendríamos que ir a ese lugar. Hasta el momento no habíamos encontrado supervivientes, al menos civiles, ya

que no quería contar a los incineradores. Pero en algún lugar, en recónditos refugios, estaba seguro de que debía de haberlos. Tal vez si nosotros conseguíamos cumplir nuestra misión limpiando el punto cero, esas personas tendrían una oportunidad y para ellos abría un nuevo comienzo. Una vida nueva con tiempo para meditar y reflexionar, con la experiencia de saber por lo menos qué camino no hay que tomar.

Atravesamos la maraña inerte de vegetación con gran dificultad y penuria. Nos relevábamos a la cabeza, para coger el machete e ir abriendo un sendero entre la abrupta maraña de ramas secas. El calor era intenso y comenzamos a racionar el agua. Éste iba a ser un viaje largo y no podíamos desfallecer a la mitad a causa de la deshidratación. La tarde transcurrió sin incidentes. Avanzamos más o menos la distancia estimada y preparamos un nuevo campamento en un pequeño claro. El lugar no era nada acogedor; lo único a nuestro favor era que ni siquiera había mosquitos. Pero eso no era nada confortable; aquel aire aséptico, el silencio increíble en una jungla y el predominante color gris ceniza de toda la vegetación ponía los nervios a flor de piel. Eché una mano a Ramírez colocando los cables de las trampas. Cercamos el lugar asegurando el perímetro con toda clase de artilugios. Incluso construimos algunas trampas caseras al estilo Boys Scout. Smith estaba bastante fastidiado; desde

hacía días le habían salido ampollas en la planta de los pies y con el sudor se le habían infectado. Se quitó las botas y se aplicó una pomada con antibióticos. Yo siempre había tenido mucha suerte en este aspecto, quizás por que era más ligero o por mi forma de caminar; el caso es que sólo en una ocasión me produjeron rozaduras las botas durante una caminata y fue en el lateral del pie al lado del tobillo. La causa: unos calcetines de felpa que con el sudor se volvían cada vez más rígidos. Imaginé el calvario que estaría pasando Smith a cada paso, pero era un hombre muy fuerte y parecía como si no sintiese dolor. Echamos a suertes los turnos de guardias y afortunadamente me tocó el segundo puesto; aunque no era el mejor, tampoco estaba del todo mal. No sé porqué la larga travesía nos estaba volviendo demasiado confiados; la ausencia de sonidos, de movimientos, nos seducía con pensamientos tranquilizadores, como si no hubiese ningún peligro.

- Ven muchacho, corre ven aquí ¿Tienes hambre? Toma una de mis barritas energéticas, a ver cómo me das la patita. ¡Buen chico! ¿Tienes sed? Toma bebe un poco de mi cantimplora —fui vertiendo agua sobre la palma de mi mano y el perro la sorbía rápidamente a lengüetazos. Parecía estar sediento.

Me despertaron para realizar el retén y me levanté con mal cuerpo; estaba destemplado, había tenido una pesadilla y

me había levantado algo alterado. Intenté caminar un poco en mi turno, pero el pasto seco sonaba como hojarasca bajo mis pies. No pude caminar con normalidad y tuve que apañármelas para no hacer ruido, pues no quería despertar al grupo y menos aún poder llamar la atención de las escolopendras gigantes, pues como ya habíamos comprobado eran cazadores nocturnos. Como siempre, comencé a recordar algunos buenos momentos del pasado, como cuando estuve de vacaciones en la playa con Nagore; fueron unos días maravillosos, el sol brillaba con un esplendor fantástico. Instintivamente volví mi mirada hacia un lugar donde había escuchado un ruido, sonó algo cerca del suelo, como el ruido que produce una rama al partirse e inmediatamente pensé en la guardia de la noche anterior. Así que me acerqué para cerciorarme de lo que era, pero bastante confiado. Algo se movió a gran velocidad en la oscuridad, enfoqué con mi linterna y vi a uno de esos enormes bichos. Se quedó deslumbrado durante unos instantes, me contempló como si me estuviese examinado, luego volvió su cabeza hacia donde se encontraban los demás. Parecía estar inspeccionando la zona. En lugar de atacar comenzó a correr montaña abajo.

En ese instante comencé a disparar; estaba claro que estos monstruos eran bastante inteligentes y este debía de ser un explorador; su misión: merodear en busca de presas y una vez halladas avisar al resto de la colmena de su situación.

Los proyectiles le atravesaban la piel dura y acorazada, similar a la de un armadillo y los fluidos internos salpicaban por todas partes. No encontraba la forma de detenerlo; el maldito ciempiés no se daba por vencido. Tenía que conseguir pararle o nos encontraríamos en serios apuros ante un ataque masivo de estos bichos. Entonces escuché algo a mi espalda y Smith gritó mientras disparaba con la ametralladora. Las balas de mayor calibre arrancaban trozos, vísceras y patas que saltaban por el aire. La cadencia de disparo del arma era tan elevada que literalmente lo estaba cosiendo a tiros. La escolopendra de más de tres metros de longitud se partió por medio, pero aun así la cabeza junto con la parte delantera continuaba intentando escapar. Apunté con mayor precisión a los brillantes ojos negros y aun atravesándole la cabeza continuaba moviéndose espasmódicamente por el suelo. No sé qué tal andarían estos monstruos de oído, pero hubiese lo que hubiese en un radio de decenas de millas, estaba claro que nos habría escuchado. Dada la situación, lo mejor era levantar el campamento lo antes posible. Quizás no avanzásemos en la dirección o por el lugar más correcto, pero estaba claro que no podíamos quedarnos en aquel lugar. Esos ciempiés eran duros de matar y cuando lo digo era porque parecían estar blindados. Espero que no nos tengamos que enfrentar a muchos de ellos en la zona cero.

Explosivo

Se denomina explosivo a toda sustancia que por alguna causa externa (roce, calor, percusión, etc.) se transforma en gases; liberando calor, presión o radiación en una rápida reacción en cadena.
Los diferentes explosivos se diferencian por su composición química.

Clasificación de sustancias explosivas

La clasificación de las sustancias explosivas de diferentes tipos puede efectuarse de múltiples maneras, no obstante, hay tres formas principales ampliamente aceptadas: por naturaleza, por sensibilidad y por utilización. Más aún en la clasificación que se da es muy difícil y es frecuente encontrar tipologías en base a grupo químico funcional y a nombres comerciales cuando se trata de mezclas de sustancias explosivas.

Sustancias explosivas por naturaleza explosiva

Deflagrantes

Son los explosivos en los que la reacción se inicia por mecanismos químicos tradicionales: activación termocinética. La velocidad de estos no supera la velocidad del sonido (medida en el medio explosivo, que siendo sólido o líquido, es muy superior a la del aire). La barrera del sonido atempera la energía cedida por este, de modo que no son muy potentes.

Su interés es escaso: pirotecnia y algunas aplicaciones en las que se requieran baja energía.

En esta línea, los propelentes son considerados un subgrupo de los explosivos deflragantes.

* Pólvora negra
* Nitrato de Potasio

Detonantes

La reacción en este grupo se autoabastece por una onda de choque, supersónica (en el medio que recorre), que inicia al explosivo a medida que esta transcurre. Dada la alta velocidad de la reacción son explosivos muy potentes.

Dentro de esta clase se pueden incluir todas las sustancias explosivas mencionadas a continuación.

Sustancias explosivas por sensibilidad

Primarios

Son aquellas sustancias que requieren cantidades ínfimas de energía para activarse. Son de gran peligrosidad y generalmente se utilizan flegmatizados (insensibilizados). Su potencia es modesta en comparación con los demás grupos.

* Triyoduro amónico
* Fulminato de mercurio
* Fulminato de plata
* Azida de plomo o nitruro de plomo.
* Azida de plata
* Estifnato de plomo o trinitroresorcinato de plomo.
* Hexanitrato de manitol

Secundarios

Responden al grupo más numeroso, con energías de activación intermedias aunque no estrictamente

homogéneas. Las potencias son muy altas, encontrándose en el orden de los GW.

* Nitroglicerina Muy sensible. Generalmente se le aplica un desensibilizador.
* Trilita o TNT
* Hexógeno, RDX Ciclonita (trinitrofenilmetilnitramina)
* Pentrita, PT, PETN Tetranitrato de pentaeritrita
* Ácido pícrico o TNP (Trinitrofenol)
* Picrato amónico
* Tetranitrometano
* Octógeno o HMX (Ciclotetrametilentetranitramina)
* Nitrocelulosa
* Cloratita

Terciarios

Familia constituida casi en unanimidad por NAFOS (nitrato de amonio/fuelóleo) conocida su enorme insensibilidad.

* ANFO o NAFO en castellano.

Sustancias explosivas por utilización

Iniciador

Aquel que tiene por misión iniciar el explosivo, secundario. Suelen ser explosivos de alta sensibilidad (primarios) en combinación de acuerdo al impulso requerido: impacto, eléctrico o térmico. Suelen ser llamados detonadores al estar encartuchados comercialmente.

Carga

Es la masa base que explotará y es objeto del diseño de la voladura. El iniciador es el responsable de iniciar la carga. Algunas sustancias pueden no requerir iniciador: pólvora, nitroglicerina o pentrita se inflaman con relativa facilidad bajo la llama.

Multiplicador

En ciertas ocasiones la carga no detona con el iniciador, por lo que se requiere un explosivo intermedio que sea sensible al iniciador y a la vez inicie a la carga. Muy frecuentemente los nafos lo precisan.

Sustancias explosivas mezcladas

A menudo las sustancias carecen de todas las propiedades solicitadas para una función; por ejemplo: la nitroglicerina es muy inestable, el nitrato amónico muy mediocre o el estifnato de plomo debería ser más sensible a la llama. Para soslayar dichos problemas se recurre a mezclas de estos para potenciar debilidades. Comercialmente se conocen:

Dinamitas

La dinamita es un explosivo compuesto por nitroglicerina y dióxido de silicio. Es una mezcla grisácea y aceitosa al tacto, considerada un explosivo potente (comparado con la pólvora, el fulminato de mercurio y otros explosivos débiles).

Gomas

La Goma-2 es un explosivo del tipo dinamita de fabricación española para uso industrial (sobre todo en minería) por la Unión Española de Explosivos, S.A. (actualmente MAXAM). Se comercializa al menos en dos variantes, la Goma-2 EC y la Goma-2 ECO. Fue utilizada

por la banda terrorista ETA en atentados cometidos en las décadas de los 80 y los 90.

Pulverulentas

NAFOS

El NAFO o ANFO, del inglés: Ammonium Nitrate - Fuel Oil, es un explosivo de alto orden. Consiste en una mezcla de nitrato de amonio y un combustible derivado del petróleo, desde gasolinas a aceites de motor. Estas mezclas son muy utilizadas principalmente por las empresas mineras y de demolición, debido a que son muy seguras, baratas y sus componentes se pueden adquirir con mucha facilidad. Las cantidades de nitrato de amonio y combustible varían según la longitud de la cadena hidrocarbonada del combustible utilizado. Los porcentajes van del 90% al 97% de nitrato de amonio y del 3% al 10% de combustible, por ejemplo: 95% de nitrato de amonio y 5% de queroseno. El uso de un combustible insoluble en agua acaba con el principal problema del nitrato de amonio, su tendencia a absorber agua (higroscopía). Si además se le añade polvo de aluminio el ANFO se convierte en una variedad aún más potente llamada ALANFO. Se utiliza ampliamente en las voladuras de rocas de tipo medio a blando, bien sea introduciendo en

los barrenos el granulado mediante aire comprimido o bien en su otra forma de presentación que es encartuchado. Es necesario cebar fuertemente el barreno con detonador y cartucho de goma en fondo para producir su correcto funcionamiento, además su uso está contraindicado en barrenos con presencia de agua, a no ser que se use encartuchado. El ANFO también se suele mezclar con otros explosivos tales como hidrogeles o emulsiones para formar, en función del porcentaje de ANFO o ANFO Pesado (aproximadamente un 70% emulsión o hidrogel y 30% ANFO).

Hidrogeles
Emulsiones
Base trilita
Ligante plástico
Explosivos nucleares
Artículo principal: Armas nucleares

Tremendamente potentes, están prohibidos para uso comercial, solo lo utilizan los ejércitos de países tecnológicamente desarrollados.

El funcionamiento básico de dichas bombas consiste en la fisión o la fusión de átomos. Existen dos tipos: Las que funcionan con Uranio, que con la ayuda de un detonador o

iniciador divide sus átomos y moléculas, generando muchísimo calor y energía.

Otra clase son las bombas de fusión de Hidrógeno (conocida como bomba H), que consiste en la fusión de los átomos de dicha sustancia. Esta clase de bomba genera mucho mas radiación que la anterior, y aun no se la a probado en un combate real, a diferencia de la bomba de Uranio, lanzada en Hiroshima y Nagasaki durante fines de la segunda guerra mundial.

Zona cero

Salimos de la selva, o mejor dicho de lo que quedaba de ella y comenzamos a adentrarnos en una zona despejada, un llano donde todo estaba completamente calcinado. Tras unos minutos caminando sobre las cenizas, que aún humeaban en algunas zonas, comenzamos a percibir un olor fuerte, como si alguien se hubiese dejado un bistec olvidado sobre la sartén. El horror nos alcanzó de pleno cuando unos bultos sobre el terreno comenzaron a adquirir forma humana. Se trataba de personas totalmente calcinadas. Hombres, mujeres y niños, se encontraban tirados en el suelo por todas partes. Ésta era sin duda la zona cero, estábamos en medio del poblado o más bien de lo que quedaba de el. Aún no sabíamos a qué peligros nos enfrentaríamos, cuántos ciempiés encontraríamos, tampoco sabíamos si algún infectado habría conseguido sobrevivir. Teníamos que llegar cuanto antes a la madriguera, debíamos encontrar la colmena y matar a la reina, de esta forma eliminaríamos el foco principal. El virus se había extendido en el lugar a partir de la caída de los que muchos creyeron que era un meteorito. En cuanto encontrásemos aquel objeto lo haríamos desaparecer con un explosivo improvisado con los bidones de combustible que habíamos encontrado. Ramírez se encargaría de hacer

los preparativos fabricando una bomba de Napalm. El viaje hasta este maldito lugar había sido largo y peligroso. Pero ahora no había tiempo para lamentaciones, debíamos solucionar el problema lo antes posible.

Nos acercábamos a las pequeñas edificaciones; unas casas con muros anchos de adobe, era lo poco que aun quedaba en pie. Los alrededores del núcleo urbano debían de ser viviendas más parecidas a chozas, pequeñas casas de madera y paja, que habían sucumbido al fuego. Para llegar al centro del poblado solo podíamos acceder por unos angostos pasajes, unas estrechas callejuelas por las que no entraba ni un automóvil. Parecía una zona complica, ya que cualquier ataque nos dejaría en una posición de desventaja y con facilidad aquellos bichos podrían prepararnos una emboscada. Por lo que habíamos visto eran mucho más inteligentes de lo que aparentaban en un principio. Smith Entró en cabeza seguido por Akashi y el resto del grupo; yo marchaba el último cubriendo la retaguardia. Intentábamos avanzar pegados a los muros de uno y otro lado, caminando sigilosamente y asegurándonos de que no había nada en los tejados. Entonces Nagore se quedó apoyada en la pared justo delante de una ventana. Era una simple cavidad cuadrada con una persiana de caña medio churrascada que impedía ver el interior. Vi cómo algo se movió a su espalda y el pulso se me aceleró.

- ¡Al suelo, sal de ahí!, —grité apuntando hacia aquel lugar.

El material seco que cubría la ventana se hizo mil pedazos y unas enormes tenazas asomaron hacia el exterior intentado apresarla. Gracias a la adrenalina que produce el miedo, su movimiento fue tan rápido que consiguió zafarse. Pero el enorme ciempiés no se daba por vencido e intentaba salir al exterior por el tragaluz. En ese momento comenzamos a disparar. Todos hacíamos blanco en el enorme bicho mientras Nagore intentaba alejarse arrastrándose por el suelo. Los movimientos del animal cada vez eran más lentos, pero cuando ya casi lo teníamos controlado otro apareció corriendo por el tejado de la casa.

- Yo me encargo de éste, —grité al grupo, para que pudiesen dirigir sus disparos al que se preparaba para abalanzársenos desde el tejado.

El fuego se intensificó y los disparos no cesaban mientras los casquillos caían al suelo y rodaban calle abajo. Parecía que estos monstruos disponían de algún sistema de comunicación. Pues enseguida comenzaron a aparecer más. Como habíamos comprobado en anteriores ocasiones estos seres eran muy duros y difíciles de matar. Parecía que nos habían preparado una encerrona en aquel estrechamiento, atacándonos desde los tejados y cortándonos el paso en ambas direcciones.

- Hay que salir de aquí cagando leches. Ramírez, dales un poco de tu medicina a esos de adelante, —ordenó la teniente Akashi.

El experto en explosivos echó su arma hacia atrás dejándola a la espalda colgando de la cincha. Puso su mochila en la parte delantera y sacó de ella un objeto cilíndrico, que golpeó con fuerza contra una pared y después lanzó.

- ¡Cubriros!, —gritó.

El estruendo de la bomba me dejó sordo durante unos instantes, después miré al grupo que se cubría la cabeza como si algo les fuese a caer encima; instintivamente hice lo propio, pero Smith aún seguía algo despistado y miró hacia el cielo; en ese momento una lluvia de vísceras envueltas en una masa pegajosa similar a la pus nos cubrió. Los despojos resbalaban sobre la cara de Smith, que continuaba firme mirando hacia el cielo. Con su mano se quitó la masa babosa del rostro y la tiró al suelo agitando su mano a la vez que exclamó:

- ¡Maldita mierda!

Sin peder más tiempo corrimos hacia la salida del corredor. El pavimento estaba resbaladizo por la masa carnosa de los animales reventados.

- ¿Qué os ha parecido el petardo?, —Ramírez fabricaba sus propios explosivos de forma artesanal con una receta secreta que solo el conocía.

Sus preparados eran por lo menos diez veces más efectivos que cualquier artefacto que se pudiese encontrar en el mercado.

Conseguimos llegar al centro del poblado, donde encontramos unos bidones de combustible, que imagino los trajeron con idea de quemar toda la zona, también parte del equipamiento de los incineradores. Posiblemente fueron sorprendidos antes de poder terminar su trabajo. Debíamos encontrar la madriguera de esos bichos y el origen de la infección para esterilizar la zona. Lo mejor era averiguar qué había sucedido, y para ello disponíamos del olfateador. Esta vez sólo disponíamos del sensor y de un pequeño ordenador portátil; sin la unidad de proceso sólo era posible rastrear algunas imágenes.

Para intentar conseguir más información y poder descubrir el enclave del causante de la pandemia, colocamos el Olfateador en el centro mismo del poblado, sobre las cenizas que cubrían el terreno. Fuimos retrocediendo lentamente en el tiempo, aumentando la potencia del aparato. Las pequeñas partículas que aún seguían en el aire enviaban la suficiente información para que el artilugio procesase las imágenes. No importaba demasiado que el ambiente estuviese contaminado; la máquina era capaz de diferenciar cada cuanto, los diferenciaba como si llevasen inscritos una fecha de fabricación y un número de serie. Al aumentar la frecuencia, detectaba únicamente cosas que

hubiesen sucedido en esa banda. Los átomos que formaban la materia desprendían una radiación dependiendo de dicha radiación se podían agrupar y poner fecha, algo parecido a la datación por carbono 14.
Mientras el equipo permanecía vigilante asegurando el lugar, Akashi y yo conectábamos el artefacto. Comenzamos a rastrear el lugar y obtuvimos las primeras imágenes. Justo en la fecha mencionada en los periódicos sobre el avistamiento de un OVNI captamos un destello luminoso que cruzó el cielo y por la dirección cayó a poca distancia en dirección suroeste. Con casi toda seguridad se trataba de un enorme meteorito; lo extraño es que al chocar contra el suelo no se produjese una enorme explosión. Nuestra teoría era que este suceso fue el causante de cambios en el ADN tanto de las personas que vivían en el lugar como de los animales. Intentamos conseguir imágenes más recientes, y entonces vimos lo sucedido en el poblado, cómo las personas comenzaron a enloquecer infectados por aquella enfermedad parecida a la de la rabia. El ejército acordonó la zona y poco después llegó un equipo de científicos, pero la población se volvió incontrolable y atacaron a los doctores, que gracias a la intervención militar consiguieron escapar. Después llegaron los incineradores y comenzaron a quemarlo todo. Nadie consiguió huir del lugar. Estaba claro que alguno de los médicos había sido infectado y fue el causante de que

el virus llegase al resto de la población. Pero en estas imágenes que intentábamos descifrar, parecía faltar algo: ¿si la enfermedad se originó a raíz de la colisión del meteorito, cómo era posible que con fecha anterior apareciesen fotografías de los científicos trabajando en el poblado? ¿No sería el meteorito una tapadera del gobierno para desviar la atención ciudadana en otra dirección? Estaba claro que el ejército sabía lo que estaba sucediendo, ya que los científicos estuvieron en el lugar antes y después de los terribles sucesos. Lo que todos pensamos que era un meteorito podía tratarse de alguna aeronave militar que realizase algún tipo de pruebas biológicas sobre la fauna de la selva.

Nos encontrábamos valorando los hechos y decidiendo cuál sería nuestra actuación, pero de nuevo los disparos comenzaron. Esta vez los enormes insectos llegaban en manada y comenzaron a hacer círculos sitiándonos. Los disparos parecían mantenerlos a raya, pero teníamos que salir del emplazamiento cuanto antes y dirigirnos al área de colisión. Algunos de los ciempiés más agresivos se separaban del grupo e intentaban alcanzarnos. El fuerte fuego defensivo conseguía despedazarlos, pero en seguida otro ocupaba su lugar; parecían seguir una estrategia. La munición se agotaba y no conseguíamos abrir una brecha por donde escapar. Uno de los bichos saltó varios metros por el aire y consiguió clavar su aguijón sobre la teniente.

Smith se volvió loco y disparando a bocajarro, a menos de un metro con su ametralladora hizo pedazos al monstruo. La sangre, fluidos y vísceras le salpicaban por todas partes con cada disparo. Akashi continuó luchando como si no sucediese nada. Nos encontrábamos todos apiñados, espalda contra espalda intentado hacer frente a los bichos. Sharon, usando su escopeta le volaba la cabeza a todo animal que consiguiese acercarse lo suficiente. De nuevo otro saltó corriendo el flanco que defendía la teniente. El veneno de la picadura le estaba haciendo efecto y no era capad de disparar con certeza. Justo cuando se echó encima de la mujer intentado coger su cuello con las pinzas, Smith las agarró fuertemente entre sus manos y forcejeó con el enorme insecto. Tiró con tanta fuerza de las tenazas que se las arrancó de cuajo. El monstruo se desplomó moribundo. Entonces se dio cuenta de que Akashi estaba muy grave; se encontraba tirada en el suelo tiritando a causa del veneno y comenzaba a delirar.

- Tengo mucho frío, tengo frío.

Smith la estrechó entre sus brazos intentando darle calor, pero la teniente Akashi dejó de tiritar y al mirarla a la cara se dio cuenta de que había fallecido. Una única lágrima resbaló por la mejilla de aquel soldado tan duro y la pena y el dolor nos alcanzó a todos.

La Escolopendra moribunda hizo un movimiento brusco y consiguió picar a Smith en la espalda. Durante uno

segundo no hizo nada, simplemente continuó contemplando el rostro de la mujer. Después la dejó con cuidado sobre el suelo y con su machete troceó al animal que aún seguía con vida. Nos atacaban por todas partes. Unos cuantos consiguieron alcanzar nuestra posición y en un abrir y cerrar de ojos se llevaron a Sharon y a Nagore. Smith, que se volvió completamente loco con la muerte de Akashi comenzó a correr machete en mano hacia ellos. Asestando mortales puñaladas consiguió abrirse hueco, lugar por el que aprovechamos para escapar: mi munición se terminó y corrí hacia uno de los lanzallamas que se encontraban tirados por el suelo. Con aquel aparato conseguimos atravesar el cerco.

Salimos hacia la mustia selva y corrimos en dirección suroeste. En la distancia vimos algo que sobresalía en medio de los árboles. Corríamos a tanta prisa que no nos percatamos de que por esta zona todo estaba verde, e incluso había una gran cantidad de flores brotando del suelo. El efecto del veneno consiguió vencer a Smith que se desplomó en plancha sobre la hierba. Nos volvimos y le cogimos colocando sus brazos sobre nuestros hombros. Aún no había tenido tiempo de pensar en lo sucedido; quizás por eso conseguí mantenerme con vida. Ramírez intentaba concentrarse en seguir adelante, en terminar nuestra misión a toda costa. Habíamos perdido a nuestros amigos y nuestras familias; dada la situación, estaba claro

que nosotros tampoco conseguiríamos vivir mucho tiempo, pero hasta el último segundo seguiríamos luchando para conseguir destruir el foco de la infección.

Llegamos hasta el extraño objeto, del tamaño de una pista de tenis y de la altura de un segundo piso; estaba construido en diferentes compuestos: metal, piedra, etc. Algunas partes parecían muy antiguas, con inscripciones similares a runas talladas en piedra; en cambio, por otros lugares aparecían adosados mecanismos muy modernos, con cables y parpadeantes LED. Sentamos a Smith en el suelo recostándole sobre la pared del objeto. Estaba tiritando y envuelto en un sudor helado.

- Siempre he estado enamorado de ella, desde el primer día que la vi… —estas fueron sus últimas palabras, justo antes de morir.

Sabíamos que hablaba de Akashi; siempre la miraba de una forma especial, pero nunca se había atrevido a decirle nada, aunque estoy seguro de que ella también lo sabía y sentía lo mismo por él.

- Ramírez, encárgate de volar este cacharro, estoy seguro de que se trata de algún artefacto experimental del gobierno y es el causante de este desaguisado. Después intentaremos dar con la madriguera de esos bichos y prepararemos una barbacoa.

Intenté transmitir las órdenes con firmeza, así no pensaríamos en lo sucedido, aunque por dentro estaba a

punto de reventar. Los ojos comenzaron a irritárseme y me distancié unos pasos para que no pudiera verme. Pensé en lo importante de nuestra misión, en cuántas personas se encontrarían escondidas en los sótanos de sus casas esperando que todo volviese a la normalidad y me centré en mi tarea.

Caminé bordeando aquella cosa y observando todo aquel entramado de tubos cables y demás. Era el artefacto más extraño que había visto nunca. En la cima parecía tener una antena parabólica. Quizás enviaba datos sobre lo sucedido. Un chasquido proveniente del otro lado llamó mi atención y con el mayor de los sigilos me acerqué hasta una de las esquinas desde donde tuve una visión de todo el área. Eran los malditos ciempiés nuevamente, pero esta vez no nos seguían a nosotros. Parecía que bajo la enorme cosa que intentábamos volar se encontraba la madriguera. Marchaban en fila como las hormigas, trasportando hacia el interior cadáveres de personas. Pude ver cómo portaban el cuerpo de la teniente Akashi. Con mucho cuidado di media vuelta para alertar a Ramírez. Parecía que ya tenía casi listos los preparativos y solo faltaban por colocar los detonadores. Se encontraba trabajando cuando llegué lentamente hasta su espalda y le toqué en el hombro para avisarle de que no hiciese ningún ruido. Pero se volvió bruscamente, con los ojos enrojecidos y la boca entre abierta babeando. Antes de que pudiese hacer nada me

agarró por los brazos y abrió su boca para asestarme una dentellada. En ese momento algo pareció interrumpir el ataque. Estaba luchando contra la enfermedad y por unos instantes consiguió detener la rabia. Me miró con los ojos enrojecidos y salió corriendo internándose en el bosque. De alguna manera, durante mi ausencia debía de haberse infectado, posiblemente mientras se encontraba distraído colocando las cargas; alguno de esos seres infectados le había atacado. Supongo que aún enfermo quiso terminar el trabajo y continuó hasta el final. Parecía que lo había logrado: el detonador que se activaba con un mando a distancia estaba colocado. Saqué de su mochila el activador y me lo colgué del cuello metiendo la cabeza por la correa. Una vez presionado el botón comenzaría una cuenta atrás, unos escasos minutos para intentar alejarse lo más posible del lugar y conseguir sobrevivir a la deflagración. Noté una quemazón en la muñeca y observé un pequeño rasguño sin importancia. Me eché las bombonas del lanzallamas a la espalda y caminé hacia la madriguera de los monstruos. Enseguida la vista se me comenzó a nublar.

Mi nombre es Phil, soy sargento de las fuerzas especiales y el último ser humano. Intento con todas mis fuerzas ordenar mis pensamientos, seguir adelante, no desfallecer, pero el virus se extiende por mi cuerpo envenenándome la mente. El corazón me late como si en cualquier momento

fuese a estallar. Siento un enorme dolor, el cerebro parece inflamárseme y presionar contra el cráneo. El odio, la rabia se han vuelto incontrolables. Camino a duras penas, sabiendo cuál será mi destino…

Entré en la caverna; la entrada era enorme, un gran portal de roca de veinte o treinta metros de altura. Se escuchaban unos sonidos que inmediatamente identifiqué como el ruido que los ciempiés realizaban al desplazarse. Parecía que había encontrado el nido, la colmena de donde todos partían. Apretando con fuerza los dientes, y tensando todos los músculos de mi cuerpo podía hacer frente a los espasmos. Al comienzo la luz del exterior iluminaba la gruta; conforme me introducía la oscuridad se iba apoderando de la estancia. Únicamente el fuego de mi lanzallamas iluminaba el húmedo lugar. Al fondo unas pequeñas luces brillantes se movían rápidamente de uno a otro lado de la cueva y ascendían por el techo abovedado. Debían de ser los ojos brillantes de aquellos bichos. Venid a por mí, pensé, y probaréis un poco de mi medicina. Los recuerdos de mis compañeros caídos, la perdida de Nagore, me daban fuerzas para luchar contra la enfermedad que envenenaba mi mente. Por toda la cueva, adheridos a paredes y techo atisbé una especie de sacos, unas bolsas de seda parecidas a las que utilizan las arañas para envolver sus presas. Se contaban por millares. Estaba claro lo que había en su interior, los asquerosos ciempiés

prepararon una buena despensa. Era posible que estos animales tuviesen una reina y si conseguía llegar hasta ella podría eliminar la colonia. Deshaciéndome de la hembra reproductiva, el resto del enjambre que debían de ser únicamente obreros desaparecería. Cuanto más me internaba mayor era la cavidad y el número de personas envueltas en tela sobrepasaba lo inimaginable. Las Escolopendras gigantes se alejaban abriéndome camino; esto no me inspiraba ninguna confianza; estos seres diabólicos debían de tramar algún siniestro plan.

Apreté el gatillo de mi arma y una lengua de fuego iluminó la cueva durante unos instantes como si el sol hubiese penetrado en ella. Aunque la llamarada tuvo un gran alcance, no conseguí eliminar ninguno de ellos. La madriguera terminaba en una enorme sala; debía de encontrarme justo debajo de la extraña edificación exterior. Estaba claro que el cacharro de afuera estaba directamente relacionado con la mutación de estos animales. Quizás portase un núcleo radiactivo o algún tipo de agente biológico que alteró el ADN de estas criaturas haciéndolas crecer de manera desmesurada. El lugar me era muy familiar, era exacto al sueño que tuve recientemente; sí estaba seguro de ello. Pero era un sueño sin ningún sentido, carente de significado, al menos yo no le conseguía encontrar ninguno. Miré hacia la roca que se levantaba en medio de la sala y escuché unos ladridos. Si

es cierto, en mi sueño el perro se encontraba en medio de la sala rodeado de bichos y parecía querer decirme algo. Ahora el sueño se hacía realidad y el perro me ladraba, a la vez que centenares de monstruos le rodeaban correteando de un lado para otro, sobre el suelo, sobre las paredes e incluso caminando sobre la bóveda de la galería. Corrí prendiéndole fuego a todos los que pude, intentando liberar a mi amigo canino de tal situación, pero comenzó a gruñirme, parecía enfadado. ¿Qué le pasaba a este animal? Quizás se había cansado de vivir. Tal vez estaba infectado por el virus y su comportamiento se había vuelto desequilibrado. Cuantos más conseguía eliminar mayor parecía su enfado. Los animales que corrían envueltos en llamas iluminaron completamente el lugar y pude ver dónde se encontraba la reina. Era el insecto más repugnante que jamás había visto. De un tamaño cinco veces superior al del resto, con el cuerpo inflamado repleto de huevas que iba sembrando por el suelo. Por fin había encontrado mi objetivo y me preparé para carbonizarlo. Entonces el perro intentó morderme y uno de los ciempiés se me arrojó desde el techo; parecía que se habían vuelto locos cuando descubrieron mis intenciones de acabar con la hembra reproductora. El golpe fue brutal y caí de espaldas. Todos aprovecharon la ocasión para abalanzárseme. Noté varias picaduras que produjeron un intenso dolor. Parecía que todo estaba perdido, pero, como

se suele decir quien ríe el último ríe mejor. Presioné el botón del dispositivo que llevaba al cuello y la cuenta atrás comenzó. Ramírez era el mejor experto en explosivos del mundo y realizó un magnifico trabajo: la detonación eliminaría por completo el artefacto de la superficie y desintegraría a todos estos bichos. Solo quedaban unos segundos y solté una carcajada riéndome de aquellos patéticos bichos. Nuevamente las secuencias reales se mezclaban con las visiones. Una luz blanca atravesaba roca y tierra iluminándolo todo desde el exterior. Todos los monstruos se apartaron despacio y una sensación confortable me embargó.

Ya nada importaba, la misión había sido completada y era hora de descansar. Los párpados me pesaban cerrándoseme lentamente. Nítidas imágenes de mi infancia llegaron a mi mente, frescas y llenas de color. Recordaba los días soleados cuando era un niño caminando junto a mi padre por la montaña. Todos esos buenos momentos fueron pasando por mi cabeza como una película. Toda mi vida pasaba ante mis ojos como fotografías. De golpe una imagen se interpuso interrumpiendo mis recuerdos. Me encontraba a los pies de la gran estructura exterior, la hierba era alta y los árboles retoñaban de nuevo. Entonces escuché una voz que me hizo despertar de mi sueño. Se trataba de Nagore que me sujetaba la cabeza mientras me encontraba tirado en el interior de la caverna. Entonces me

ayudó a incorporarme y la miré confuso. Señaló a la pared de enfrente, donde se encontraban los envoltorios de seda y de ellos salió el resto del equipo. Todos estábamos juntos de nuevo y se pusieron a mi lado. Entonces la cuenta atrás terminó y la bomba hizo explosión. La luz se volvió amarillenta y más tarde de un rojo intenso. En el último segundo de mi vida conseguí entenderlo todo. El viejo artefacto exterior, una máquina construida hacia millones de años, con el propósito de crear vida había sido testigo del nacimiento y la evolución humana; había tenido mucho tiempo para pensar y se había convertido en un dios. Las diferentes civilizaciones lo habían adorado y le habían añadido grabados y objetos sagrados. Se trataba del mismo dios de los Tarazashi, el mismo que se fijaba en los animales que tenían un comportamiento especial. Se trataba de una antiquísima maquina, un superordenador capaz de producir cambios biológicos. El virus había sido fabricado por una empresa farmacéutica, empujados por la codicia; únicamente pensaron en los beneficios económicos que las ventas de la vacuna les reportaría. Otros hombres explotaban al máximo los recursos naturales, sin pararse a pensar en la contaminación o la destrucción que estaba ocasionando; solo les importaba engordar sus cuentas bancarias. Durante millones de años la máquina había trabajado para conseguir que el clima de la tierra fuese estable y propicio para los seres humanos,

pero aunque estos le defraudaron continuó haciendo cada vez mayores esfuerzos para que el clima del planeta siguiese siendo estable. Prefirió ignorar a los hombres y fijarse en otros animales. Durante años así lo hizo, hasta que ahora tuvo que actuar para conseguir que la raza humana sobreviviese a sus propias acciones. En este lugar se extendió el virus y por eso la maquina tomó aquí tierra. Como siempre utilizó lo que tenía más a mano y realizó modificaciones genéticas sobre unos simples ciempiés.

La única forma de vencer al virus, de conseguir revertir su proceso era induciendo a los infectados a un coma, ralentizando sus funciones vitales y dejar tiempo para que la infección fuese eliminada. Los ciempiés inyectaban el antídoto a las personas enfermas y los llevaban a lugar seguro donde pudiesen permanecer hasta que se recuperasen. Al mismo tiempo, el artefacto, la antigua reliquia, trabajaba para conseguir que la vegetación volviese a florecer y el clima se estabilizase. Por lo visto lo único que se nos pedía era no hacer nada, solamente dejar de hacer lo que estábamos haciendo y todo volvería a la normalidad. Pero, impulsado por esa mentalidad infantil, inmadura de que los hombres éramos capaces de solucionar todo e incluso aún podía ir más allá, con esa forma de pensar que todo se puede arreglar por la fuerza, había cometido el mayor error. Dejándome seducir por la idea de ser el salvador de la humanidad, me había

convertido en su verdugo. Había destruido su última esperanza. La explosión destruyó a la ancestral máquina y seguidamente a todos nosotros.

Hasta siempre, Comandante

La figura del guerrillero Che Guevara fue muy popular entre los soldados de la primera década de las compañías de operaciones especiales. Esta canción cubana (Carlos Puebla, 1965) se hizo muy famosa entre los veteranos de los años 60 y 70, aunque se cantaba en contadas ocasiones. Cosa que no deja de sorprenderme, que se cantase una canción revolucionaria dentro del ejército en un país que aún estaba bajo un régimen dictatorial. La letra es prácticamente la original, solo se le añadió el último verso.

Aquí se queda la clara
la entrañable transparencia,
de tu querida presencia,
comandante Che Guevara.

Aprendimos a quererte
desde la histórica altura
donde el sol con su bravura
le puso cerco a la muerte.
Aquí se queda la clara...

Tu mano gloriosa y fuerte
sobre la historia dispara
cuando toda Santa Clara
se despierta para verte.
Aquí se queda la clara...

Vienes quemando la brisa
con soles de primavera
para plantar la bandera
de la luz de tu sonrisa.
Aquí se queda la clara...

Tu amor revolucionario
te conduce a nueva empresa
donde esperan la firmeza
de tu brazo libertario.
Aquí se queda la clara...

Seguiremos adelante
como junto a ti seguimos,
los guerrilleros decimos:
"¡Hasta siempre, Comandante!"
Aquí se queda la clara...

NAPALM

La gasolina gelatinosa o combustible de alta densidad conocido como NAPALM se adhiere con facilidad a las superficies, produciendo una combustión más duradera y eficaz. Dichas características junto con su sencilla y económica producción han contribuido a que haya sido utilizado diferentes ejércitos en varios conflictos.

Su composición originaria era una mezcla de jabón y gasolina, que más tarde fue evolucionando con el añadido de diferentes compuestos químicos, desde aceite de coco, aluminio y ácidos nafténicos. Al añadirle estos compuesto el combustible arde lentamente y se convierte en un compuesto muy difícil de sofocar. Únicamente se puede conseguir su apagado en una inmersión completa en agua o con la privación completa de oxigeno. De cualquier otra manera arde de forma indefinida hasta agotase el combustible.

Hoy en día esta arma continúa fabricándose y en su fabricación se añaden nuevos productos como el benceno y poliestireno que estabilizan la base del combustible.

El NAPALM es capaz de quemar hasta la incineración cualquier compuesto de carbono eliminando todo rastro de vida. Debido a su capacidad de expandirse por el aire,

penetra en el interior de edificios, bunkers y cuevas, alcanzando a cualquier persona que intente resguardarse.
Se utilizó militarmente por primera vez en la guerra civil española, ideada por mecánicos alemanes fue utilizada para bombardear ciudades. Durante el transcurso de la segunda guerra mundial fue utilizado en los lanzallamas, des esta manera el combustible era mas efectivo consiguiendo un mayor alcance una mayor efectividad.
El ejercito norteamericano en 1942 desarrolló este concepto utilizando nuevos compuesto químicos que dieron el nombre a este combustible. Fue utilizado contra Japón en los bombardeos masivos y también en el lento avance por las pequeñas islas del pacifico, las cuales disponían de innumerables cuevas utilizadas como escondite por los soldados japoneses, donde aguantaban las descargas de los cañones que disparaban desde los acorazados. Tuvieron que ser utilizados lanzallamas con este compuesto para eliminar la amenaza gruta por gruta.
Pero quizás donde más popular se hizo este arma fue en la guerra de Vietnam, donde grandes extensiones de selva fueron calcinadas para intentar detener a las guerrillas que campaban a sus anchas por estos parajes.

Observaciones

Cuando Phil se puso en contacto conmigo, con la intención de que escribiese este libro y me contó tan fantasiosa historia, me sentí cuanto menos ofendido. ¿Por quién demonios me había tomado? Yo escribo ciencia ficción, no como esos cuentacuentos sin imaginación que copian de las enciclopedias y los mezclan con un capítulo de Falcon Crest y lo llaman novela histórica. ¿Cómo me podía venir contándome semejante milonga? Después de rechazar su oferta con toda la cortesía que me fue posible, por curiosidad, unos días más tarde me encontraba documentándome para uno de mis libros, cuando encontré información sobre una aldea de Centroamérica, donde por lo visto una pequeño poblado rural, prácticamente aislada de la civilización fue infectada por el virus de la rabia. Por lo visto, aquellas personas se volvieron completamente locas. Caminaban febriles, echando espuma por la boca, con los globos oculares enrojecidos, atacando a todo lo que se les ponía por delante. Cuando un vendedor ambulante consiguió escapar del ataque alertó a las fuerzas de seguridad y el gobierno tuvo que enviar al ejército para acordonar la zona. Entre estos soldados se encontraba el sargento Phil. Parecía que esta vez había metido la pata y lo que parecía totalmente descabellado había sucedido en

la realidad. Por mera curiosidad introduje en el buscador las palabra Escolopendra y al ver los resultados me quedé con la boca abierta; por lo visto, en el periodo Carbonífero, entre 340 y 280 millones de años, existieron ciempiés del tamaño de un coche familiar; por lo visto, los insectos metabolizan el carbono suspendido en el aire y les hace crecer de forma desmesurada. Resulta que hoy en día las emisiones de CO2 emitidas a la atmósfera por los hombres, estaba produciendo mutaciones en muchos de estos animales, que en el caso de la Escolopendra gigante había hecho que sobrepasase los cuarenta centímetros, convirtiéndose en un animal temido en la Amazonía, donde las personas y los ganaderos debían de tener un especial cuidado para no ser mordidos por uno de estos bichos.

Lo que comenzó siendo idea a utilizar como último recurso, está en visos de convertirse en toda una tradición: para la publicación de mi último libro también he tenido que vender mi coche y vuelvo de nuevo a tener que utilizar el transporte público ¡que remedio! En efecto, para conseguir los fondos que financiasen la publicación de mi primera novela tuve que vender el vehículo que tenía por aquel entonces, un todo terreno bastante viejo y

cochambroso, que al menos me hacía el apaño. Después, en mi siguiente libro, tuve que deshacerme de una furgoneta que llegó a mí gracias a un buen amigo; lo cierto es que tampoco estaba de muy buen ver. Para continuar con la tradición, hace unas semanas he tenido que vender nuevamente mi medio de transporte, en este caso un utilitario que fue pasando de mano en mano por toda la familia, hasta llegar a mí. Espero tener algún día un coche en condiciones, uno de esos fantásticos vehículos eléctricos que tanto se anuncia últimamente. Mientras espero, seguiré utilizando el coche de San Fernando…

Desde que algunos lectores criticaron una de mis novelas, me siento en la obligación de advertir de que esta es una novela de ciencia-ficción. Me resulta curioso ese tipo de personas que no ponen en duda que un chaval de un colegio privado en alguna zona de las islas británicas, sea capaz de volar en una escoba. Del mismo modo me sorprenden los espectadores que ven algo cotidiano que un hombre lobo luche con un vampiro y después de leer una de mis novelas se pongan a despotricar por que no ven posible que un mensaje se pueda enviar a mayor velocidad que la luz.

Quiero dejar además una nota para mis familiares y amigos, en especial a mi madre, que siempre lee mis novelas pensando que son autobiografías:

- Mama, que esto es una historia de ficción, ya sé que papá no sabe escalar…

Tengo que explicar también el motivo de mis teorías científicas. Creo que lo positivo de estas teorías no es si son ciertas o falsas, sino de su posibilidad. De alguna forma intento transmitir al lector mis inquietudes, y con estas las ganas de averiguar más y de indagar en la realidad, de explorar e investigar. Sinceramente, siempre he creído que la ciencia-ficción enciende una luz en nuestra mente, que nos impele a esforzarnos para convertir los sueños en realidad.

¿Y si fuese posible? Pensemos, imaginemos, soñemos…

El olor de un cuanto

Podemos seguir pensando que el tiempo es lineal, como una cinta métrica perfectamente numerada por el tic, tac del reloj. Pero estos pensamientos están tan alejados de la realidad como los que se tenían en la edad media al pensar que la tierra era plana. Por algún motivo que desconozco, siempre nos sentimos más cómodos pensando que las cosas son planas. Al pensar que el tiempo es lineal encontramos con facilidad soluciones a nuestras sencillas preguntas; por el contrario, si pensamos que el tiempo no es rígido, que no existe un reloj cósmico y que el tiempo afecta de forma diferente a cada personas, a cada objeto y a cada partícula de las que está formado, como si cada pequeño cuanto llevase su particular cuenta del tiempo. De este modo pequeñas porciones de materia infinitamente más pequeñas que un átomo, no siguen una línea de tiempo establecido y saltan locamente de un momento a otro, burbujeando como el agua que hierve. Cuanto mayor sea la energía que apliquemos al líquido mayor será el revoloteo, mayores serán los saltos de las partículas, que saltarán en el tiempo siguiendo la cuenta desordenada de su propio reloj interno. Las materias que formas la sopa que tenemos en el cazo, saltará al futuro al aplicarle energía; si aplicamos más energía mayor será la cantidad

de saltadoras y sus saltos serán más grandes adentrándose en el futuro. Por eso, si subimos el volumen del fuego, el olor se hará más intenso, pero hay que tener cuidado: si lo ponemos demasiado fuerte el cazo puede quemarse y estropearnos la comida…

Saltar hacia el futuro siempre es más sencillo, es, digamos, lo normal ya que para hacer lo contrario hay que burlar las leyes de la física, haciendo saltar la partícula a mayor velocidad que la luz y esto aún no sabemos si es posible. Quizás cuando entramos en nuestro cuarto y huele mal, no se deba a que hemos dejado los calcetines tirados en el suelo al lado de la cama; es posible que ese olor venga del futuro. Pero esto me parece poco probable; lo mejor será que recojas tu cuarto y pongas un ambientador.

Las partículas que forman la materia, por sí solas no pueden viajar al pasado, y lo más que pueden hacer es dar pequeños saltos hacia el futuro. Podemos percibir estar partículas como un rastro de calor, con una cámara térmica, o como un aroma, de esto saben mucho los perros. En su mente son capaces de reproducir una escena sucedida hace días en un lugar concreto, simplemente olfateando las partículas que saltaron desde el pasado. Una imagen térmica nos puede mostrar cómo una huella de calor se va desvaneciendo a medida que pasa el tiempo; podemos explicarlo de la siguiente manera: Las partículas, al recibir calor, saltaron en el tiempo, avanzando en el

futuro y se fueron colocando en el lugar al que la energía las impulsó a llegar. Cuanto más lejos vamos menos partículas quedan, ya que fueron menos las que alcanzaron este lugar. Es como un lanzamiento de pelotas: si lanzamos muchas, la mayoría se quedarán a una distancia, y solo algunas conseguirán llegar algo más lejos de la media.

Intentemos hacer un experimento mental e imaginemos que tenemos una flor en las manos. Las pequeñas partículas que forman la fragancia flotan en el aire y podemos olerlas. Si estas pequeñas partículas no estuviesen atadas a nuestra línea temporal y saltasen en el tiempo podríamos detectarlas de la siguiente manera. Metemos la flor en una caja y entonces dejamos de percibir su aroma; si moviésemos la caja rápidamente, algunas de estas pequeñas partículas al saltar en el tiempo, quedarían fuera de la caja y podríamos detectarlas. Pero al hacerlo es obvio que no sucede nada; pero no nos demos por vencidos aún. El movimiento que nosotros podemos realizar meneando la caja a uno y otro lado, es de una escasa velocidad, comparado con la velocidad a la que nos trasladamos por el espacio: la tierra rota y se traslada junto con el sistema solar y toda la vía láctea. Esta velocidad es muy grande. ¿Por qué las partículas se quedan cerca de la flor? Imaginemos que cada cuanto esta conectado con la flor a la que pertenece, como si estuviese en continuo

contacto por una línea telefónica, como si tuviese el numero de teléfono del átomo al que pertenece. De esta manera como un código de barras, solo encaja en su lugar, y por mucho que intentemos engañar a la partícula moviendo la caja, ella siempre aparecerá en el lugar que le corresponde. Es como si mientras recibimos una llamada de teléfono salimos corriendo con el móvil a la oreja intentado dejar atrás a la voz que nos habla.

El olfateador de partículas

Como sabemos, los objetos están formados por materia y esta a su vez por diminutas partículas. Hasta no hace muchos años se pensaba que el átomo era el ladrillo universal e indivisible; después se comprobó que este a su vez está formado por partículas mucho más pequeñas, una gran lista de partículas cuánticas que no deja de crecer a medida que la ciencia y la técnica avanzan utilizando nuevos aceleradores de partículas.

Aunque son tan pequeñas que no podemos verlas a simple vista, dejan un rastro. De todos los materiales salen despedidas estas pequeñas porciones a las que ni la gravedad ni el tiempo son capaces de atrapar. Del mismo modo que un sabueso es capaz de captar el rastro dejado por cualquier material a través de su desarrollado sentido olfativo, de alguna manera nosotros podríamos capturar estar partículas y ordenarlas para que nos diesen una imagen. Los fotones que rebotan en un objeto cabían adquiriendo unas determinadas características que una película o una célula fotosensible es capaz de atrapar e interpretar formando una fotografía. Con un aparato de mayor sensibilidad, podríamos recoger las partículas que se emitieron en un pasado reciente y obteniendo las imágenes de lo allí acontecido. Podríamos seguir el rastro

de personas y objetos hasta el pasado inmediato, he incluso quizás con el tiempo llegar más atrás.
Imaginaros con una de estas nuevas cámaras: los delitos quedarían resueltos con tan solo realizar unas fotografías en la escena del crimen. Quizás si hiciésemos un retrato en la capilla Sixtina veríamos a Miguel Ángel pintado sus techos. Desde luego estaría prohibido tomar imágenes en cuartos de baño y dormitorios…

Nota: para la redacción de algunos artículos, se extrajo información de Wikipedia.

Autor: FranciscoAngulo-Lafuente

Página personal: http://Angulo.bubok.com

Página del libro:

http://www.bubok.com/libros/197237/LOS-MEJORES--THE-BEST

Francisco Angulo
Madrid-1976

Otras obras:

La Reliquia 2006, Ecofa Una solución viable 2008, Kira y la tormenta de hielo 2009, La leyenda de los Tarazashi 2010, Los Mejores 2010, El Olfateador 2011

Mi nombre es Phil, soy sargento de las fuerzas especiales y el último ser humano. Intento con todas mis fuerzas ordenar mis pensamientos, seguir adelante, no desfallecer, pero el virus se extiende por mi cuerpo envenenándome la mente. El corazón me late como si en cualquier momento fuese a estallar. Siento un enorme dolor, el cerebro parece inflamárseme y presionar contra el cráneo. El odio, la rabia se han vuelto incontrolables. Camino a duras penas, sabiendo cuál será mi destino…

ISBN 978-1-4467-5418-4